La joya más preciada

La más preciada joya de la corona había desaparecido, y el príncipe Karim estaba dispuesto a recuperarla a cualquier precio. Y su mejor baza era, sin duda, Caroline Langley. Disfrazado, la llevó hasta su palacio y la hizo prisionera. Pero los encantos de la joven extranjera iban a despertar en él una pasión inesperada y el deseo de poseerla en cuerpo y alma.

Caroline no pudo resistirse a los encantos del príncipe y se dejó llevar como nunca lo había hecho, pero la traición hacía que su sueño se convirtiera en pesadilla...

Prólogo

En un tiempo pasado existió un noble rey que regía su país bajo la protección de Dios. Aquella tierra, llamada Barakat, estaba situada en la antigua ruta de la seda y durante siglos se había beneficiado, tanto económica como culturalmente, de las influencias que otros pueblos ejercían sobre ella.

Geográficamente, también gozaba del privilegio de la diversidad: por un lado, estaba el mar; por otro el desierto, alguna veces inhóspito y peligroso, otras benefactor, cuando el oasis daba su riqueza y su abundancia al caminante. Éste se extendía kilómetros y kilómetros, hasta encontrarse con las altas montañas que se erguían majestuosas. Sus picos, en ocasiones nevados, acariciaban las nubes y las obligaban a derramar sus aguas sobre los ricos valles.

Era, por tanto, una tierra mágica, abundante, rica y muy diversa.

Sin embargo, también sufría de guerras tribales y constantes escaramuzas. El rey, heredero de los reyes Quraishi, era respetado y bien considerado, y nadie ponía en duda sus derechos como soberano. Pero los pequeños jefes tribales se envidiaban unos a otros, y codiciaban las tierras ajenas.

Un día, el rey se enamoró de una mujer extranjera. Bajo la promesa de que jamás tomaría otra esposa, se casó con él y la hizo su reina.

Ésta le dio dos hermosos hijos a los que el rey amaba profundamente. Estaba orgulloso de ellos, pues crecían fuertes, hermosos y nobles. Zaid, el príncipe heredero, sería un gran gobernante y su hermano, leal e inteligente, un gran sustituto, tan popular como Zaid. Si algo le ocurriera al heredero, Aziz sería un rey querido, pero

capaz de dominar a los jefes tribales.

Pero un día, la tragedia llegó a la casa real. Sus hijos se mataron en un trágico accidente.

El rey vio con terror como sus sueños de un destino dorado para su pueblo se desvanecían. Sin un sucesor digno, la guerra civil era inevitable.

Sin embargo, su adorada esposa, cabal e inteligente, comprendió la necesidad de que su rey obtuviera un heredero.

Al día siguiente de los funerales de sus hijos, la reina habló con su esposo.

-Según la ley de este reino, tienes derecho a desposar a tres mujeres más. Esposo, debes tomar tres esposas y rezar para que Dios te conceda el privilegio de un heredero.

El jeque le agradeció su generosidad y cumplió su petición.

Algunas semanas después, el rey se casaba con tres mujeres. Lo hizo a la vez, de modo que nadie pudiera reclamar el trono alegando el privilegio de haber sido la primera.

Aquella noche, gozó a las tres, visitándolas en turnos, pero manteniendo en secreto el orden de su encuentro.

A cada esposa le prometió que si concebían una criatura, su hijo sería el heredero de la corona.

Pero el jeque y sus esposas eran más fértiles de lo que él había esperado y las tres quedaron embarazadas y dieron a luz a tres varones.

Desde aquel momento, la vida del jeque se convirtió en un tormento, pues las tres esposas reclamaban la supremacía del trono para sus hijos por variados motivos.

La princesa Goldar, cuyos ojos esmeralda fueron la herencia que procuró a su retoño, Omar, aducía como motivo el ser descendiente directa de la familia real de su tierra natal, Parvan.

La princesa Nargis, madre de Rafi y descendiente del emperador Mughal de la India, decía que su hijo era el primogénito, por haber nacido dos días antes que sus hermanos.

La princesa Noor, madre de Karim, era la única de sangre árabe y consideraba ese hecho motivo suficiente para que su hijo fuera el legítimo heredero. ¿Quién mejor que su hijo podría tratar con las tribus del país?

El jeque envejecía con la esperanza de que los príncipes resolvieran el problema por sí mismos, demostrando quién era merecedor del galardón del trono. Pero los tres crecieron con idénticos atributos, con la nobleza que se requería para un rey y talentos diversos que beneficiarían al reino.

Cuando cumplieron la mayoría de edad, el jeque enfermó gravemente. Un día, ya en su lecho de muerte, llamó a las esposas una a una y volvió a ratificar su promesa de que sus hijos habrían de heredar la corona.

Después, llamó a los tres príncipes y los informó de su decisión. Por último, llamó a su primera y amada esposa.

Le encomendaba el cuidado de sus tres jóvenes esposas y de sus hijos y la nombraba regente, junto al visir: Nizam Al Mulk, de todo el reino.

Tras la muerte del anciano jeque, salió a la luz cuál había sido su decisión.

El reino habría de ser dividido en tres principados. Cada uno de sus hijos heredaría uno de ellos y viviría en uno de los palacios que allí se habían construido. Cada uno heredaría, a su vez, uno de los antiguos símbolos de realeza.

Debían consultar al visir Nizan Al Mulk siempre antes de tomar una decisión, y designar a otro gran visir después de su fallecimiento.

Y, como último deseo, pedía a sus hijos que jamás entraran en guerra los unos contra los otros, ni ellos ni sus sucesores.

Cada uno tomó un atributo real y partió hacia su palacio, donde vivieron en paz, tal y como su padre había ordenado.

El príncipe Karim se quedó con el palacio que estaba junto al mar, en el principado de Barakat oeste y bajo la protección de la gran joya del sello de Shakur. La joya era una esmeralda que había sido tallada para un lejano rey de la dinastía. La leyenda decía que si la esmeralda se perdía, el reino se perdería también. Karim sabía que las gentes de su reino eran supersticiosas y que, por ello, era importante que conservara la esmeralda con el mismo amor con que pensaba conservar su reino.

Capítulo Uno

Octubre de 1994

-Éste es un momento histórico para los Emiratos de Barakat -dijo el presentador del noticiario-. Mediante un acuerdo comercial, los Emiratos permitirán, por primera vez en la historia, que un inversor extranjero se asiente en la zona. El acuerdo será firmado esta misma mañana por los representantes de los cuatro países inversores y los tres príncipes barakatís. Dentro de breves instantes, este noticiario les llevará a la capital de los Emiratos de Barakat, donde tendrá lugar la firma. Con la excepción de algunos diplomáticos, ésta será la primera vez que los occidentales tienen acceso al histórico palacio.

El presentador se dirigió a su compañera.

-Va a ser realmente un hito histórico, ¿verdad, Marta?

-Sí, Barry. Barakat ha estado prácticamente cerrado a los inversores occidentales durante dos siglos. A pesar de que el fallecido jeque era un hombre abierto y juicioso, restringió el contacto con esta parte del mundo desde que subió al trono en 1957, dejando el reino completamente aislado del mundo moderno. Cuando murió...

-Marta, perdona que te interrumpa, pero creo que vamos a conectar en directo con nuestros corresponsales en el palacio de la capital, Barakat al Barakat. Las cámaras han podido entrar hasta el salón del trono por primera vez en la historia. Paul, ¿estás ahí?

–Hola, Barry. Sí, como podéis ver, los representantes de las cuatro naciones inversoras están ya esperando en la mesa en la que se realizará la firma. Al parecer, los tres príncipes están ya de camino– el reportero hablaba sobre la magnífica imagen de un recibidor todo de mármol-. Acaban de dejar sus habitaciones y se encaminan hacia el salón del trono, al que se denomina, salón de las decisiones. Es el salón que todos sus antepasados han utilizado siempre para tratar asuntos de estado desde que

se construyó el palacio en 1545. Entrarán a dicho salón por las inmensas puertas, ahora cerradas, que veis en la pantalla. A la derecha está el magnífico león del trono.

-¡Magnífico es un adjetivo escaso para lo que vemos desde aquí! -dijo Marta.

-Hemos intentado averiguar algo sobre el valor y el peso del trono, Marta, pero aquí todo se guarda bajo un estricto secreto. Bien, las puertas se están abriendo ahora. Las abren cortesanos; no por criados, y se considera una tarea de gran importancia. Según nos han dicho, el primero en aparecer será el gran visir de los Emiratos de Barakat, Nizam Al Mulk, el consejero del fallecido jeque en el pasado y Regente del reino durante la minoría de los príncipes, hasta hace un año. ¡Ahí aparece! Es el visir.

Un hombre de barba blanca y de aspecto noble y digno apareció en pantalla, vestido con una larga túnica bordada con joyas. Se detuvo un instante y pronto se dirigió hacia la mesa.

Paul murmuró:

-Según nos han informado, ése es el traje ceremonial tradicional del Gran Visir para los acuerdos de estado. Pero imaginamos que la vestimenta de los príncipes dejará la del visir completamente eclipsada. Nizam ha sido regente del Emirato durante siete años y, como ya hemos dicho, su regencia acabó hace tan sólo un año. Aún cumple un importante papel como consejero de los tres príncipes. Justo detrás entran el primer ministro y los miembros del gabinete, todos elegidos por el pueblo. Barakat es lo que se denomina una monarquía democrática. Detrás aparecen doce hombres que llevan los asuntos ceremoniales y que son llamados la compañía de copas. Todos tienen un aspecto impresionante con esas túnicas ceremoniales. Por tradición, cada rey tiene doce hombres, pero, según nos informan, en esta ocasión se han seleccionado doce que sirven a los tres príncipes. Se hace ahora una dramática pausa, pues los que van a aparecerán dentro de unos instantes serán los príncipes... ¡Ahí están!

A pesar de sus quince años de experiencia como reportero, Paul no pudo evitar emocionarse.

-¡Cielo santo!– exclamó Marta involuntariamente. Llevaba sólo dos años trabajando en los noticiarios y no había adquirido aún la necesaria frialdad de los periodistas más veteranos.

Entraron en el salón del trono los tres príncipes, los tres con la misma dignidad, porte real y extrema magnificencia.

Tanto los asistentes al acto que se encontraban en el salón del trono, como los telespectadores se quedaron en silencio durante unos segundos.

–Nunca habría imaginado que una presencia tan sobrecogedora fuera posible en nuestra era moderna -dijo Barry.

-Sí, realmente, la imagen es realmente imponente -respondió Paul en un susurro.

Enmarcados por la grandiosidad del arco de la puerta de entrada, los tres príncipes se detuvieron y sonrieron a la multitud que los aplaudía. Llevaban túnicas de hilo de oro, pantalones de seda con brillos dorados, anillos, gargantillas con maravillosas piedras y perlas y un turbante dorado, cada uno con la piedra que le correspondía en el centro: un rubí, una esmeralda y un zafiro.

La cámara tomó un primer plano de los tres rostros. Eran muy hermosos, cada uno de un estilo muy diferente.

Pero juntos parecían un muestrario de diversos tipos de belleza masculina.

El príncipe Omar tenía la frente ancha, el rostro ovalado, con un toque aristocrático, los ojos verdes y profundos y una barba corta y bien cuidada. El príncipe Rafi parecía sacado de alguna miniatura persa, con un característico bigote negro. Y el príncipe Karim, con su rostro afeitado, que tenía el aspecto de un guerrero del desierto.

Su imagen no dejaba duda de su poderío.

-¡Vaya trío! Creo que hasta las mujeres menos impresionables han sufrido un desmayo al verlos- dijo Marta

-Esos tres rostros, tal y como los acabamos de ver, aparecen grabados en toda la moneda común que circula en el emirato. El país tiene una moneda única y un parlamento común. Karim, el que está a la izquierda y lleva un zafiro en su turbante, gobierna Barakat oeste. Rafi, en el centro, con un rubí, es el emir de Barakat este y Omar, es el gobernante de Barakat central. Su padre dividió el reino tal y como lo hizo el rey Lear aunque con mayor fortuna, sin duda.

-¿Qué edad tienen los príncipes, Paul?

-Cumplirán los veintiséis la próxima semana, Marta. Por si alguna de nuestras teleespectadoras está considerando la idea de tenerlos en su lista de solteros de oro,

os diré que el príncipe Omar ya está casado y es padre de dos pequeños.

-Pero quedan libres el príncipe Rafi y el príncipe Karim.

-Sí, ellos dos están aún solteros.

A la vez, los príncipes se encaminaron hacia la mesa, pisando con majestuosidad la alfombra roja que se había extendido para la ocasión sobre el lujoso suelo de mármol.

Los miembros de las cuatro naciones inversoras se acercaron a los príncipes y se estrecharon las manos.

-El protocolo exige que los saludos se hagan de modo que los tres príncipes gocen de idéntico trato- dijo Paul.

Por fin, se sentaron ante la mesa seis hombres y una mujer, mientras las cámaras de todo el mundo recogían aquel histórico instante.

Delante de cada firmante había un gran libro, cuyas cubiertas de oro tenían grabado el símbolo de Barakat, un pájaro mitológico denominado Sennmurgh.

-Cada uno de los firmantes deberá estampar su firma en cada uno de los siete libros y se llevarán uno a su país correspondiente- explicó Paul.

Desde la perspectiva de los telespectadores, la escena parecía perfectamente coreografiada, pues los libros pasaban de unas manos a otras a idéntico ritmo

-Esta firma es considerada en Barakat como una concesión a las tradiciones occidentales, pues en dicho país el jeque no se compromete a nada por el mero hecho de firmar un documento.

Al final, después de un breve aplauso de los asistentes, cortesanos y testigos, los siete firmantes, cada uno con un libro ya en su poder, se colocaron a un lado del trono.

–Y ahora, para que la ceremonia sea legal en el emirato, habrá de sellarse un documento con la Gran Joya de Shakur y, después, reposará sobre él la espada desnuda de Rostam. Finalmente, todos los firmantes habrán de beber de la copa de Jalal. Todos estos elementos han formado parte del tesoro de la casa real desde hace seiscientos años. Cuando el jeque Daud dividió el reino, dio a cada hijo una de las tres joyas emblemáticas de la monarquía del país.

El gran visir trajo un gran pergamino que desenrolló sobre la mesa de mármol situada junto al León del Trono.

Estaba cubierto de una ornamentada caligrafía árabe.

Uno de los cortesanos se situó junto al Gran Visir con una pequeña jarra colocada sobre una bandeja de oro y se lo ofreció. Nizam al Mulk agarró la jarra y derramó una sustancia roja y viscosa sobre el pergamino.

El príncipe Karim se aproximó. En el brazo, la gran joya del sello de Shakur lucía voluptuosa. Se la quitó y presionó el grabado sobre el lacre. Al retirarlo, había quedado impreso el perfil de un rostro coronado.

Seguidamente, volvió a colocarse el brazalete.

-Ése era el príncipe Karim en el punto culminante de la ceremonia -dijo Paul-. El retrato que aparece es del sultán Shakur, ancestro directo de los príncipes que murió en 1050. La inscripción que aparece alrededor del rostro dice: Gran rey, sol de esta era, luna llena, conquistador del mundo, destructor del mundo, trono de la merced, espada de la justicia, defensor de la fe. Todo el brazalete está tallado sobre una única esmeralda gigante. Y, Marta, pesa dos libras.

-¡Dos libras! -exclamó la presentadora-. Su valor debe ser el del reino entero.

-Realmente su valor es incalculable, porque no hay nada en el mundo comparable. Ya sólo el peso de la piedra la hace única, pero a eso hay que añadir el trabajo de orfebrería que, según los expertos que han podido estudiar con detenimiento las impresiones del sello, es sencillamente perfecto y de un realismo casi inaudito.

Si a todo eso le añadimos que es una pieza de mil años de antigüedad, sólo queda decir que no hay nada con que pudiera pagarse el valor de esa joya. ¡Ahora se aproxima el príncipe Rafi, dejará la espada real sobre el documento!

En ese instante el príncipe sacó la espada y la posó sobre el pergamino.

-Los orígenes de este ritual son muy remotos y, aunque se dice ahora que representa la voluntad del monarca de defender el cumplimiento del trato si es necesario con las armas, parece que en el pasado tenía otro simbolismo. De cualquier forma, si el príncipe Rafi pasara la espada sobre el sello, el acuerdo quedaría zanjado. Si la levanta contra un enemigo, significa lucha sin tregua hasta la muerte.

-¿Cómo han conseguido mantener vivas todas estas costumbres?

-El reino ha permanecido aislado durante mucho tiempo– le recordó Paul–. Ahora le llega el turno al príncipe Omar, quien será el primero en beber de la copa de Soul. Según la tradición, garantiza la felicidad a su poseedor. Después de beber, se la ofrecerá a los representantes de los cuatro países y, por último a sus hermanos. Ahora, el gran visir, Nizan al Mulk, hace entrega de la copa a los líderes extranjeros. El contenido de la copa es secreto. Sólo los firmantes podrán saber qué es y les será vedado el revelar el secreto. Es otro modo de proteger el acuerdo. En este momento están bebiendo el príncipe Rafi y el príncipe Karim.

Las imágenes recogían el solemne momento.

–De este modo queda formalmente sellado el acuerdo, en uno de las ceremonias más impresionantes que han unido a Oriente y a Occidente.

Capítulo Dos

Julio de1998

-Por favor, el señor David Percy y la señorita Caroline Langley, acudan a información. Les espera el chofer. El señor David Percy y la señorita Caroline Langley, acudan a información.

Caroline tenía calor. Había estado veinte minutos esperando a que se abrieran las puertas del avión. Algo se había estropeado, pero el capitán no se había dignado a encender de nuevo el aire acondicionado. A aquello había seguido una interminable espera por el equipaje, pues la gente se concentraba con tanta vehemencia alrededor de la cinta trasportadora que hacía imposible el acceso.

Mientras esperaba, alguien le había quitado su carrito, pero antes de intentar buscar otro, labor imposible en aquel caos, había decidido cargar con sus maletas. Grave error, sobre todo teniendo en cuenta él sofocante calor de aquel aeropuerto sin aire acondicionado.

Su traje blanco de lino estaba sudado y lleno de arrugas. El maquillaje había desaparecido y el pelo corto y rubio lucía enroscado alrededor de su cara. Estaba de mal humor.

No ayudaba mucho saber que si David hubiera viajado con ella, su llegada a aquel lugar habría sido diferente.

Todo era más fácil con él. Olía a dinero y eso suavizaba a la gente que lo rodeaba, los hacía curiosamente voluntariosos.

No le había sorprendido realmente que David cancelara el viaje. Casi podría decirse que lo había estado esperando, pues desde el principio había dejado muy claro que no le gustaba demasiado la idea. Incluso había intentado convencerla de que no comprara el boleto de la rifa.

-No conozco a nadie que haya ganado nunca una rifa, Caroline- le había dicho él, como si el único motivo para gastar dinero fuera esperar que dicho dinero trajera más.

-Bueno, es para caridad, David- le había respondido ella. Con aquellos boletos se pretendía recaudar fondos para la construcción de un hospital en los emiratos de Barakat-. Me da igual ganar o no ganar.

David había agarrado el boleto.

-El hospital de la reina Halimah, en Barakat al Barakat -leyó con tono de sorna-. ¿De verdad que crees que tu dinero tiene ese destino?

Pero ya había sacado la cantidad exacta y se la estaba entregando al niño que vendía los boletos. Estaban en la piscina del club de lujo del que David era miembro. Lo miró indignada.

-Pues sí, estoy segura de que sí -respondió, mientras escribía su nombre y su número de teléfono en los papeles que el pequeño le ofrecía.

Cuando ganó sintió aquello como un pequeño triunfo de los sentimientos por encima de la lógica. Además, el regalo le había parecido maravilloso: un billete de primera clase a Barakat oeste, con todos los gastos pagados.

Por supuesto, se había guardado muy mucho de hacer gala o exhibición de su alegría, pues ni a David ni a sus padres les gustaba su carácter volátil y sentimental.

Lo primero que hizo David al recibir la noticia fue predecir unas vacaciones caóticas sin control del tiempo, pero había aceptado resignadamente la invitación.

Al cancelar el viaje sólo unas horas antes de la partida, estaba claro que había esperado que Caroline lo cancelara también. Era impensable que ella quisiera marcharse sola a un remoto país islámico. Él la llevaría a otro lugar igualmente exótico en un par de semanas.

Pero Caroline no estaba dispuesta a renunciar a viaje.

-¿Estás segura de que debes ir? -le había preguntado su madre, sonoramente preocupada.

Caroline se había limitado a hacer caso omiso de la tácita sugerencia y se había puesto a hacer las maletas.

-Mamá, estoy cansada de vacaciones pagadas por otros. Yo me he ganado este viaje y voy a disfrutarlo -dijo.

Se había dado cuenta de que durante años había dependido siempre de alguien y no le gustaba.

Los padres de Caroline pertenecían a la aristocracia de la costa este. Ambos pertenecían a casas de abolengo y riqueza. Pero Thomas Langley no había heredado la capacidad para los negocios de sus familiares y, lo que era peor, tampoco tenía lo que hacía falta para reconocerlo. Por consejo de su hijo, y en un intento de salvar algo del decadente negocio familiar, habían invertido en el mercado de valores durante los años ochenta.

Pero cuando la burbuja estalló, el hijo de los Langley optó por tirarse con el coche por un puente, antes de enfrentarse con la catástrofe económica a la que había llevado a su familia. La indemnización del seguro no sirvió ni para cubrir la cuarta parte de las deudas que Thom Langley había contraído.

Aquellos años fueron terribles para Caroline. Había sido siempre una alumna de sobresalientes, pero sus notas se resintieron después de la muerte de su hermano. Eso impidió que consiguiera una beca y que lograra acceder a ninguna de las universidades con las que había soñado siempre.

De cualquier forma, no era el momento de ir a la universidad. A pesar de que sus tíos se habían ofrecido repetidas veces a pagarle los estudios, ella consideraba más importante ponerse a trabajar.

Su deseo había sido marcharse de casa. Pero su madre le rogó que se quedara en la mansión familiar, la única cosa que había sobrevivido a la catástrofe. Su salario ayudaría a costear los descabellados gastos de casa y podría ayudar en las labores de la casa, pues cada vez eran menos los criados que podían mantener. Además, le daría apoyo moral a su madre.

Si hubiera sido consecuente con lo que realmente quería y se hubiera marchado de casa, no habría conocido a David.

Había varios hombres en el mostrador de información. Los miró uno a uno. Todos ellos tenían llaves de vehículos en la mano.

Realmente, ninguno de ellos le inspiraba confianza. Todos eran demasiado jóvenes, con aire de autosuficiencia y demasiado alocados para ser chóferes.

Los hombres se apartaron del mostrador para dejarla pasar, mientras la miraban de arriba abajo con interés.

-Mi nombre es Caroline Langley -le dijo a la mujer que había detrás del mostrador-. Me estaban llamando.

-Sí- la mujer consultó las hojas que tenía delante-. Su chofer está ahí... ¿Dónde se ha ido? ¡Ah, sí, ahí!

La mujer señaló y sonrió. Caroline siguió la mano y se encontró con un hombre que no se parecía en nada a los otros.

Era fuerte, alto, con un aire decidido y un aire aristocrático que ya habría querido tener David.

Caroline se retiró un rizo empapado que le caía sobre el ojo y sonrió ante la imagen.

Tenía el pelo negro y corto, la boca grande, de labios anchos, con un estrecho y bien cuidado bigote. Era grande, pero sin un gramo de grasa sobrante en ninguna parte. Tenía unas cejas anchas y negras, los ojos profundos, de largas pestañas negras. Se volvió e, instintivamente, fijó la mirada en Caroline.

Ella sonrió y él frunció el ceño. Luego, la miró interrogante, pero con una intensidad que a Caroline la hizo estremecerse. En un acto reflejo, Caroline cambió de postura, se puso firme, echó los hombros para atrás y modificó el gesto, como si sintiera a aquel individuo como una amenaza.

El hombre le dijo algo a su acompañante y éste también la miró. Por fin, el chofer se aproximó a ella.

-¿Señorita Langley?- preguntó él con una voz profunda y casi sin acento-. ¿Señorita Carolina Langley?

De pronto, sintió deseos de negar que era ella.

-¿Es usted del hotel?

-No. Me envía la real agencia de turismo de Barakat. Me llamo Kaifar, señorita Langley. Soy su guía personal. Me han encomendado la tarea de llevarla a usted y a su prometido a donde sea preciso.

-Ya- respondió ella y sintió un cosquilleo en el estómago. Quizás lo de estar sola en un país extranjero era lo que le provocaba aquella sensación.

-¿Y su prometido? ¿Lo han retenido en el control de pasaportes?

La mirada de aquel hombre era directa y decidida.

Caroline tragó saliva. Tenía un nudo en la garganta.

-David no ha podido venir. He venido sola.

El hombre frunció el ceño en un gesto casi furioso. Pero, ¿qué motivo podía tener para estar enfadado? Tal vez, estaba interpretando mal los signos o, sencillamente, pensaba que las mujeres no daban tan buenas propinas como los hombres.

-¿Es un problema que esté aquí yo sola?

Según tenía entendido, los emiratos de Barakat eran más modernos que otros lugares. Sin embargo, quizás era necesario que llevara velo o se cubriera el pelo. Esperaba que no fuera así.

Él se rió, y mostró su blanca dentadura impecable que destacaba sobre su piel

oscura.

-¡Por supuesto que no!- le aseguró-. Simplemente me sorprende. Venía a recoger a dos personas y resulta que sólo viene una.

Se apartó de ella y se dirigió al hombre con el que había estado minutos antes. Hablaron unos minutos en árabe. El otro individuo la miró y comenzó a discutir. Pero el chofer no hizo más que levantar la mano en un gesto autoritario y el hombre se calló.

Kaifar volvió junto a ella.

-Mi compañero se encargará de sus maletas. Sígame, por favor.

Kaifar se abrió paso entre la muralla de gente y maletas que los separaba de la puerta. Muy pronto, con el guía a su lado y seguida del portamaletas, Caroline salió del terminal.

Lo primero que sintió fue el azote cálido del viento. Estaba, al fin, en aquella hermosa, exótica y desconocida tierra, cuyo nombre significaba Bendición.

Kaifar la llevó hasta un Rolls Royce, le abrió la puerta y Caroline se sentó cómodamente, mientras cargaban su equipaje.

Los dos hombres hablaron durante un momento. Después, Kaifar entró en el coche y el otro se marchó.

Pero, en lugar de arrancar el coche, se quedó unos momentos pensativo, inmóvil y en silencio, con los ojos cerrados.

Caroline se estremeció.

Se indinó hacia delante alarmada.

-¿Qué ocurre? ¿Hay algún problema?

Él salió de su ensimismamiento y la miró con dureza, como si calificara de inapropiada su intromisión.

«Si Barakat oeste quiere atraer turistas, tendrán que acostumbrarse a que haya mujeres que saben lo que quieren», pensó Caroline.

Pero por la respuesta de Kaifar, él ya parecía consciente de ello.

-Perdone, señorita Langley- se disculpó.

Caroline no se sintió mejor. Estaba intranquila y no sabía bien por qué.

De pronto, se dio cuenta de que sólo tenía la palabra de Kaifar, que en ningún momento le había presentado un documento que acreditara ser quien decía que era. Tampoco llevaba uniforme.

Realmente, podía ser cualquiera.

Recordó la reacción que el hombre había tenido al decirle que David no vendría. Hablaba muy bien inglés. Era posible que hubiera descubierto que David era rico. Tal vez, tenía algo planeado.

-¿A dónde me lleva? -preguntó ella. Estaba en una posición difícil. No tenía ninguna posibilidad de escapar si algo sucedía. ¿Por qué no le había pedido identificación cuando se había presentado?

Por fin, Kaifar arrancó el coche y se pusieron en marcha.

-La llevo al hotel. ¿Dónde si no?- respondió él.

-¿Cómo se llama el hotel? -preguntó ella. Ya era muy tarde. Si sus temores eran ciertos, ya no tenía ninguna vía de escape.

Él sonrió. Parecía realmente un bandido del desierto.

-Sheikh Daud, así se llama, señorita Langley. Está en la carretera real que bordea la costa hasta el oeste de la ciudad. Por favor, tranquilícese. No todos los árabes somos jeques del desierto, ni nos dedicamos a raptar mujeres para nuestros harenes. Algunos somos tan civilizados, que podríamos considerar a sus compatriotas como auténticos bárbaros.

Sonrió, como una invitación a que ella se tranquilizara e hiciera lo mismo.

Kaifar redujo la velocidad y salió finalmente del aeropuerto, entrando en un bulevar con palmeras. Ya había perdido su última oportunidad de lanzarse del coche.

Kaifar se volvió ligeramente y la miró.

-Le gustará mucho el hotel, señorita Langley. Es el hotel más exclusivo de los emiratos de Barakat. Ha sido muy afortunada de ganar este premio.

Ella sintió su sonrisa casi como una amenaza.

Aquel hombre hacía continuo alarde de arrogancia y masculinidad, un alarde que a ella no la dejaba impasible.

« ¿Será de eso de lo que tengo miedo? ¿Me da miedo que este hombre sea tan masculino y sensual?», pensó ella.

Quizás debería haber escuchado las advertencias de David. Caroline había sospechado que algo le preocupaba respecto a aquel viaje. Puede que temiera que ella se enamorara de uno de aquellos extranjeros... de alguien como Kaifar.

-¿Le gustaría que le fuera contando cosas de los lugares por los que vamos pasando?- le preguntó Kaifar.

Sin esperar una respuesta, extendió la mano y señaló algo: eran las ruinas de una fortaleza, medio enterradas en la arena. Y, en la distancia, se veía un río, palmeras y las doradas dunas del desierto. En mitad de todo, un pueblo, que parecía aún en la edad de hierro, de no ser por la antena de satélite que se alzaba en uno de los tejados.

-Ésa es la casa del jefe del pueblo. Antiguamente, era la posesión de dos mulas lo que determinaba quién era el más rico y poderoso del pueblo. Hoy es tener una televisión.

Muy pronto entraron en la ciudad y llegaron a una gran plaza en que había un hermoso edificio de cristal y mosaicos.

-Ésa es la Gran Mezquita -dijo el coger-. Fue construida durante los siglos quince y dieciséis... por la reina Halimah. Su tumba también se encuentra ahí.

Caroline la miró realmente admirada. Kaifar observó por el retrovisor el rostro de su turista y pareció decidir en ese momento reducir la velocidad.

El camino de entrada hasta la mezquita estaba adornado con árboles y fuentes. Había muchos turistas. El lugar transmitía sensación de paz.

De pronto, se dio cuenta de que no era la primera vez que veía aquel edificio. Un ligero sonido se escapó de su boca.

-¿Qué ocurre, señorita Langley?

-Creo que mi prometido tiene una miniatura pintada sobre marfil de este lugar. ¿Es eso posible?- el lugar era mucho más impresionante en vivo.

-Todo es posible. Ya nada es sorprendente. Que un hombre en Nueva York tenga una miniatura de este edificio es perfectamente posible, aun cuando no sepa para qué lo quiere. Su prometido, ¿ha visitado alguna vez nuestro país?

-No creo. No.

-Y sin embargo, quiere una pintura que representa este lugar.

-Mi prometido es coleccionista.

Kaifar se quedó en silencio.

-Coleccionista de antigüedades -repitió ella, tal vez pensando que el término coleccionista quizás no era claro para Kaifar-. Compra objetos antiguos, generalmente griegos o romanos. Pero también tiene algunas cosas orientales.

-¿Las compra? -preguntó Kaifar mientras saludaba con la mano a un hombre que iba en bicicleta y que llevaba en la cesta el viejo monitor de un ordenador.

Ella sonrió.

-¿Cómo si no iba a conseguir todas esas cosas?

El chofer se encogió de hombros.

-Algunos reciben ese tipo de regalos. Otros roban.

Caroline se puso seria.

-Estoy segura de que David ha pagado por todo lo que hay en su colección -dijo con frialdad-. Es tan rico que podría comprar esta mezquita si quisiera, no tiene necesidad de...

Kaifar la interrumpió bruscamente.

-¡Nadie es suficientemente rico como para comprar la mezquita! ¡No está en venta!- realmente parecía furioso.

Caroline se arrepintió inmediatamente de su estúpido comentario. Lo último que necesitaba era tener a su guía contra ella.

Estaba claro que muchos turistas, con aire de superioridad, asumían que todo, incluso la herencia cultural de un país, tenía un precio.

-Lo siento, no quería decir literalmente que algo así estuviera en venta. Era sólo un comentario algo exagerado -dijo ella.

Kaifar volvió la cabeza.

-Llegaban por la noche y robaban todos los tesoros de las mezquitas y los museos, incluso la cerámica que recubre la mezquita. Ahora hay guardas y a quien se agarra se le mete en la cárcel. Pero es imposible guardarlo todo y el peligro que conlleva conseguir estos tesoros ha hecho que el precio incremente aún más. Eso es lo que los coleccionistas extranjeros han dado a mi país.

Caroline se sintió extrañamente culpable de algo en lo que no tenía parte alguna.

-Bueno, estoy segura de que David nunca formaría parte de nada así.

-¿Lo está? Entonces será mejor que no culpemos a su prometido de los males de nuestro país.

Pero la verdad era que sabía muy poco de lo que hacía David, de dónde sacaba el dinero o en qué consistían exactamente sus negocios.

-De cualquier forma no es culpa del que compra que la gente decida comerciar con su propia herencia cultural- dijo ella, imitando la respuesta que habría dado su padre.

Kaifar frenó con fuerza ante un semáforo naranja y Caroline se fue hacia delante. Ella miró al retrovisor. El rostro del chofer continuaba impasible.

-Usted no sabe lo que la gente puede llegar a hacer por dinero cuando está realmente desesperada.

Caroline sintió que se ruborizaba lenta e inevitablemente. No era posible que el

comentario hubiera sido en absoluto irónico. Pero la verdad era que había dado en el clavo.

Caroline nunca se había sentido avergonzada de que David la estuviera comprando, hasta aquel momento. Sí, así era, la compraba del mismo modo que compraba cualquier pieza de su colección. ¿Y por qué se vendía ella? Kaifar lo acababa de decir: desesperación por el dinero.

Capítulo Tres

Veinte minutos después ya estaba en la confortable y lujosa habitación del hotel, mirando a trama del cristal del balcón con vistas al mar.

-Supongo que querrá relajarse, beber algo, darse un baño y cambiarse de ropa-asumió Kaifar y señaló a la terraza, donde le había indicado al camarero que debía colocar la bandeja con bebidas y el hielo-. Volveré dentro de tres horas y la llevaré a cenar.

Caroline se sorprendió.

-¿Qué quiere decir? ¿Por qué me va a llevar a cenar?

Él se encogió de hombros.

-Soy parte del premio, señorita Langley -respondió él, con una sonrisa que la puso nerviosa. –. ¿Prefiere un restaurante europeo o comida del país?

La verdad era que no le gustaba la idea de cenar sola. No se podía quejar del acompañante.

-Prefiero algo del país, gracias.

Kaifar asintió y se retiró.

Caroline se dirigió a la exótica arcada que conducía al patio y abrió la puerta. El lugar era hermoso, decorado con baldosa azul y blanca.

Respiró profundamente. Se sentía bien, satisfecha. Le gustaba la sensación de estar sola, de poder pensar. Tenía la sensación de no haber podido pensar desde el día en que su padre le había presentado a David.

En la distancia, se escuchaba la llamada del almuecín.

Desde la balconada, se veían las aguas del golfo de Barakat, las palmeras. En el patio había plantas por todas partes. Caroline se sirvió hielo y algo de beber y se sentó en una de las sillas.

De pronto se sentía libre. Todas sus responsabilidades estaban a muchas millas de distancia de allí. No tenía que tomar decisiones desagradables, no enfrentarse a nada que no le gustara, ni obligaciones que no le satisficiera cumplir. Durante dos semanas, se dedicaría a ser quien era, tal y como lo era.

Sayd Hajji Karim ibn Daud ibn Hassan al Quraishi agarró una uva carnosa del frutero. La miró intensamente. La fruta era perfecta, redonda, turgente, de un color morado oscuro, pero ni con mucho, tan oscura como la furiosa mirada del monarca.

El príncipe Karim se metió el fruto en la boca y lo mordió con rabia.

Miró a su secretario.

-La realidad, señor, es que nadie más que yo sabía cuáles eran sus intenciones. El resto no conocía el propósito de toda la trama. Se ha mantenido totalmente el secreto.

-Pero, a pesar de todo, no ha venido -dijo el príncipe Karim.

El secretario asintió.

-Si su majestad me lo permite, le diré lo que opino -el hombre no esperó a recibir el permiso. En privado, se permitía opinar y aconsejar al monarca con toda libertad-. Me parece, sencillamente, la acción de un hombre culpable que teme algo. Seguramente, le ha parecido extraña la coincidencia. No es necesariamente la acción de un hombre al que se ha avisado de que pudiera caer en una trampa.

-Pero es el hombre que consiguió sobornar a uno de mis hombres -dijo Karim, aparentemente inalterable. Aquel tono de voz no engañaba al secretario, que sabía la rabia que sentía su monarca.

-Cierto, señor, pero no me sobornó a mí.

-¡Jamás se me habría pasado esa idea por la cabeza, Nasir!

-Entonces debemos partir de que su decisión no ha tenido nada que ver con información que haya conseguido antes de venir -dijo el príncipe Rafi-. De cualquier forma, todavía no hemos perdido nada. La mujer está aquí, después de todo.

El sol se ocultó y el viento dejó de ser tan caliente. Anocheció casi de repente, como si alguien hubiera derramado un cubo de oro sobre el mar y del mismo recipiente hubieran salido cientos de estrellas minutos después.

Caroline esperaba. Esperaba a Kaifar y esperaba una conferencia que había solicitado hacía ya bastante tiempo.

Se había duchado y se había puesto un vestido de algodón, verde, veraniego, con tirantes anchos y un escote prudente. Por si a caso, había elegido un pañuelo de seda verde con pequeños dibujos en turquesa, rosa y amarillo, que podría ponerse sobre los hombros si era necesario.

Había logrado domar su rebelde pelo que vibraba con sus rizos naturales a la altura de la nuca.

Se había puesto, también, una cadena de oro, unos pendientes y el anillo de compromiso.

Caroline se había quedado absolutamente atónita el día en que su padre le había presentado la petición de mano de David Percy. A penas si lo conocía. Lo único que sabía de él era que su padre, en épocas pasadas, le había comprado algunas piezas de arte. Sólo lo había visto en un par de ocasiones. Supuso que había sido entonces cuando el hombre se habría enamorado de ella.

Caroline al recibir la oferta pensó que su padre pronto se echaría a reír con ella y juntos se burlarían de tan disparatada ocurrencia.

No fue así.

Su padre realmente quería que se casara con David Percy.

Cuando su madre llegó, no se esforzó en fingir no saber nada del caso, pues, nada más entrar, la felicitó por lo afortunada que la consideraba.

-¡Caroline! ¿No es un milagro? ¿Quién podría haberse imaginado que le pudieras gustar a un hombre como David Percy?

De pronto, Caroline se dio cuenta de que aquello suponía la salvación para toda su familia y valía la pena cualquier sacrificio, incluso la felicidad de su hija.

-Pero madre, es tan... -Caroline no sabía cómo describir la frialdad que le transmitía aquel hombre. Era incluso peor que la frialdad de su padre.

Thomas Langley había censurado siempre el carácter emocional y sensible de su hija. Si se enternecía con un pequeño gato o se emocionaba al ver una pintura en una iglesia italiana, su padre fruncía el ceño. Se le exigía contener la risa, el llanto, hablar con calma y actuar sin extremos.

-Nena, no es para siempre -le aseguró Louise, su madre. No le había permitido aún dar su opinión-. David no espera que estés casada con él eternamente. Lo sabe. Te divorciarás para cuando llegues a los treinta.

Caroline se estremeció.

-¿Y quién tendrá entonces la custodia de los niños?

-¡Estás buscando problemas! No creo que David quiera niños. Y, a los treinta, mira donde estarás. Tendrás dinero y, seguramente, tendrás exactamente el mismo aspecto que ahora. Con todo el tiempo y el dinero que tendrás podrás cuidarte. Mírame a mí, cada día estoy peor.

-Ser eternamente joven no está en mi lista de prioridades- respondió Caroline con sequedad.

-Pero tendrás dinero. No subestimes el valor del dinero. El dinero significa poder hacer lo que quieras. Serás libre, Caroline -la mujer pronunciaba con vehemencia cada palabra.

Caroline frunció el ceño al escuchar una pequeña voz interior. La única forma de ser realmente libre habría sido marcharse en aquel mismo instante. Era su problema si siempre habían querido vivir por encima de sus posibilidades.

Como si un sexto sentido le hubiera hecho a Louise adivinar lo que su hija estaba pensando, añadió:

-También nosotros seremos libres, Caroline. Tú puedes comprar nuestra libertad. Y piensa en Dara. Podrá ir a la universidad. ¿Verdad que eso es lo que tú quieres?

Pero nunca habría cedido de no haber creído que David estaba enamorado de ella.

David empezó a llevarla a museos, comenzó a mostrarle cómo sería su vida en el futuro. Cuadros, estatuas, lo mejor de lo mejor, lo más selecto. Hasta que un día se reconoció a sí misma en un busto que parecía ser de Alejandro Magno. Allí lo comprendió todo. Caroline tenía el aspecto de una estatua de mármol.

De perfil, la nariz descendía directamente desde la frente, recta, decidida. Las finas cejas subrayaban la grandilocuencia de sus inmensos ojos grises. Sus mejillas y su barbilla, aunque estaban delicadamente talladas, tenían una turgencia y una redondez en nada parecidas a la angulosidad de los rostros de las portadas de Vogue. El labio superior era fino y bien dibujado. El labio inferior abundante, con una ligera curva hacia arriba. A todo ello había que añadir los rizos dorados que cubrían su cabeza. Su único fallo, si se trataba de buscar algún tipo de imperfección, era un diente ligeramente torcido.

David había insistido en comprarle todo un armario de ropa que fuera adecuada a su nueva posición social. Para entonces, Caroline ya había perdido el control de su vida. Incapaz de protestar, había permitido que David hiciera y deshiciera a su gusto.

Cuando ya había transformado debidamente a Caroline, David decidió celebrar una mascarada para anunciar públicamente su compromiso. David diseñaría un traje para su futura esposa o contrataría algún diseñador de primera línea para que ejecutara sus deseos.

Y lo que quería era que Caroline pareciera enteramente una estatua griega. Le puso una toga de seda color marfil, unas sandalias color marfil, una corona de hojas color marfil sobre el pelo y un maquillaje que hacía que su rostro pareciera de mármol. Cuando se quedaba quieta realmente parecía una estatua.

-No sonrías, Carolina- le ordenó David-. Destruye la ilusión. Serenidad, completa serenidad.

Aquel día comprendió realmente lo que David quería de ella. No la amaba. Y ni siquiera él era consciente de ello. Sólo la quería como una pieza más para su colección.

¿Sería capaz de recobrarse alguna vez de los cambios en su personalidad que exigía aquel papel?

Una voz interior le decía que saliera huyendo de allí, que le dijera que todo aquello era un error, que no anunciara su compromiso.

Pero no lo hizo. Su madre tenía razón. ¿Qué eran unos pocos años de sacrificios si eso suponía la felicidad de toda su familia?

Incluso los periódicos supieron captar con rapidez la naturaleza de la historia. David Percy añade a su colección una pieza magistral, su joya de la corona.

Al enterarse de que David no viajaría con ella, había vaciado la maleta y había empezado de nuevo. Se llevaría toda su ropa. Sabía que una vez casada, David no le permitiría volver a vestir a su modo. Todo debía ser sobrio, en colores marfil y crema.

A Caroline le gustaba el color y, además, tenía la certeza de que a los griegos también. Al parecer, según el mismo David le había dicho, se habían encontrado restos de pintura en muchas estatuas griegas. Era posible que incluso el Partenón hubiera estaba cubierto de color.

Y, desde luego, a juzgar por lo que la mitología y la literatura griega narraban, habían sido cualquier cosa menos serenos. Sus dioses eran apasionados y tremendamente emocionales. Pero David no parecía compartir su punto de vista.

Caroline suspiró y volvió al presente. David no estaba allí. No tendría que hablar con él. De pronto, se sintió tremendamente feliz de que no hubiera viajado con ella. Habría insistido en reproducir la vida que tenían en Nueva York y no le habría permitido disfrutar del país, de su belleza y de sus legendarias contradicciones.

-La mujer es mucho más joven que él -le dijo Nasir-. Parece ser que él pagó al padre una gran suma de dinero por ella.

Le pasó una copia del periódico.

-Así que una pieza magistral, su joya de la corona -comentó Karim al leer el titular.

-¡Una Mona Lisa!- exclamó el príncipe Rafi con interés.

Karim miró una vez más a la foto. Había una mujer vestida como una estatua griega, con una ligera y sobria sonrisa. Detrás, aparecía un hombre de mediana edad. Miró a su secretario.

-¿Y esto es lo que piensa él de ella? ¿Una pieza para su colección?

-Bueno, no hay que tomarse al pie de la letra las interpretaciones de la prensa...

Karim asintió. Los ojos le brillaron con una intensidad inusual.

-¡Excelente! Si es así, el señor Percy tal vez quiera hacer un intercambio.

Nasir no pareció sorprendido por la sugerencia.

-Su joya de la corona, por mi joya de la corona.

Cuando Caroline abrió la puerta, vio a Kafir vestido con un traje de color blanco, que no era ni oriental ni occidental, pero parecía muy cómodo, en cualquier caso.

Sin embargo, su piel oscura destacaba contra el blanco de la tela, lo que lo hacía parecer tremendamente exótico. Llevaba unas sandalias, como las que había visto a otros viandantes.

Se quedaron un momento de pie, allí mismo, en la puerta, inmóviles, sin cruzar palabra. Por fin, Carolina bajó la vista.

-Voy a por mi bolso -su voz surgió de un lugar inesperado, débil, insegura. Se dirigió al salón, donde había dejado el bolso y el pañuelo.

El teléfono sonó en aquel instante.

Kafir entró en la habitación, cerró la puerta y respondió a la llamada. Lo hizo primero en árabe. Luego se quedó en silencio, esperando una respuesta.

A Caroline le sorprendió que respondiera sin su autorización al teléfono. ¿Acaso esperaba que alguien lo llamara a él?

Caroline frunció el ceño. Pero él sonrió.

-Buenas noches, señor Percy. Soy Kaifar. Siento mucho que no haya podido venir.

Caroline se sobresaltó.

-¡Déme el teléfono! -se apresuró a decir. Se acercó a él, pero su mirada penetrante la dejó paralizada.

De pronto sonrió y ella retrocedió.

-Me llamo Kaifar -repitió él-. Dudo que volvamos a hablar. Le paso a la señorita Langley.

-Hola, David -dijo ella en cuanto agarró el teléfono.

-Caroline, ¿dónde estás?

No tuvo más remedio que mentir.

-Estoy en el recibidor del hotel, David- no sabía cómo podía reaccionar si le decía que estaba en su habitación y que un hombre respondía al teléfono.

-¿Quién es ese hombre?

-Kaifar es el guía. Sus servicios son parte del premio -hizo una curiosa pausa después de la palabra servicios. Pero Caroline decidió obviar el impacto que la información hubiera podido tener sobre él.

-¿Qué tal el viaje?

-Muy bien.

Hablaron unos segundos, el tiempo suficiente para que David quedara tranquilo.

Caroline nunca tenía demasiadas cosas que decirle. Pero, de pronto, sin saber por qué, tuvo miedo de lo que pudiera suceder en cuanto colgara.

A pesar de ello, se limitó a decirle adiós con toda la calma que estaba habituada a fingir.

Caroline se quedó unos segundos con el teléfono en la mano después de que David hubiera colgado, como si estuviera escuchando, pero, al final, no tuvo más remedio que decirle adiós al vacío.

Colgó el teléfono y levantó los ojos hacia Kaifar.

La mentira a David había sido un terrible error.

Kaifar la miraba.

-Su vestido es del mismo color de las esmeraldas que hay en las montañas de Noor. Son las esmeraldas más hermosas del mundo.

Aquellas palabras la desconcertaron. Sintió un escalofrío y no sabía qué lo había provocado.

La luz de la lámpara creaba un curioso juego claroscuro que acentuaba los rasgos bien dibujados de Kaifar.

Sus ojos brillaban en la penumbra. Caroline sintió en ese instante que todo el universo esperaba algo, que su destino podía ser escrito en los próximos minutos, como si lo que pudiera acontecer después de aquel preciso instante fuera a escribir su destino.

Había algo indescriptible entre ellos. Su mirada pasó de sus ojos a sus manos y volvió a sus ojos. Caroline respiraba intensamente.

En silencio, Kaifar se acercó, agarró el pañuelo y se lo colocó sobre los hombros.

Caroline abrió ligeramente los labios para decir algo, pero se detuvo al sentir el leve tacto de sus dedos, que no se detuvieron ni sobre la seda ni sobre la carne.

-Por aquí, señorita Langley -dijo él y abrió la puerta.

Capítulo Cuatro

-¿Se ha puesto vigilancia?- le preguntó el príncipe Karim a Nasir.

-Tres equipos de dos vigilantes, señor, veinticuatro horas. Se añade personal cuando se considera necesario. Lo siento, señor, pero es necesario tomar precauciones.

El príncipe Karim asintió.

-¿Está todo preparado?

-Sí, señor. Jamil ya lo tiene todo a punto.

-¿Cuándo partirás?

-Mañana, señor, en cuanto amanezca.

Caroline se despertó inquieta, perturbada. No sabia quién era ni dónde estaba. Con pánico, se sentó y buscó una lámpara. Debía de haber alguna cerca. Era lo poco que recordaba del mundo, que al lado de cama solía haber lámparas.

No la encontró.

Sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad. El brillo de estrellas que se veía a través de la puerta del patio. Caroline fue tambaleándose hasta allí y la abrió.

Una suave brisa le acarició el rostro.

Ya estaba completamente despierta. Caroline. Era Caroline Langley y estaba de vacaciones en los emiratos de Barakat. Estaba vestida de calle, así que debía de haberse quedado dormida en el sofá. Si, se había sentado en el sofá y se había quedado allí pensando durante horas después de que Kaifar la llevara de vuelta al hotel. No recordaba cómo ni cuando había apagado la luz. Sus sueños la habían

despertado.

Todo era culpa de Kaifar. La cena con él había sido perturbadora. Estar con él le hacía sentirse oprimida. Se estremeció.

Por fin, encontró un interruptor. La luz golpeó sus ojos con fuerza. Era demasiado intensa.

Kaifar era así, como la luz... demasiado astuto, agudo, buscaba algo, la perturbaba. Por eso se había despertado sin saber ni siquiera su propio nombre.

La había metido en el Rolls Royce y la había llevado a un maravilloso restaurante, un bellísimo patio, con grandes árboles de olor dulce bajo los que se refugiaban las mesas de los comensales. La comida era sensual y la semioscuridad iluminada sólo por el resplandor de las velas acrecentaba esa sensación.

Una mujer de pelo canoso tañía un instrumento y cantaba con una voz casi inhumana. Era sonido puro, tan hermoso que a Caroline se le contrajo el corazón.

-¿Sobre qué canta?

-Amor. Habla sobre un hombre que se ha enamorado de la hija de su mejor amigo. Pero le da miedo pedirle su mano.

Caroline sintió un extraño dolor. David no la amaba. Y, sin embargo, en ningún momento había temido pedir lo que quería.

-Mientras espera la ocasión y manera de hacer su difícil petición, su amigo muere. En su testamento, expresa el deseo de que su amigo se convierta en el guardián de su hija.

Kaifar hizo una pausa para seguir escuchando la canción. Caroline sintió la necesidad de sonreír, de decir algo que rebajara la tensión que había en el aire. Pero no pudo.

-Adiós, Mariam, mi esposa, pues en lugar de esposa, te han hecho mi hija -Kaifar iba traduciendo en voz baja, lo que la cantante decía. Él se inclinó sobre la mesa. Susurraba tan baja, que Caroline se vio obligada a acercarse a él también. Era demasiado íntimo, pero Caroline no se podía apartar-. Una hija no puede convertirse en una esposa. Habré de ocultar mi amor incluso de mí mismo.

-Pero, ¿por qué? -preguntó Caroline.

-Es una cuestión de honor. Como guardián, no puede poseerla.

-Claro -dijo Caroline. Inmediatamente, pensó en su padre, en su honor, en el de David. La canción continuó. La voz de Kaifar acompañaba, melodiosa, a la de la cantante.

Ella acudió a su llamada.

Fuera cual fuera su deseo

ella sería feliz cumpliéndolo.

Sonrió, sus dientes blancos y sus labios rojos.

-¿Qué quieres de mí?,

-preguntó al amigo de su padre.

-Mariam, mi hija -comenzó a decir-. Mariam.

-¿Soy tu hija?-preguntó la muchacha.

Sonreía, con sus dientes blancos y sus labios rojos.

Su cabello era una negra cascada,

un cielo nocturno.

-¿Soy tu hija, eres mi padre?

El comprendió entonces el mensaje

que se ocultaba detrás de sus palabras.

Ella posó la mano sobre su blanca manga.

-No eres mi padre

aunque te he amado toda mi vida.

Te amo sinceramente.

-Mariam, tu padre debe encontrar un esposo para ti.

La sonrisa se desvaneció.

– ¿Qué esposo necesito si te tengo a ti?

La cantante cesó. La música subió en un crescendo magnífico y, de repente, se detuvo.

-¿Ha terminado? -susurró Caroline, casi incapaz de hablar, cautivada por el poder de aquella emotiva música

Kaifar dio un sorbo a su bebida.

-No -la mujer dejó el instrumento a un lado, se levantó y se aproximó a la mesa que tenía más cerca. Un hombre le dio dinero y habló con ella.

Luego se acercó a la mesa de Caroline y Kaifar. Éste le dio dinero e intercambió con la mujer unas palabras.

-¿Si consigue suficiente dinero, continuará con la historia? -bromeó Caroline.

-El arte de contar historias se basa, en parte, en llegar al momento de máxima tensión e interrumpir la narración.

Caroline sonrió.

-Sherezade es la máxima exponente de ese arte.

Kaifar asintió.

El camarero les trajo el primer plato, naan con finas hierbas y queso blanco de cabra, además de otros muchos pequeños platos cuyo contenido era completamente desconocido para Caroline.

Al ver que Kaifar agarraba un trozo de pan y metía dentro el contenido de uno de los platos, ella hizo lo mismo.

El sabor era delicioso.

-¿Conoce el final de la historia?- preguntó Caroline. La cantante seguía moviéndose de mesa en mesa.

-Todo el mundo conoce el final de la canción. Es muy conocida.

-Cuéntemela.

Kaifar dejó su naan en el plato y se apoyó sobre los brazos.

Sonrió. Una sonrisa cálida que acompañaría a su voz melodiosa.

-Mariam trata de decirle al amigo de su padre que lo ama, que lo quiere como esposo y no como padre. Pero él finge no entenderla. La muchacha le ruega, entonces, que espere, que no la case. Pero rápidamente elige un joven para ella. Mariam, creyendo que su amor no es correspondido, se casa con el hombre que ha elegido para ella. El amigo de su padre enferma entonces de amor. Mariam lo visita continuamente. Pero, ni en el lecho de muerte, es capaz de confesarle sus sentimientos. Cuando el hombre muere, Mariam se encarga del loro que había sido durante años el acompañante de su amado. Una tarde, mientras Mariam llora su muerte, el loro repite lo que había oído tantas veces: Mariam, muero de amor por ti. Así es como Mariam descubre la verdad.

Caroline se sofocaba. Sentía que las lágrimas le quemaban los ojos, no podía hablar. Sin embargo, se sentía estúpida por permitir que una historia así le afectara de esa manera.

-¿Por qué?- susurró-. ¿Por qué no se lo había dicho?

Kaifar la miraba, miraba sus ojos nublados por las lágrimas contenidas.

-Para él es más importante su obligación. La gente traiciona al amor por muchos motivos diferentes, algunos buenos, otros malos.

«La gente traiciona al amor.» ¿Quería decirle con eso que ella estaba traicionando al amor? ¿Era por eso que aquella historia le afectaba de modo tan particular? No había ningún hombre al que amara realmente. Tal vez, algún día lo habría...

«No, no lo habrá», le dijo una parte de su pensamiento. «No lo habrá si te casas con David». De pronto, allí sentada con la mirada de Kaifar penetrante e intensa clavada sobre ella, ante aquellos ojos que lo veían todo, que sacaban a la luz lo que

contenía su alma, se había dado cuenta de aquella realidad. Un matrimonio con David simplemente aniquilaría lo que quedaba de su corazón. ¿Cómo no se había dado cuenta de aquello antes? No estaban pidiéndole sólo que sacrificara unos pocos años de su vida, la estaban obligando a que sacrificara su corazón, posiblemente, para siempre.

La cantante volvió a retomar su hermoso lamento y Caroline ya no pudo contenerse. Las lágrimas comenzaron a deslizarse, una a una, como perlas que brillaban con la luz de la vela y que acababan por caer en el vacío.

Pensó que Kaifar no se había dada cuenta de que estaba llorando. Esperaba, más bien, que así fuera, tal y como le ocurría con su padre quien renegaba de cualquier expresión de sentimiento. Caroline era una verdadera experta en el arte de llorar en silencio.

-¿Por qué oculta sus lágrimas? -le preguntó Kaifar.

Las manos Caroline comenzaron a temblar. La pregunta había roto su frágil capacidad de control. Tragó saliva y comenzó a farfullar nerviosamente.

-Siento ser tan estúpida- susurró-. Es, simplemente, la primera vez que oigo música como ésta.

-¿Y se disculpa por tener un corazón sensible a la música de mi país?- preguntó Kaifar.

Caroline cerró los ojos y todo su cuerpo se sacudió. Al abrirlos de nuevo las lágrimas habían inundado sus pupilas y Kaifar, oscuro y poderoso, la observaba. Se sentía atraído por ella, una atracción primitiva.

Lentamente, como llevado por un impulso instintivo, tomó entre sus dedos una de las lágrimas y se la llevó a los labios.

Caroline se sintió desvanecer ante tan extraño gesto. Abrió la boca y echó la cabeza para atrás, en un intento de respirar. Se asfixiaba.

El modo en que su cuerpo reaccionaba ante él era demasiado fuerte. La asustaba. Su presencia hacía que pusiera en duda todo, sus sentimientos, su vida. Se sentía extrañamente vulnerable a aquel hombre. Sus emociones se disparaban. Tenía que controlarlas. No debía permitirle que imaginara…

Caroline tenía que frenar sus pensamientos.

-¿Qué...? -tosió, pues las lágrimas que descendían por su garganta le impedían hablar-. ¿Qué está haciendo?

Lo miró con arrogante sorpresa.

-¿Perdón?

Parecía casi ofendido. Caroline sabía que los hombres en el mediano Oriente ejercían su supremacía sobre las mujeres con fuerza. Eso no quería decir que tuviera que asumir aquel modo de actuar.

-¿Por qué ha probado mi lágrima?

La mirada que le lanzó podría haber hecho que se derritieran las piedras.

-Esa mujer le canta a las lágrimas de una hermosa mujer, cuyo corazón es. Sólo para un hombre. Sus lágrimas no están saladas. Son un néctar reservado para los dioses.

Sus palabras la hicieron estremecerse.

-¿Por qué quiere saber lo que hay en mi corazón? -lo retó ella.

El sonrió y no respondió.

-Mis sentimientos no son de su incumbencia.

Él levantó una mano, se encogió de hombros e inclinó la cabeza. Aceptaba su argumento.

Y, sin saber por qué, Caroline tiró por tierra su victoria con una pregunta inesperada.

-¿A que sabía?

Kaifar frunció el ceño con rabia.

-¿Por qué me pide que le diga si ama a su prometido o no?

Caroline lo miró con ira. Se contuvo para no levantarse.

-Dudo que las lágrimas de alguien puedan saber a néctar. Si me dijera a qué

saben mis lágrimas, la respuesta diría mucho más de cómo está su corazón que de cómo está el mío.

Caroline se sintió como una jugadora de tenis que acabara de devolver una bola casi imposible. Pero su contrincante era duro de vencer.

-Y su pregunta también me habla del estado de su corazón, aun cuando no lo hiciera el sabor de sus lágrimas.

-¿Cómo se atreve...?

-¿Cómo me atrevo a qué? ¿A decir que quiere que le hable de lo que siente por su prometido?

-¡No le he preguntado nada semejante! -las lágrimas contenidas le abrasaban los ojos. Pronto comenzaron a deslizarse de nuevo por sus mejillas. Se las arrancó con rabia, pero volvían a fluir con impertinente tesón.

-¡Dios santo! ¿Por qué he venido aquí? -Caroline lloraba desconsoladamente, con los codos apoyados en la mesa y el rostro oculto para esconder las lágrimas. Por primera vez, estaba admitiéndose a sí misma que no quería casarse con David. Pero, ¿cómo sobrevivirían sus padres si ella no hacía ese sacrificio?

Por fin, las lágrimas cesaron. Caroline se limpió las mejillas y alzó el rostro. Al menos, nadie la estaba observando. Agarró otro trozo de naan y se obligó a sí misma a morderlo y tragárselo. Después de los primeros bocados resultó más fácil. Kaifar hizo lo mismo.

La canción terminó con la cantante gritando: Mariam, mariam, mariam.

Hubo un aplauso. El camarero apareció con el segundo plato.

Una suave brisa acarició sus rostros.

Caroline se estiró. Sería mejor que aclarara algunas cosas.

-¿Habría cenado conmigo si hubiera estado aquí mi prometido? -Caroline se ruborizó después de la pregunta-. Quiero decir...

No se atrevió a decir lo que quería decir. La frase «diferencia social» no iba a aparecer, pero, de algún modo, estaba en el aire.

-Lo que quiero decir es si siempre come con sus clientes.

Tres hombres se levantaron en aquel momento y se pusieron a danzar al ritmo de una nueva canción.

Llevaban camisas y pantalones anchos, alzaban los brazos y giraban las caderas como si fueran bailarines de danza del vientre. Desde luego, no era algo que ningún hombre fuera capaz de hacer en un restaurante de Nueva York. Pero el gesto era poderoso y tremendamente masculino. Alteraba sus sentidos de un modo primitivo e irracional. Ésa era una cualidad que Kaifar compartía con ellos y con ningún otro hombre que hubiera conocido.

-Casi nadie pide un guía disponible todo el día- dijo él-. Su caso es diferente.

Lo miró.

-¿Por qué?

-Porque ganó un premio -respondió-. Y a una mujer no le gusta comer sola.

Caroline se ruborizó ante el sutil comentario que se escondía tras sus palabras. Se preguntó si Kaifar estaría acostumbrado a cuidar emocional y sexualmente a sus clientas.

Kaifar, mientras tanto, continuaba comiendo con primitiva avidez el suculento pollo marinado.

-¿La compañía paga sus comidas?

-¿Es que le preocupa mi economía?- Kaifar sonrió.

Caroline sintió inadecuada la pregunta que le acababa de hacer. ¿Por qué tenía tanta capacidad para hacer que se sintiera incómoda?

-Era sólo una pregunta. Curiosidad.

-¿Curiosidad por saber qué servicios están incluidos en su premio? -lo que Kaifar quería decir con aquel comentario era claro como el agua-. Todo está incluido, señorita Langley. Puede pedirme todo lo que desee. Y en aquellos servicios en los que se da y se recibe placer, no es necesario un intercambio de dinero.

Capítulo Cinco

La luna llena salió de su escondite entre las ramas de una palmera y navegó en el negro mar del cielo. Caroline estaba de pie, inmóvil, temblando en el recuerdo del seductor Kaifar.

Le había ofrecido su cuerpo, su pasión.

Y su sugerencia había sido como una fuerte descarga eléctrica que la hubiera llenado de deseo. Se sentía tremendamente débil y fuerte a la vez.

-Por favor, no me hable de ese modo- le había dicho ella, con una falsa firmeza-. No he venido aquí en busca de un ligue de verano.

-¿Hay alguna palabra en su idioma que refiera al encuentro de un tesoro que no se buscaba?

Caroline apartó los ojos de la perturbadora mirada de Kaifar.

-Hay una palabra para calificar lo que usted está haciendo: acoso.

Él se rió libremente, sin tapujos ni temores.

-¡Carolina! Entre usted y yo hay una fuerza que nos une. Sé que usted también la siente.

Ella no tenía respuesta.

-¿Cuántos años tiene su prometido?- preguntó Kaifar-. El hombre con el que he hablado no parecía joven.

Caroline no respondió.

-Una mujer tan apasionada como usted no debería unirse a alguien cuyas pasiones ya se han desvanecido.

Silencio.

-Caroline -le susurró él, tan cerca del oído que cada sílaba de su nombre resonó clara y alta, por encima del quejido de la cantante-. Podría dejarte hermosos recuerdos que te acompañarían durante años en las frías noches de tu matrimonio con ese anciano.

-Kaifar, estoy comprometida.

Todo lo que tenía que hacer para romper el encantamiento era retroceder, sentarse a una distancia razonable de aquel hombre. Pero algo le impedía separarse de él.

-¿Realmente le robaría algo que valora? Al fin y al cabo, lo que me darías a mí sería lo que él no quiere.

-Lo que quiere es mi lealtad. Creo que tiene derecho a pedírmela.

Kaifar asintió, aceptando así su decisión, y volvió a centrar su atención en la comida. Segundos después, Caroline hizo lo mismo.

Allí, bajo la intensa luna de Oriente, Caroline no tenía más remedio que aceptar que Kaifar tenía razón. Era un hombre apasionado, una pasión que ni David tenia ni su familia podía comprender. Era una forma de ser. Y no sólo refería a lo sexual. Era pasión por la vida, necesidad de experimentar, por sentir, amar, por vivir con una verdad.

Quizás era eso precisamente, la capacidad real de sentir que tenía aquel hombre, lo que le hacía sentirse bien con él. Por primera vez en su vida, las emociones de Caroline no asustaban a un hombre. Ese hombre no trataba de controlarla.

David era muy práctico, y la mantenía siempre bajo estricto control mediante una mezcla de claro desacuerdo con sus pasiones y rigidez. Y no tenía modo de defenderse contra él.

Kaifar, sin embargo... sintió un escalofrío. Podría ser como gasolina sobre un fuego ya latente. La llevaría a quemarse en su propio fuego. El deseo que era capaz de despertar en ella la asustaba. ¿Y si algún día la tocaba? ¿Cómo podría defenderse?

-Hoy, te llevaré a ver la Gran Mezquita- le dijo Kaifar.

Obvió lo imperativo de la invitación y decidió aceptar sin más. Realmente, ansiaba ver la mezquita.

-¿Voy bien así?- preguntó ella.

Llevaba un discreto vestido de algodón, con rayas en el cuello y las mangas.

Kaifar, obedeciendo órdenes, la miró de arriba abajo. Y aquella mirada fue como una descarga eléctrica. No cabía duda de que aquel hombre afectaba sus constantes vitales.

Su familia era siempre fría y distante. Tal vez eso era lo que le había permitido asimilar sin excesivos traumas la frialdad de David. Pero un día en compañía de Kaifar había sido suficiente para hacer que el universo entero se tambalease.

-Te ofrecerán un hejab, ¿cómo se dice? ¡Un pañuelo! Eso es, un pañuelo para la cabeza. ¿Te importará cubrirte?

-Claro que no- dijo ella-. Es más, llevaré yo misma el mío.

Se metió en la habitación y agarró un pañuelo. Kaifar asintió.

-Algunas mujeres occidentales se niegan a ponerse el pañuelo -le dijo más tarde, cuando ya estaban en el coche.

-¿Eso quiere decir que hay gente que prefiere no entrar en la mezquita por no cubrirse la cabeza?

-Es la casa de Dios. No le negamos a nadie la entrada, pero los que no respetan nuestros códigos ofenden a los que están rezando allí.

-Me pregunto cómo se sentirían si alguien de Barakat encendiera un cigarrillo en un edificio público en Nueva York, donde hay una gran señal que dice que está prohibido fumar.

Kaifar se rió ante lo curioso del símil.

-Quizás deberíamos poner señales en todas partes.

Hubo algo en el modo en que hizo el comentario que despertó la curiosidad de

Caroline.

-Cuando dices deberíamos implicas que tienes una responsabilidad directa en el cuidado de la mezquita.

-Todos los fieles la tenemos.

-¿Todos sienten esa obligación con tal intensidad?

Él se quedó pensativo unos segundos, como buscando la respuesta adecuada.

-Mi padre era el Guardián del Tesoro Nacional. Nos educó para ser devotos a nuestro pueblo.

Caroline se preguntó qué tragedia habría llevado a aquel hombre de tan alta cuna a convertirse en un mero guía turístico.

-¿Cuándo murió?

-Hace once años.

-¿Y tu madre?

-Vive. Era mucho más joven que mi padre y tiene muy buena salud.

-¿Dónde vive?

-Mi madre vive en mi casa, que era la de mi padre. ¿Tus padres viven contigo?

-Yo vivo con ellos, más bien -de pronto se encontró a sí misma contándole a un extraño su propia tragedia personal. No sabía si Kaifar entendería una sola palabra sobre bolsa y sus fluctuaciones, pero le dio igual-. La casa fue lo único que pudimos salvar del desastre. Había pertenecido a mi familia durante generaciones y la escritura estaba hecha de modo que no se podía tocar. Pero sin mi salario, no habríamos podido quedarnos allí.

Kaifar frunció el ceño.

-¿Quieres decir que tus padres viven en una casa mucho más lujosa de los que les corresponde después de haberse arruinado y que es tu sueldo el que permite eso? ¿Dejaste tu educación para que tu padre y tu madre pudieran llevar un estilo de vida que no les corresponde?

Parecía realmente sorprendido, incluso furioso.

Era uno de esos hombres que era mejor no tener como enemigos. Habría sido implacable y cruel.

-Dicho así, me hace pensar que es realmente ridículo.

-Mucho peor que ridículo. Tienes una obligación para con tus padres, pero cuando hay una alternativa, cuando de lo que se trata no es de morirse de hambre, sino de vivir dignamente en un nivel de vida ligeramente inferior, no es justificable.

Instintivamente, defendió a los suyos.

-Nadie me lo ha pedido -dijo ella, sin considerar que le habían pedido un sacrificio mucho mayor-. Además, cambiarse de casa habría supuesto perder a todos sus amigos.

-¿Sus amigos no habrían ido a visitarlos a otro barrio? ¿Qué clase de amigos son ésos?

Caroline esbozó una sonrisa de compromiso y agitó la cabeza.

-No puedes entenderlo.

Trató de hablar con voz firme y decidida, pero en su interior se removían demasiadas cosas.

¿Qué llegaría a pensar de saber la verdad? Su familia la obligaba a casarse, sólo para poder recuperar el status social que habían perdido.

Caroline habría pensado que alguien procedente de una cultura más antigua, menos preocupada por los derechos de las mujeres, más respetuosa con la edad, consideraría justos los sacrificios de una hija por sus padres.

Kafir respondió casi como si hubiera estado escuchando sus pensamientos.

-Por supuesto, un hombre debe de ser un hombre.

Ella no tenía ninguna respuesta para eso y optó por el silencio.

Kafir condujo durante un largo rato, sin que ninguno de los dos hablara.

Estaban cerca de algún mercado, pues pasaba gente con multitud de productos. Había mulas, bicicletas desvencijadas. Caroline estaba fascinada con el ruido y el color.

Kaifar fue el primero en hablar de nuevo.

-¿Cuál es su trabajo?

-Soy vendedora en una tienda de ropa de diseño- le dijo. No habría sido el trabajo que a ella habría elegido, pero, después de todo, no estaba mal. Llevaba comisión, lo que implicaba un mejor sueldo que cualquier trabajo de oficina y, en ocasiones, conseguía buena ropa a precios ridículos-. Algunas de mis amigas de infancia son ahora clientas mías.

Algo que disfrutaban ellas mucho más que Caroline.

-Tu padre pudo perder su dinero, pero tú no perdiste tu belleza.

Caroline suspiró. Le resultaba realmente placentero hablar con Kaifar. Desde fuera podría parecer que el que fuera un extraño, alguien que pasaría por su vida sin dejar ni dar nada, era lo que lo hacía un confidente perfecto. Pero Caroline no lo creía así. Curiosamente, sentía justo lo contrario: que era la única persona con la que se había topado a la que consideraba ajena a ella.

Todavía más, era como si se hubiera pasado toda la vida esperando encontrárselo. De pronto se dio cuenta de que era un pensamiento peligroso, y tuvo que borrarlo antes de que tomara forma definida.

-¿Podríamos visitar el mercado después? -preguntó Caroline.

-¿Quieres comprar algo?

-No lo podré saber hasta que vea lo que hay- no había visitado un mercado desde hacía muchos años. Recordaba con placer su visita a Italia, cuando tenía trece años. Allí había estado en un mercado. La embriagadora imagen todavía permanecía viva en su memoria: colores, olores. Su padre le había hecho ver lo inapropiado de sus reacciones, de su excitación. A partir de aquel momento, siempre había creído que ir a comprar verduras a un mercado era algo, cuanto menos, pecaminoso.

Y, por algún motivo, Kaifar tampoco quería llevarla al mercado. Al no recibir respuesta, decidió dejar el tema. No había ninguna razón para que ella no pudiera ir

por su cuenta.

Una discreta señal en diversas lenguas, anunciaba la entrada de la grandiosa mezquita.

Esto es un lugar sagrado, donde los devotos pueden estar rezando a cualquier hora del día. Tanto hombres como mujeres deben entrar decorosamente vestidos. Se ruega a las mujeres que se cubran el pelo.

Cerca del cartel, había un hombre con un turbante blanco y una larga barba, sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Una especie de gorra vieja que estaba delante de él dejaba ver el fruto de su trabajo de toda la mañana.

Kaifar se detuvo ante él, se inclinó, le ofreció su mano.

-Salaam aleikam- le dijo.

El mendigo agarró lo que le daba y asintió varias veces.

-Wukikum salaam, Sayedi -respondió el hombre.

Miró el billete que le había dado y volvió la vista a Kaifar. Le dijo algo a lo que Kaifar respondió con una risa. El hombre se rió también y guardó el billete en un bolsillo interior.

-¿Siempre le das limosna a los pobres?- le preguntó. David siempre afirmaba que era absurdo dar limosna a los mendigos. Decía que no eran más que farsantes.

Kaifar sonrió.

-La caridad es uno de los pilares del Islam. ¿Jesús no estableció que se debía dar limosna?

-Pero puede que no sean legítimos pobres.

-¿Legítimos?

-Quizás no lo necesitan realmente. Mendigar es una forma fácil de conseguir dinero.

-¿Es que en tu país no hay gente necesitada?

Caroline se ruborizó. Quiso negar sus palabras, achacárselas a David.

-Sí, claro que sí.

-Aquí, en Barakat, hay muchos pobres. Si éste no lo fuera en realidad, el problema no sería para mí, sino para él.

-¿Por qué?- preguntó Caroline.

-Tendrá que solucionar el asunto con Dios. A mí me dicta que dé limosna a los mendigos, no que me preocupe de su conciencia.

Caroline miró el anillo de compromiso que lucía en su dedo.

«Yo no acepté a David por su religión, carácter o moral», se recordó a sí misma. «Sólo dije que sí porque era rico».

Una vez dentro de la mezquita, una mujer se aproximó a ellos, sonriente y con una bolsa de plástico llena de pañuelos. Pero Caroline sacó el suyo y se lo puso en la cabeza.

Kaifar era un guía fascinante, culto y con gran facilidad para explicar las cosas. Caroline ya estaba acostumbrada a eso de seguir a un hombre por pasillos de museos y monumentos y a escuchar sus explicaciones. Pero, una de dos, o las explicaciones de David eran menos afortunadas, o a Caroline le interesaba mucho más el arte de Barakat que el griego y romano.

Escuchar a Kaifar mientras le contaba todo lo que la reina Halimah había hecho construir era fascinante en sí. Pero además, el trabajo que los artistas habían hecho en aquel lugar era, sencillamente, mágico. Encandilada por la majestuosidad del lugar y la belleza de sus paredes, no pudo sino desear que el arte occidental hubiera podido llegar a ser la mitad de hermoso que aquél, que hubiera alimentado el alma con tal riqueza.

Kaifar le contaba hermosas historias, compartía con ella secretos, le hacía reír. Sin darse cuenta, Caroline comenzó a apoyarse en su hombro fornido, mientras escuchaba, atenta; sus cautivadoras palabras.

Al terminar la visita, Caroline se sentía mentalmente renovada.

Ya una vez fuera el almuecín comenzó a llamar a la oración.

Caroline sentía una paz infinita; más de lo que había sentido jamás en su vida.

De pronto, todo estaba bien. Era como si hubiera encontrado la respuesta a una pregunta que no había formulado y que ni siquiera sabía cuál era.

Kaifar la llevó de vuelta a la limusina.

Durante unos segundos, él se sentó en el .asiento sin poner en marcha el motor. Luego se volvió y la miró directamente a los ojos. Abrió la boca como si fuera a decir algo. Pero lo que salió fue intrascendente.

-¿Quieres comer?

Caroline apartó la cara. Su mirada era demasiado intensa.

Arrancaron.

Cuando ya estaban de camino, Caroline vio una camioneta blanca, desvencijada, como las que había estado viendo continuamente por todas partes. Pero le pareció que los seguía.

-Éste es el Bostan al Sa'adat, el Jardín del Gozo. Podemos comer y después visitaremos los demás jardines -dijo Kaifar. Caroline se limitó a sentir. Estaba absolutamente obnubilada por la visión. Había fuentes, ríos, canales, hermosos pabellones y todo tipo de planta y pájaro que se pudiera imaginar.

El jardín, le dijo, había sido construido para disfrute de toda la población por el jeque Daud, el último rey de Barakat, hacía sesenta años. Lo había hecho para conmemorar su matrimonio con la hermosa extranjera, a la que prometió no tomar ninguna otra esposa.

Caroline lo miró sorprendida.

-Pero yo creía que el jeque Daud tenía tres hijos de diferentes esposas y que había dividido el reino para que los tres heredaran a partes iguales. Según tengo entendido, su padre exigió en su testamento que sus hijos y herederos jamás levantarían las armas los unos contra los otros.

-Eso es cierto, pero no conoces la parte más bonita de la historia. El jeque estaba profundamente enamorado de esa mujer extranjera a la que le dio el nombre de Azizah. Ella le prometió que se casaría con él, sólo a condición de que jamás tomara otra esposa. Pero sus hijos murieron en un accidente y la reina lo liberó de su promesa. El rey se casó con tres esposas el mismo día.

-Parece la receta ideal para un final desastroso -dijo Caroline.

-Se contaron muchas historias de intrigas en el harem. Cada madre quería que su hijo fuera el heredero de la corona, pero el viejo jeque supo tratar a las tres esposas y solucionar los problemas sin conflicto.

De pronto, la agarró del brazo y la apartó del camino.

-¡Mira, mira eso! -le dijo.

Pero la atención de Caroline se dirigió a un grupo de altos potentados que acababa de entrar.

No había nada relevante en ellos, pero le dio la impresión de que Kaifar se escondía de ellos.

Recapacitó sobre aquella actitud. Hacía un rato, también se había mostrado reacio a ir al mercado con ella. Quizás no quería que sus amigos lo vieran. Como hijos del Jardín del Tesoro Nacional, su nuevo estatus debía de avergonzarlo. Desde luego los amigos pueden llegar a ser realmente crueles, aun cuando no pretendían serlo.

La visita continuó y Caroline se embulló en la belleza de lo que los rodeaba.

Había un gran puente que atravesaba un pequeño riachuelo.

-¿Por qué el puente es tan grande, si el riachuelo apenas lleva agua?

-El paisaje ha cambiado mucho. Por aquí pasaba uno de los principales afluentes del río Sa'adat. Incluso en mitad del desierto se pueden encontrar restos de puentes que indican que el curso de ese inmenso río ha variado.

Caroline asintió. Se quedaron juntos, en silencio, disfrutando del aroma a flores.

En un momento él tomó su mano y observó el anillo.

-Tu prometido es un hombre muy rico, ¿verdad?

Ella asintió.

-Sí, así es.

-¿Qué piensa él del papel que desempeñas en la vida de tus padres?

Caroline se sintió incómoda con la pregunta.

-No creo que David se lo haya planteado nunca.

-Él te sacara de ese tipo de vida. ¿Le ha dado a tu padre una dote por ti?

Caroline lo miró sorprendida.

-¿Dote? ¡No seas ridículo! -se rió ella-. En Estados Unidos no se pagan dotes. Las mujeres no se compran y se venden.

Él la miró impasible.

-¿De verdad que no, Caroline?

Y, de pronto, lo vio. Con tremenda claridad, se presentó ante sus ojos la verdad.

«Eso es. David le ha pagado a papá una gran suma de dinero por mí. Ese era el acuerdo, eso es lo que está sucediendo. Dote. Me están vendiendo como a cualquier novia del tercer mundo.»

Capítulo Seis

Aquella noche se sentó junto a Kaifar en un hermoso e íntimo lugar, lleno de cojines, sedas y brocados, ante una pequeña mesa de bronce y madera.

Caroline ya no podía ignorar el hecho de que aquel hombre era tremendamente sensual y sexual.

No sabía exactamente en qué clase de sitio estaban. No parecía un restaurante. Había detenido el coche ante una puerta, pero estaba tan oscuro, que Caroline no había podido ver el edificio. Un hombre había llegado para tomar el coche y Kaifar la había conducido a través de una puerta que no había estado abierta hasta entonces.

Aquella puerta los había conducido a través de un magnífico jardín hasta una especie de porche cubierto de flores donde había pequeñas sillas y mesas. Se escuchaba el sonido del agua, de alguna fuente posiblemente, y olía a flores.

Un hombre aparentemente impasible, vestido con un shalwar kamees de color blanco, les había servido una bebida y un aperitivo, antes de que Kaifar se la llevara a una de las habitaciones más hermosas que había visto nunca.

Había grandes arcos en las ventanas, las puertas eran de rica madera tallada y las paredes estaban pintadas de blanco. El artesonado del techo era impresionante. Luego había mesas pequeñas, plantas, jarras y lámparas colocadas con maestría para dar al lugar una iluminación sensual y sugerente.

Había un camarero y el equivalente oriental al metre. Pero no había más clientes, y no se oía a nadie alrededor.

-¿Dónde estamos, Kaifar? -preguntó ella.

-¿Perdón?

-¡No puedo creerme que tengamos este lugar sólo para nosotros! ¿Por qué no hay más clientes?

-La gente cena muy tarde en Barakat -le dijo Kaifar en un tono que le hizo olvidar a Caroline qué acababa de preguntar.

Kafir agarró un dátil y lo depositó suavemente en los labios de ella.

Caroline sintió una mezcla de deseo, excitación y nerviosismo.

Le resultaba irresistible, aunque tenía muy claro que trataba de seducirla.

-Tienes que probar esto, Caroline -dijo él, mientras agarraba uno de los platos que acababa de traer el camarero.

Con el tenedor lleno, la alimentó como a un bebé.

Ajo, especias, aceite de oliva y el suave tacto de un vegetal que ella no reconocía, mientras Kaifar sonreía en espera de su reconocimiento. Todo aquello era tan delicioso que su hambre, lejos de desaparecer iba creciendo.

Una gota furtiva se derramó por su barbilla y él la atrapó de inmediato. Con suavidad, deslizó el dedo empapado por sus labios y ella sacó la lengua para recoger el néctar. Se contrajo de deseo.

Sí, sin duda, la estaba seduciendo. Y, a pesar de saberlo, de ser perfectamente consciente de ello, no podía evitarlo.

-Tus clientas deben caer rendidas ante ti –le dijo.

-Nunca con tanta hambre -le murmuró él.

Se había afeitado la barba y su rostro anguloso resultaba aún más hermoso que cubierto.

Caroline miró al inmenso brillante de su anillo de compromiso. No brillaba con aquella luz. Estaba apagado, tan apagado como los sentimientos de su prometido.

-Estoy comprometida -susurró Caroline.

Kaifar no respondió. Se limitó a agarrar una albóndiga y ponérsela en la boca.

Caroline se había puesto su vestido favorito. Era de seda marrón, con mangas largas y con un escote trasero, en forma de V que le llegaba hasta la cintura. La falda era larga y estrecha. Aquel vestido se lo había regalado su jefa, porque le quedaba tan bien que la convertía en un reclamo para su tienda.

Aquella noche, se lo había puesto con una corona para el pelo que le había regalado David. Era como una tira de oro, con un rubí en el centro.

Por delante, parecía la virgen de un icono medieval. Por detrás, resultaba realmente seductora.

A David nunca le había gustado aquel vestido. Pero, por la mirada de Kaifar, a él sí le gustaba.

De pronto, sintió el leve tacto de la mano de Kaifar sobre su espalda desnuda. Y se dio cuenta, entonces, de que llevaba ya tiempo esperando su roce. Su piel se estremeció. La sangre eferveció.

Tuvo que reconocer que se había sentido atraída por él desde el primer momento que lo había visto. Y que era la atracción más fuerte que había sentido jamás por nadie.

Recordó la historia de un caballero que puso su espada en mitad de la capa, para no tener tentaciones de poseer a la muchacha a la que debía proteger mientras dormían. Caroline miró el diamante que tenía en la mano, símbolo de la promesa que había hecho a David y a sus padres. No, no podía permitirle a Kaifar que la hiciera suya.

No podía hacer el amor con él, ni aún cuando esa fuera a ser la más increíble experiencia sexual de su vida.

-No más vino -dijo Caroline al ver que el camarero hacía un amago de servir a ambos.

Kaifar no dijo nada. Le hizo una señal al hombre y éste dejó el vino en su sitio.

Llegó otro delicioso plato de patatas asadas con ajo y especias.

La comida en sí era un despliegue de seducción.

Caroline se rió. ¡No podía negarse a comer!

-¿Por qué te ríes, mi perla? ¿Qué es lo que te divierte?

Su voz sonaba grave, llena de esa impaciencia que siente un hombre que quiere algo muy claramente.

-Kaifar, ¿seduces a todas tus clientas así?

-¿Te estoy seduciendo? -preguntó él, mientras se recostaba en los cojines.

-Sabes perfectamente la respuesta.

-Bien- respondió él.

Alzó la mano y retiró de su rostro un mechón de pelo. Luego metió el dedo en uno de sus rizos.

-¿Ves con que perfección encaja ese rizo en mi dedo? Tú y yo somos así en todo.

-No has respondido a mi pregunta -insistió Caroline, tratando de no dejarse llevar por el sugerente comentario.

Él soltó el rizo.

-Nunca había tenido a una mujer soltera como cliente, así es que no hay respuesta. Quizás después de este encuentro, me aficione a hacerlo... O quizás -su voz se hizo aún más profunda y seductora-. O quizás no volveré estar interesado en ninguna otra mujer, Caroline. ¿Entonces qué?

A Caroline le dio un vuelco el corazón. ¿Podría ser posible que se estuvieran enamorando? ¿Era eso lo que estaba ocurriendo? ¿O sólo le estaba pasando a ella?

¿Se estaba enamorando de Kaifar? El corazón se le contrajo.

Si lo que sentía era pura lujuria, ya era en sí suficientemente fuerte como para hacer que se replanteara toda su vida. Necesitaba un encuentro como aquél para que tomara conciencia de lo impensable que era el matrimonio como aquél.

Pero, si lo que sentía era amor, y si él también lo sentía, ¿qué iban a hacer?

Kaifar iba vestido de negro, con un polo que dejaba al descubierto sus brazos fornidos y dejaba adivinar la turgencia de su torso, luego, unos pantalones negros, abotonados delante y un cinturón, que destacaba su cintura estrecha.

«Es como si alguien hubiera estado indagando en mis más oscuras fantasías y hubiera fabricado a Kaifar a imagen y semejanza de lo que más me gusta".

De pronto, se preguntó si todo aquello, la rifa que había ganado, el lugar, un hombre que parecía sacado de Las Mil y Una Noches, se había hecho con algún propósito desconocido.

Incluso las camionetas blancas que estaban siempre alrededor del coche... quizás estaban tomando fotos de lo que ocurría entre ella y Kaifar.

Pero, ¿para quién? Su padre siempre le había dicho que tenía demasiada imaginación. ¿Quién podría querer romper su compromiso?

«David», pensó Caroline. Tal vez, era David el que había cambiado de opinión. No había leído el acuerdo prenupcial, de modo que no sabía las consecuencias de una ruptura del compromiso.

Puede que supusiera una gran suma de dinero que David quería ahorrarse, si en el acuerdo se establecía que, por infidelidad, el quedaría exento de todo pago.

A lo mejor, era David el que estaba pagando por todo aquello. Eso explicaría la extraña reacción de Kaifar cuando había agarrado el teléfono.

Caroline no pudo por menos que reírse de su propia fantasía. ¡Lo siguiente sería dudar de su propio nombre!

Kaifar sonrió.

-¿Qué te ha hecho reír, Durri?

Ella inclinó la cabeza y lo miró. Estaba recostado, a su lado. Aquella manera de comer era demasiado íntima, casi como si estuvieran en la cama.

-¿Qué significa Durri?

Él la miró posesivamente y ella se quedó sin respiración.

-Mi perla -tradujo-. Durri, mi perla, ¿qué te ha hecho reír?

-Me preguntaba si David te habría contratado para intentar romper nuestro compromiso.

De pronto, la sensualidad se tornó en rudeza. Su mirada se volvió intensa y cruel.

-¿Contratarme? ¿David Percy?- parecía realmente ofendido, del mismo modo que cuando le había dicho que David Percy podría comprar la Gran Mezquita.

Caroline se estremeció.

-Lo siento, Kaifar. No pretendía ofenderte- le ponía muy nerviosa su rabia. Había algo ciertamente primitivo en él.

Después de unos momentos de silencio, la tormenta amainó.

-No sabía que tu prometido quisiera romper el compromiso. ¿Es por eso que no ha venido contigo?

Kaifar hablaba con aparente tranquilidad. Pero había algo en sus palabras que la

ponía nerviosa. ¿Acaso se aprovecharía de ella si pensaba que David quería la separación? ¿O por el contrario, perdería interés?

-No. Sólo que era por eso por lo que me reía de mí misma -se explicó-. Es que, simplemente, parece que alguien le hubiera dicho todo lo que a mí más me...

Caroline se detuvo. De pronto, se dio cuenta del tipo de confesión que estaba a punto de hacer.

Kaifar se inclinó sobre ella, intrigado.

-Continúa.

Caroline dudó unos segundos.

-He olvidado lo que iba a decir- murmuró ella y agarró un trozo de algo que había en uno de los platos-. ¡Esto está delicioso! ¿Qué es?

Él le sujetó la mano cuando iba a agarrar otro trozo de comida.

La obligó a volverse hacia él. Sus ojos se encontraron. Durante unos instantes se sintieron encadenados: un hombre y una mujer unidos por un sentimiento, por una fuerza, como si algo les dijera que debían amarse.

-¿Con todo lo que a ti más...?

Caroline bajó los ojos, ocultó su mirada.

-Mírame- le ordenó y ella obedeció-. Yo no soy parte de tus sueños, pues tú no sabes quién soy.

Le acarició los labios.

-Esto es lo que puedo darte y te lo daré. Te proporcionaré algo que puedas recordar en las largas y solitarias noches de tu matrimonio. Nada más.

Las lágrimas inundaron los ojos de Caroline. ¡Qué estúpida había sido! ¿Qué había imaginado?

Por suerte, él mismo había roto el encantamiento.

Caroline se mordió el labio inferior. A pesar de todo, no estaba dispuesta a

dejarle ver cuánto había soñado con él, ni cuánto le dolían sus palabras.

Se volvió y le sonrió.

-Me temo de subestimas las habilidades sexuales de David -dijo ella.

Capítulo Siete

Se hizo el silencio. Su mirada era oscura, desconcertante.

-¿Te parece un buen amante? -le dijo Kaifar. La verdad era que, sencillamente, no le parecía un amante, pues todo lo que había hecho había sido darle un recatado beso y firmar un compromiso de matrimonio.

-Yo cumpliré con mis obligaciones maritales satisfactoriamente cuando llegue el momento, Carolina- le dijo, en un tono que le provocó un escalofrío.

Pero no iba a permitir que Kaifar lo viera, no después de lo que acababa de decirle.

-Un hombre mayor tiene de su parte la experiencia que no tienen los jóvenes -dijo Caroline.

-Los jóvenes si tenemos la experiencia suficiente para saber cuándo una mujer miente -dijo él con una sonrisa.

¡Estaba celoso! ¡No le gustaba la idea de imaginársela con David en la cama!

Ella sonrió, un reto, más que una sonrisa. No iba a responder, no lo necesitaba. Se había dado cuenta de que lo que Kaifar sentía era mucho más fuerte de lo que él podía admitir.

Estaban solos en la habitación. Los dos camareros se habían marchado.

Kaifar le agarró la mano y le besó la palma con pasión una y otra vez.

El vehemente asalto la había tomado tan de sorpresa, que tuvo que contener un pequeño grito. El deseo sacudió su cuerpo. A Kaifar no le pasó desapercibido lo que le estaba ocurriendo.

-Quizás hace demasiado que no gozas de su atención -le sugirió.

Le soltó la mano y, lentamente, la tomó en sus brazos.

Caroline se quedó atónita ante semejante gesto. Pero una boca varonil y carnosa atrapó sus labios. Todo su cuerpo se convulsionó de placer y le dijo que aquel tacto era tan inevitable como la muerte, tan necesario como la vida, su única razón de haber nacido.

Le acarició la espalda desnuda y un escalofrío placentero la recorrió de arriba abajo. La sensación la desconcertó, pues, durante unos segundos, pensó que la había desnudado. De pronto, soltó una carcajada, al recordar que vestido llevaba.

Kaifar se rió también.

Él agarró su rostro entre las manos y la sonrisa se desvaneció.

-Dame tu boca.

El sonido de un vaso la sobresaltó.

-¡Kaifar, el camarero!

-¿Cómo puedes pensar en el camarero en un momento así? Dame tu boca.

Pero la realidad ya había aparecido de nuevo y no se iba a desvanecer así como así. No podía permitir que la sedujese en un lugar público.

-No- dijo ella y se apartó de él.

Kaifar sonrió, se puso de pie y le tendió la mano.

-Ven conmigo.

Con la mano alrededor de su cintura, la guió a través del hermoso corredor hacia una amplia puerta de madera hermosamente tallada, que abrió lentamente.

Antes de que pudiera darse cuenta, Caroline estaba en mitad de una gigantesca

habitación, ligeramente iluminado y bellamente decorada, con una grandiosa cama en el centro.

¿Qué clase de restaurante era aquél? ¿Dónde estaba todo el mundo?

-¿Dónde está todo el mundo? -preguntó ella, completamente desconcertada.

-Se han marchado -respondió él-. No van a volver.

-¿Cómo lo sabes? ¿Qué tipo de lugar es éste?

-Muy discreto- respondió él. Le acarició la espalda y ella se estremeció. Lentamente, la volvió a abrazar.

Pero sacó fuerzas de algún sitio y se apartó de él.

-Estoy comprometida, Kaifar.

Dejó que ella se retirara. Pero pronto inició el contraataque. Se aproximó y se enroscó, una vez más, un rizo alrededor del dedo. Aquel gesto estaba lleno de significado.

-Él te ofrece su riqueza. Yo te ofrezco placer, Caroline. Una noche, una semana de hacer el amor conmigo, ésa es nuestra mutua recompensa. Nadie compra, nadie vende.

El cinismo de su voz congeló el deseo que sentía por él y que la consumía.

-¿Por qué haces semejante sacrificio por gente que no te quiere?

La pregunta la dejó paralizada. Lo miró con dureza.

-¡Claro que me quieren! ¿Por qué dices eso? Tú no conoces a mis padres.

Kaifar negó con la cabeza.

-Alguien que quiere de verdad no pide semejantes sacrificios a la persona a la que ama.

Caroline se quedó paralizada y en silencio.

De pronto, reaccionó.

-Déjame, déjame, no digas más.

-Sabes que es cierto- respondió él.

Caroline sabía que era verdad. Lo había sabido siempre. Y no hacía aquel sacrificio porque la amaran, sino porque no la amaban. Porque en algún lejano y remoto lugar de su corazón, le quedaba la infantil esperanza de que, si se portaba bien lograría obtener su reconocimiento y su amor.

-Caroline, ¿qué obtienes tú con ese matrimonio?

No podía permitir que la subestimara de aquel modo. Tenía que defenderse. Caroline se tensó pero sonrió.

-Obtengo una forma de vida que tú no podrías ni soñar.

Kaifar no se alteró. Era como hubiera estado esperando oír exactamente aquella respuesta.

-Y eso es motivo suficiente, no para que vendas tu integridad, sino para que renuncies a todo placer y a toda esperanza de sentir placer.

-¡Déjame!- le gritó-. ¡Cómo te atreves a hacerme esto! ¿Sólo para conseguir una semana de placer y sexo? ¡Dios santo! ¿Por qué vine aquí?

-Sabes perfectamente porqué viniste -le dijo-. Querías saborear tus últimos momentos de libertad, Caroline. Y eso es, precisamente, lo que te estoy ofreciendo. ¿Por qué no lo tomas?

«Este maldito hombre tiene toda la razón», pensó ella. «Sin saber realmente el motivo, pero por eso fue por lo que vine hasta aquí. Soy una hipócrita que, secretamente, tenía previsto resarcirme de todas mis carencias aquí, antes de la boda».

-Llévame al hotel -le dijo.

-Caroline- susurró él.

-No -respondió ella.

Kaifar abrió la puerta del hotel.

-Buenas noches -dijo ella.

Él asintió y la siguió con los ojos mientras se dirigía a los ascensores.

Después, se dio la vuelta y se dirigió al coche.

Al meterse en el vehículo, abrió la guantera y sacó un teléfono.

Una voz respondió en inglés.

-¿Dónde estás?

-A la puerta del hotel.

-¿Y eso?

-No funcionó.

-¿Qué? Me llamaron diciendo que todo iba bien.

Kaifar se rió.

-Las cosas sufrieron un cambio repentino.

-¿Por qué demonios no la dejaste encerrada sin más?

-Eso la habría asustado -dijo Kaifar.

-Pero hay que hacerlo -dijo la otra voz.

-Lo sé. Mañana- le prometió.

Caroline no podía parar de dar vueltas, de arriba abajo. Nada tenía sentido.

Sólo había una cosa clara en todo lo que estaba sucediendo: le gustaba Kaifar y mucho.

Pero estaba comprometida y le debía lealtad a su futuro esposo.

No obstante, la gran pregunta que estaba en el aire era: ¿realmente debía casarse con David?

«Alguien que quiere de verdad no pide semejantes sacrificios a la persona a la que ama.»

Ésas habían sido sus palabras.

Pero dentro, muy dentro, Caroline sabía que era verdad, que sus padres no la amaban realmente.

Lo único que habían intentado desesperadamente, durante toda su vida, era cambiar la naturaleza sentimental de Caroline.

Habían amado a su hermano Thom con locura, habían querido a la pequeña Dara como al bebé bonito de la casa. A Caroline, se habían limitado a tolerarla.

Pero el tener la aprobación de sus padres era tan importante que incluso había accedido a una boda con un hombre dos veces mayor que ella, un hombre cuyo físico y cuya presencia le provocaba escalofríos.

Sus padres no aprobaban «sus excesos emocionales». En una ocasión, había tenido que escuchar un desagradable comentario de su padre.

-Estabas de vacaciones en Grecia, tú sola, el año antes del nacimiento de Caroline. Espero que no encontraras algún cisne que trocara tu destino en una niña como ésta.

Durante años había carecido de la información y lucidez necesarias para comprender el comentario. Pero a aquellas alturas ya estaba claro.

Pero el comentario, escuchado desde un rincón oscuro, se quedó clavado en su alma.

Tal vez, por eso, nunca la había querido. Tal vez, no la creía suya.

Un día, a la edad de quince años, se había atrevido a preguntar, quién era su verdadero padre. La respuesta: una solemne bofetada en la cara.

Había olvidado aquel incidente. Pero, de pronto, las circunstancias habían traído todo aquello a su memoria.

Puede que ése fuera el motivo de que tratara, desesperadamente de hablar con su madre.

No lo consiguió. Las líneas estaban bloqueadas.

Y un montón de dudas la asaltaban.

No se trataba de elegir entre David y otra persona.

Kaifar era un extranjero con un tipo de vida muy diferente a la suya. Impensable, más bien.

Era una cuestión de decidirse entre un club de lujo o una vida ordinaria.

David o su independencia.

No era fácil decidir, a pesar de todo.

Caroline dudaba constantemente. Pasaba de un estado de decisión a otro de indecisión, de confianza en sí misma, a desprecio. Toda su vida había sido un engaño.

¡Si al menos hubiera sido capaz de agarrar el teléfono, durante esos breves momentos de claridad! ¡De decirle a David que se había acabado todo! ¡Si hubiera sido capaz de llamar a sus padres, de decirles que no quería seguir adelante! Pero cada vez que agarraba el teléfono, se encontraba con la misma respuesta. Las líneas estaban bloqueadas.

Sola, en el extraño silencio de su habitación, tenía que tomar una decisión trascendental, y dudaba, dudaba continuamente.

Se sentía tan cercana a Kaifar, que le resultaba imposible creer que él sólo pudiera sentir deseo por ella.

Una parte de su cabeza le decía que él estaba mintiendo, no tanto a ella, como a sí mismo. Pero, por otro lado, no podía creer que un hombre como Kaifar se engañara fácilmente a sí mismo.

La deseaba, eso era todo. No debía engañarse. No habría ningún prodigioso futuro escrito en aquel encuentro. Si rompía el compromiso, aquello sería todo lo que obtendría. Tendría que volver a casa a enfrentarse con las consecuencias de su decisión.

Caroline agarró el teléfono.

-¡Quiero hacer una llamada ahora mismo! -gritó Caroline-. ¿Cuándo van a estar bien las líneas?

-No lo sé, señorita -dijo el hombre-. Ya es muy tarde.

-¿Qué quiere decir que ya es muy tarde?

-El ingeniero se ha ido a casa.

-¿Cómo que...? ¡Yo pensaba que era un problema con la operadora internacional!

Hubo una pausa.

-En realidad es un problema de nuestras líneas con la operadora internacional -dijo el recepcionista con dificultades lingüísticas.

¡Todo aquel tiempo había pensado que era un problema con las líneas del país! De haber sabido que sólo era una cuestión que atañía al hotel, habría intentado hacer la llamada desde algún otro lugar.

-¡Esto no puede ser! ¿No tienen un ingeniero para una emergencia?

-Esto no es un emergencia, señorita. El ingeniero vendrá mañana.

-¡Es indignante! -dijo ella y colgó el teléfono.

Cansada, frustrada y deprimida, Caroline comenzó a dudar de sí misma. Se sentía realmente débil, no sabía qué hacer. Si esperaba, tal vez su determinación perecería. Tenía que hacerles saber su decisión.

Escribir, ésa era la solución.

Agarró papel y pluma. Pondría la carta en el correo y ya estaría hecho.

Ya casi había amanecido cuando acabó la carta.

El modo de plantear la cuestión fue conciso y sencillo. No hacía ninguna crítica al modo de actuación de sus padres. Se limitaba a explicar los motivos que le impedían seguir adelante con la farsa.

A David, cuyo corazón sabía no se vería afectado, le decía que había cometido un error de juicio y que le devolvería el anillo y los regalos tan pronto como llegara a Nueva York. Se disculpaba por no haber sido clara antes.

Se quitó el anillo.

Descalza, aunque todavía vestida en seda marrón, agarró las dos cartas, las llaves de su habitación y bajó a recepción.

El recepcionista estaba hablando con un hombre. Éste último, la miró atónito. Si embargo, el recepcionista no parecía ya capaz de sorprenderse de nada que un turista hiciera.

-Buenas noches -dijo él y la miró de arriba abajo, sorprendido por el vestido.

-Buenas noches. Quiero asegurarme de que estas cartas salen a primera hora de la mañana. ¿Tienen sellos?

-Sí, señora.

La transacción les tomó sólo unos segundos.

Pagó por los sellos y dejó las cartas en el mostrador.

-¿A qué hora las recogen?

-A las seis de la mañana.

Bien, no tendría tiempo de cambiar de opinión.

-Asegúrese de que salen en el primer correo de la mañana

El hombre asintió.

-Buenas noches -dijo el hombre.

Al entrar en el ascensor, el guarda de seguridad se puso de pie. Caroline lo miró atenta mientras se cerraban las puertas.

Había visto a aquel hombre en alguna parte, pero no había sido en el hotel. ¿Dónde entonces?

Las puertas se cerraron y el hombre con el que el recepcionista estaba hablando cuando ella bajó, pidió las cartas con un gesto.

-¿Tiene algún problema esa mujer?- preguntó el recepcionista y se las dio.

El otro no respondió, se limitó a meterse las cartas en el bolsillo.

-Si te pregunta, le dices que han salido a primera hora de la mañana.

– Parece una buena mujer. ¿Qué ha hecho?

-Es mucho mejor que no sepas nada.

Se quedó dormida inmediatamente. Por primera vez, desde la propuesta de matrimonio de David, se sentía bien.

Soñó con una inmensa bañera, como una piscina. Kaifar le daba una pastilla de jabón, azul y transparente, que tenía la misma forma que uno de los baldosines de la Gran Mezquita.

-Ayer intentó a llamar a Nueva York más de veinte veces, entre las doce y las cuatro de la mañana -dijo el secretario al príncipe Karim.

El príncipe Karim no respondió, pero el príncipe Rafi se puso de pie.

-¿Ah sí?

-Por supuesto, no logró establecer comunicación. Así es que mandó esto- el

secretario dejó sobre la mesa dos cartas con la dirección en alfabeto latino.

-Debemos abrirlas -dijo Rafi y se dispuso a agarrarlas. Pero Karim lo detuvo.

-Una es para su prometido y la otra para su madre -observó.

-Ha descubierto algo- aseguró el príncipe Rafi.

-No, no ha descubierto nada.

-Abre las cartas y asegúrate de que no es así -dijo Rafi.

Su hermano agarró una de las cartas con inusual indecisión.

-No nos podernos permitir falsos escrúpulos, Karim. Si ha descubierto que está ocurriendo algo, sabes lo que puede hacer. Puede intentar huir.

Él príncipe Karim agitó la cabeza.

-No ha descubierto nada. No hace falta leerlas.

-¿Acaso se ha enamorado... de ese chofer tuyo?

-¿Enamorado? ¡No!

-¿Y él? ¿Se ha enamorado él?

-¡Por supuesto que no!

-¿Cómo puedes estar tan seguro?

-¿Cómo puedo no estarlo?

-Fácilmente. Y, además, sabes que si estuvieras equivocado... eso podría arruinarlo todo.

-No hay amor.

-Si lo hubiera, el resultado podría ser impredecible -dijo el príncipe Rafi-. De pronto, Kaifar podría poner los intereses de la muchacha por encima de los del príncipe Karim en un momento crítico.

La mirada del príncipe se oscureció.

-Sí, sería desastroso. Pero no ocurrirá.

-Hay que hacerlo hoy.

El príncipe Karim asintió.

-Nasir ha conseguido una cita para hoy. ¿Me oyes?

-¿Qué? Sí, te oigo. Se hará hoy.

Capítulo Ocho

Durmió un par de horas. Pero un persistente pájaro acabó por despertarla. Caroline se levantó y bajó al restaurante del hotel.

Estaba cansada por la falta de sueño, y la decisión la había dejado emocionalmente desconcertada.

¿Cuánto tardarían sus cartas en llegar?

Tenía la esperanza de que llegaran antes que ella.

La idea de ver a Kaifar en su nuevo estado de libertad, hacía que estuviera nerviosa. Pero no tenía ningún teléfono para cancelar su habitual llegada a las diez.

A las nueve y media, se puso el bañador, un vestido de algodón, agarró una bolsa con una toalla y le dejó una nota a Kaifar.

Quería tomarse el día para sí misma. Él podía descansar.

Dejó el anillo en la caja de seguridad del hotel y compró loción para el sol en la tienda del hotel.

Bajó las escaleras que conducían directamente a la playa.

Desde aquella perspectiva, el hotel aparecía grandioso, blanco e inmenso, en contraste con el azul del cielo y el turquesa del mar.

La playa, llena de palmeras, se extendía durante kilómetros a lo largo de la bahía.

Justo delante del hotel, en la misma playa, había una zona reservada, con piscina, fuentes y sombrillas.

Pero Caroline pasó de largo y continuó por la orilla.

A la izquierda había dos hoteles más y a unas dos millas de allí, se veían los edificios más altos de la ciudad.

A la derecha, la bahía se curvaba y, por fin, desaparecía. No había otros edificios visibles, pero el reflejo del sol sobre los cristales, dejaba adivinar la presencia de casas entre los árboles.

Ella se volvió en aquella dirección y comenzó a caminar, con los pies descalzos en el agua.

El sol ya calentaba con fuerza.

No había nadie en la playa, sólo ella. Era muy temprano aún. Así que disfrutaría de su soledad mientras le fuera posible.

Caminó media milla y allí, sacó la sombrilla y la toalla y se tumbó.

Podía escuchar el graznido de las gaviotas y el rugido de las olas del mar.

Se sentía libre, absolutamente libre. Más libre de lo que se había sentido nunca desde la muerte de su hermano.

Había sido una necia. Había tratado de buscar el amor de sus padres. Inútil. No lo obtendría. A partir de aquel momento, sería ella misma, sin condiciones.

Y todo aquello se lo debía a Kaifar. Hiciera lo que hiciera, sólo podía pensar que le estaba muy agradecida.

Se tumbó sobre la arena. Estaba cansada, aunque una nueva energía la llenaba de vida.

Sólo había una pareja en la playa, pero a suficiente distancia como para no perturbarla.

Se dejó llevar. El rugido de las olas era como ana nana.

Al despertarse, se encontró a Kaifar sentado junto a ella, vestido con un traje de baño negro.

Lo miró de arriba abajo. Era realmente hermoso. Estaba bien proporcionado, su cuerpo era musculoso, de piel oscura y con un poco de pelo en el pecho. Su perfil era rotundo, decidido: un hombre leal en la amistad y terrible en la enemistad. Un hombre honesto.

Lo amaba. La información fluyó desde su inconsciente de un modo suave, dulce.

Él se volvió, como si hubiera escuchado la tácita confesión.

Sus ojos se encontraron y, antes de mediar palabra, él se inclinó y la besó.

Su boca era suave, dulce. Caroline nunca había probado nada que supiera así.

Él terminó el beso y se sonrieron.

-Estás muy diferente sin la barba -le dijo ella, mientras le acariciaba el rostro.

Él sonrió, agarró uno de sus rizos y lo besó.

Luego siguió por la frente, las mejillas, los labios.

Caroline sintió que se derretía en el fuego de su enamorado y, sin poder evitarlo, le rodeó el cuello con los brazos.

Él respondió de inmediato, con urgencia. La respiración se le había acelerado y la abrazaba con hambre.

Caroline sintió su sexo excitado, escondida tras el material de su bañador. La sensación fue desconcertante al principio. Pero en aquel gesto involuntario se escondía una confesión silenciosa. La deseaba con vehemencia.

Y sus besos confirmaron que así era.

Después de un rato, se apartó de ella. La miró.

Apartó un mechón de pelo de sus ojos.

-Me había olvidado por completo de dónde estaba- le murmuró y se apartó de ella, con una sonrisa gentil y satisfecha.

Sin hablar, las miradas intercambiaban toda la información que era necesaria. Volvió a besarla una vez, dos. Pero, de pronto, se detuvo.

-Te has quitado el anillo de compromiso.

Algo en su mirada le dijo que no le había gustado el gesto. Todo lo que él quería eran unas noches de pasión. Si se enteraba de la decisión que había tomado, podía ser que decidiera apartarse, por miedo a que las consecuencias de sus actos fueran más allá de lo que él había previsto. ¿Qué ocurriría si el averiguaba hasta qué punto eran profundos sus sentimientos?

-Lo he dejado en el hotel -mintió ella-. No vayas a creer que la intensidad de tu mirada es suficiente como para que rompa mi compromiso de matrimonio.

Levantó la cara y lo miró directamente a los ojos.

-Era en tu honor en lo que estaba pensando, mi luz -el pretencioso tono del comentario incitaron a Caroline a abofetearlo.

No lo hizo. Prefirió levantarse.

-Me voy al agua.

La sensación fue agradable. El mar la recogió en su seno como una madre amorosa. Se hundió bajo su espeso manto y al salir el sol le golpeó los ojos.

Kaifar no la amaba. ¿Qué debía hacer? ¿Debía tomar lo que le daba? ¿O debía decir que no, sólo por miedo a lo que pudiera ocurrir después, por miedo a sufrir?

Caroline tenía muy claro que a aquellas alturas la partida ya le sería dolorosa.

Por lo que pasara en las próximas semanas, no se iba a embarcar en el avión de vuelta a casa con el corazón intacto. Que el dolor fuera más o menos intenso por las condiciones en que habrían de amarse, eso no podía preverlo. Lo único que él le había prometida era placer y sólo su tacto era un buen anuncio de lo que podía suceder.

Suavemente, como un pez, el objeto de sus pensamientos se deslizó hasta ella.

Se alzó triunfante, con toda el agua sobre el pelo húmedo, perlas brillantes sobre su pelo negro.

Sonrió y la tomó en sus brazos, le rodeó la cintura y apretó su cuerpo. No estaba dispuesto a dejarla pensar. Pero pensar era estúpido en cualquier caso. No podía contener lo que era inevitable.

-¿Te vienes conmigo, Caroline? -le susurró.

Sí, claro que sí. La respuesta tenía que ser sí.

De vuelta en la playa, Kaifar se puso los pantalones ante la atenta mirada de Caroline. Él se aproximó y la tomó en sus brazos una vez más.

-¿Quieres dejar de mirarme así?

Ella se rió, se apartó, agarró su vestido de algodón y se lo puso. El aprovechó para ponerse la camisa y agarrar la sombrilla.

Un momento después, cuando ya estaban en la parte de abajo del hotel, Kaifar la condujo hacia el coche. Pero ella se resistió.

-Quiero cambiarme de ropa. Estoy llena de sal.

Kaifar la miró con un deseo impaciente.

-Eso hará que estés todavía más deliciosa.

Sin esperar respuesta, casi la arrastró hacia el coche.

Capítulo Nueve

En cuanto Kaifar abrió la puerta del jardín, Caroline se dio cuenta de que estaban en el mismo lugar de la noche anterior.

Pero prefirió no preguntar.

La condujo a través del jardín, del comedor en que habían cenado, hasta llegar al dormitorio.

Una vez allí, se volvió hacia él con un ansia incontenible que a ella misma le sorprendió. Le rodeó el cuello con las manos y presionó sus senos contra su torso desnudo. Se estaba ofreciendo, abierta y claramente.

Ansiaba recibir el premio del placer prometido.

Él la rodeó también con sus brazos. Caroline no había sentido jamás brazos tan perfectos para ella.

-Tengo que dejarte un segundo- murmuró Kafir-. Espera aquí.

Tardó unos segundos en registrar lo que le estaba diciendo.

-¿Cómo?- preguntó ella con una sonrisa de incredulidad.

-Por favor, Caroline. Tengo que hacer algo...

-¡Ya! -sonrió ella-. Claro.

Lo agarró de la mano y lo llevó hacia la cama. Los ojos de su futuro amante estaban ardiendo de pasión.

-He comprado preservativos en la tienda del hotel.

-¡Caroline!

Ella volvió a sonreír.

-Kaifar, prometo que no. me arrepentiré de nada, prometo no pedirte lo que no puedes darme. Pero sé lo que sí puedes darme y lo quiero- de pronto, ella se sintió confusa-. ¿Y tú? ¿Acaso tú ya no me deseas?

Él no respondió, se limitó a agarrarla y a besarla con una pasión incontenible.

Momentos después, yacían en la cama, y la boca varonil poseía ansiosa la de su amada.

Todo su cuerpo respondía al tacto de su feminidad contra su pelvis, su sexo

excitado pujaba por salir de su encerramiento.

No había ninguna promesa de que el león pensará ser suave con el cordero.

Sin embargo, él comenzó a acariciarla con maestría, provocando más sensaciones de las que Caroline había sentido en toda su vida.

Lentamente, le quitó el vestido de algodón y apareció su bikini, escaso, provocador.

Kaifar la abrazó y sintió el tacto de su cuerpo semidesnudo.

Apartó los tirantes del bañador y le besó los hombros. Después descendió, hasta rebuscar entre la tela la tersura de sus senos, la dureza de sus pezones.

De pronto, sus pechos estaban libres y se estremecían con el tacto.

Él miró la prominencia de sus montes unos segundos antes de atrapar entre sus labios uno de sus pezones.

La sensación fue enloquecedora. Ella se arqueó para atrás y dejó que el placer fluyera por todo su cuerpo. Los sonidos que escapaban de su boca, lo enloquecían a él. Tanto, que acabó por acallar sus labios con un beso, para evitar los gritos del placer.

Sus manos abandonaron los pechos y descendieron por su estómago, hasta encontrar su feminidad, húmeda, cálida.

Y ella, en aquel instante, deseó ser suya, sólo suya.

Él, aunque no lo dijera, sentía lo mismo. Lo decía el modo en que la sujetaba, con un ansia inusual.

Abrió las piernas involuntariamente y un dedo se abrió paso entre las sedas de su pubis.

La acariciaba, lo hacía con suavidad. Pero aquel ligero masaje la consumía, hacía que se derritiera de placer.

La sensación la consumía por completo.

La besaba, la excitaba.

Por fin, deshizo los lazos que sujetaban el bikini y toda su carne quedó expuesta y libre.

Él, entonces, descendió hasta que su boca se posó en la feminidad de su amada. Y ella se convulsionó.

Luego, se quitó la ropa y ella le rogó que la poseyera, se lo rogó con el cuerpo y con la voz.

Él se apartó ligeramente y, con las manos temblorosas, se puso el preservativo.

Se tumbó sobre ella.

-¡Kaifar! ¡Kaifar!

-Confía en mí, Caroline, confía en mí...

Pero lo que él encontró, fue una sorpresa. Atravesó la barrera inesperada y el grito de dolor y placer de ella le anunció lo que estaba sucediendo.

-¡Caroline!

Ella sonrió.

-¡Kaifar! ¿No es maravilloso? ¡Pero duele un poco! Empuja de nuevo, suavemente. ¡No había sentido nada igual en mi vida!

-¡Caroline! ¿Me das esto?

Él se abrió paso de nuevo en ella y Caroline se dejó perder entre las olas arrolladoras del placer, en el poder que aquel acto tenía para unir dos cuerpos y dos almas.

-Según parece, tiene algo que enseñarme -dijo David Percy.

El hombre llevaba una caja de terciopelo en las manos, bien apretada contra el pecho.

Era bastante frecuente entre aquellas gentes considerar que cualquier objeto personal o algún insignificante artefacto robado tenían un valor inusual.

Pero el hombre había insistido en verlo personalmente.

Parecía no tener prisa. Se limitaba a estar ahí de pie, y a mirarlo directamente a los ojos.

David Percy alzó la mano con impaciencia y le indicó que se sentara.

-Vamos, enséñeme lo que trae.

El hombre, obedientemente, se aproximó a la silla y se sentó. Luego alzó lentamente la caja y la dejó sobre la mesa.

David odiaba aquel tipo de gestos, conocía a los intermediarios extranjeros y su cortesía no eran más que una forma de manipulación.

También era cierto que todos eran pobres ladronzuelos incapaces de saber cómo debían comportarse ante un hombre como él.

David agarró la caja.

-Veamos que traes- levantó la tapa y miró con sorpresa su contenido-. ¿Qué demonios es esto?

Levantó los ojos. y miró directamente al vendedor.

-¿Quizás haya oído hablar de la Gran Joya del Sello de Shakur? -dijo el hombre.

-Sí, claro que he oído hablar de ella.

-Mi jefe le ofrece...

-¡No me interesa!

Nasir levantó las cejas en un gesto de sorpresa, al ver que David Percy se levantaba de la silla.

-¡Eso no es más que una falsificación!

Nasir sonrió.

-¡Por supuesto que lo es! Y es usted, precisamente, el que mejor puede saber que es una falsificación -dijo Nasir, en absoluto impresionado por el comentario.

-¡No sé qué demonios quiere usted decir!

-Que es usted un gran experto, ¿qué otra cosa?

-Yo no compro copias.

-A pesar de todo, mi señor piensa que tal vez le interese lo que le ofrece. Un intercambio es lo que pide.

-Fuera de aquí y llévese esa maldita esmeralda.

Nasir no se movió.

-Esperaba encontrarlo más predispuesto al diálogo. Quizás cuando vea lo que le ofrezco, cambiará de opinión.

Se metió la mano en el pecho y sacó una foto.

David se tensó.

-¿Qué demonios es esto?

Era una foto de Caroline Langley.

-Al parecer, ésta era la joya de la corona de, su colección privada. Resulta que por efectos del destino ha caído en manos de mi señor. Aunque aprecia la joya, desearía intercambiarla por la que usted tiene en su poder y le pertenece. Le advertimos de que no se le ocurra llamar a la policía. Aparte de crear un grave conflicto internacional, su preciada Caroline desaparecería de la faz de la tierra.

A la mañana siguiente, Caroline se levantó feliz, llena de vitalidad.

Olía muy bien, algo delicioso se estaba cocinando. En su boca, la sonrisa se había instalado con deleite.

¡Qué amante había encontrado!

Durante años, sus amigos le habían dicho que estaba perdiéndose los placeres del amor. Pero el haber encontrado a Kaifar la había resarcido en una sola noche.

Aunque no tuviera experiencia, sabía que lo que había sucedido entre ellos había sido algo único, especial. Una semana con él valdría toda una vida.

Después de haber hecho el amor, se había quedado plácidamente el uno en brazos del otro.

-Caroline, ¿por qué no me lo dijiste?

-¿Habría cambiado algo?

Él no respondió a la pregunta.

-¿Cómo podías seguir siendo virgen?

-¿Por qué no?

-Tienes veintidós o veintitrés años...

-Haré los veintitrés en un par de semanas -dijo ella.

Le acarició la frente y un rizo se le enroscó espontáneamente en el dedo.

-¿Por qué no has tenido ningún amante antes?

Ella se encogió de hombros.

-A los dieciséis años decidí que no me iba a entregar al sexo casual.

-Y, ¿por qué has cambiado eso de repente?

No podía mentir. El único modo de responder era diciéndole la verdad. Y la verdad era que no era algo casual. Se había enamorado de él. Así lo había decidido en su momento y seguía manteniéndolo. No tendría ninguna relación hasta que no se enamorara de verdad, hasta no encontrar al hombre con quien quería compartir su vida.

Caroline sonrió.

-Te responderé a esa pregunta el día que realmente quieras saber la respuesta.

Él la miró preocupado, después cerró los ojos y pronto se quedaron dormidos.

Fue precisamente el sonido de platos lo que la despertó.

Al abrir los ojos, se dio cuenta de que estaba desnuda y no pudo evitar ruborizarse. Buscó su ropa. Había sido cuidadosamente colocada sobre una silla.

Se levantó y, por primera vez, se dio cuenta de hasta que punto era hermosa la habitación en la que estaba. Parecía enteramente sacada de algún cuento de Las mil y Una Noches.

¿Dónde estaba? ¿Qué clase de sitio era aquél?

Había pensado que sería el apartamento de Kaifar. Pero, ¿cómo podía vivir en un lugar así? Quizás lo habría heredado de su padre.

Se metió en el baño. Nunca había visto nada igual.

La bañera tenía el tamaño de una pequeña piscina, con escaleras que bajaban de los cuatro lados.

Al salir, el olor a comida era aún más intenso.

Salió de la habitación por el pasillo que había recorrido la primera noche con Kaifar.

Bajo uno de los arcos, un hombre preparaba una mesa. Estaba dándole los últimos toques, al más fino estilo occidental.

-Salaam, Madam -dijo el hombre.

-Salaam- respondió ella

-Por favor – dijo el hombre y señaló los cojines para que se sentara.

-¿Dónde está Kaifar?

El hombre la miró sorprendido.

-¿Kaifar?

-El...- ¿cómo podía describirlo? No sabía si era el dueño de aquello. Realmente, no sabía dónde estaba.

-Madam, ¿querer vino? -le dijo el hombre.

A ella le tomó unos minutos el darse cuenta de que le estaba hablando en su idioma.

-Sí, gracias -respondió al fin.

El hombre alzó la botella con el vino blanco y sonrió.

Ella asintió.

Le sirvió el líquido en una hermosa copa de cristal labrada en oro, que no habría sido desdeñado ni por un sultán.

Caroline se relajó durante unos minutos. Pero al ver que Kaifar no aparecía, decidió que lo mejor que podía hacer era irse al hotel y cambiarse de ropa.

Dejó la copa y se levantó.

-Me gustaría ir al hotel.

El hombre la miró realmente extrañado.

-Hotel -repitió ella. Se señaló a sí misma-. Irme ahora.

Hizo el gesto de mover el volante de un coche.

De pronto, el hombre pareció sobresaltado.

-No irse, señora- repitió el hombre-. Comer.

-Volveré luego -dijo ella, aunque estaba claro que el hombre no la entendía. Se dirigió a la habitación. Agarró la bolsa de playa y volvió a salir.

Allí se encontró al hombre, en la puerta. Parecía realmente preocupado y decepcionado.

-Volveré dentro de media hora -dijo ella. Y, sin esperar más, se dio media vuelta y se marchó.

El camarero comenzó a llamarla. Pero, después de todo, no se entendían. Así que, cuanto antes saliera de allí, mejor.

Había un hombre sentado en el jardín. Se levantó al verla aparecer.

Caroline asintió, en una señal de saludo, y se dirigió a la puerta. Estaba cerrada.

-Madame, madame.

Se volvió. El camarero y el hombre decían algo en árabe, mientras movían agitadamente las manos.

-¡Abra esta puerta, por favor!

-¡No, madame no!- protestó el camarero. Le indicaba con gestos que no se podía abrir la puerta, que estaba cerrada y debía permanecer así. Luego le explicó algo en árabe.

-No entiendo ni una sola palabra de lo que dice. Abra la puerta sin más.

El otro hombre se volvió hacia el camarero y le dijo algo.

El camarero, entonces, trató de hacerle entender algo incomprensible.

-¡Príncipe, príncipe!- exclamó el hombre, feliz de poder hacerse entender-. Príncipe viene.

Caroline lo miró con extrañeza.

-¿Príncipe? ¿Quién es Príncipe?

-Sentar, sentar... vino -le señaló a la mesa en la que se había sentado antes y trató de conducirla hacia allí sin tocarla.

De pronto, Caroline sintió miedo.

¿Dónde estaba Kaifar? ¿Quiénes era aquellos hombres y por qué no la dejaban salir?

Comenzó a temblar. En un ataque de pánico se lanzó contra la puerta, pero seguía firmemente cerrada.

Trató de mantener la calma y de actuar con la mayor frialdad. Se volvió hacia los hombres amenazadoramente.

-¡Abran esa maldita puerta!

De nuevo, balbucearon excusas y explicaciones.

De pronto, los dos hombres se quedaron inmóviles y en silencio. Caroline oyó entonces que unos pasos se acercaban.

Comenzó a golpear la puerta.

-¡Ayuda, ayuda!

Se intercambiaron una serie de palabras en árabe y el hombre del jardín, se metió la mano en el bolsillo y sacó la llave.

Caroline respiró aliviada.

Se apartó para dejar que abrieran la gran puerta de madera.

Pero en el momento en que se movió hacia dentro, un hombre entró y, sin dar tiempo a nada más, la puerta volvió a cerrarse.

Caroline, descorazonada, observó al recién llegado.

En la mano traía todo el equipaje de Caroline.

Capítulo Diez

La puerta se volvió a cerrar sin darle a Caroline opción a escapar.

Caroline trataba de controlar el pánico, trataba de no perder la compostura, ante los tres individuos que la miraban.

-¿Quién es usted?- preguntó con ira contenida-. ¿Qué se supone que está haciendo con mis cosas?

Ella no esperaba una respuesta, sin embargo, la obtuvo.

El recién llegado le dio las maletas al camarero y respondió.

-Lo siento, madam. Nadie va a hacerle daño. Tranquilícese.

-Me gustaría marcharme ahora mismo.

El hombre se encogió de hombros.

-Lo siento, tendrá que esperar aquí.

-¿A qué debo esperar y dónde diablos estoy?- preguntó Caroline, tratando de parecer furiosa en lugar de aterrada.

-El príncipe se ha retrasado, pero pronto llegará y le explicará todo.

-¿El príncipe? -ella había pensado que Príncipe era un nombre-. ¿Qué príncipe?

-Su serena majestad el príncipe Karim, emir de Barakat este. Yo soy Jamil, su secretario.

-¿Dónde está el hombre que me trajo hasta aquí?

Su interlocutor no respondió.

-¿Qué le han hecho a Kaifar?- gritó ella completamente aterrada.

-No puedo decirle nada más. Su majestad se lo explicará todo. Ahora, le sugeriría que se cambiara de ropa. .Disfrutará de la espléndida cena del chef real.

Aquel repentino interés en que comiera le resultó francamente irrisorio.

De cualquier forma, fuera quien fuera el individuo con quien había de encontrarse se sentía vulnerable vestida de aquel modo.

Subió al dormitorio y se puso unos vaqueros, una camiseta y unas playeras.

Todas sus cosas habían sido cuidadosamente guardadas, incluido el anillo de compromiso. Pero no estaba ni su dinero, ni su pasaporte.

De pronto se dio cuenta de que no tenía modo de salir de allí, indocumentada y sin dinero. Tal vez, para cuando alguien notara su ausencia, ya sería demasiado tarde.

Con su madre, había quedado en que sería ella la que llamaría. En cuanto a David, en cuanto recibiera la carta...

-Esperaré a su majestad en el jardín -informó a Jamil al salir del dormitorio.

Pero no había esperanza. El guarda estaba aún en el jardín. Se paseó de arriba abajo por el magnífico jardín.

¿Qué iba a ocurrirle? ¿Qué querían de ella? ¿Por qué le cantaban aquella estúpida historia de un príncipe?

Lo único que sabía es que era un rehén. Seguramente, querían el dinero de David.

De pronto, recordó unas palabras que David había pronunciado tiempo atrás.

«Una de las cosas que mi esposa debe comprender es que jamás pagaría dinero a unos secuestradores.»

¡Dios santo! ¿Qué le harían a ella si David se negaba a pagar?

«David, por favor», suplicó ella en silencio. «Tú tienes tanto dinero y yo sólo tengo una vida».

Sin duda, no podía haber escogido un peor momento para enviar la carta. ¿Quién la creería si les dijera que ya no estaba comprometida con él?

De pronto, el guarda se apresuró a la puerta y la abrió.

Entre las sombras, apareció una figura conocida.

-¡Kaifar!- se lanzó a sus brazos como una desesperada-. ¡Pensé que había sucedido algo! ¡Rápido, salgamos de aquí antes de que cierren la puerta!

-Caroline, siento haber llegado tarde.

Detrás de él, ya estaba Jamil.

-Buenas tardes, su majestad.

Caroline retrocedió asustada y confusa.

-¿Qué es todo esto? -preguntó nerviosa-. No juegues conmigo. Estos hombres han traído mis cosas del hotel y no me dejan salir.

-Siento que te hayas asustado, Caroline. Tengo que explicarte algunas cosas. Nos han preparado una suculenta comida. Sube conmigo y hablaremos.

Ella se quedó inmóvil. De pronto, otro miedo la asaltó.

-No -dijo ella-. Quiero irme de aquí. Vámonos a cenar a otro lugar.

Él la miró impasible.

-Caroline, no me pidas eso. Te ruego que subas conmigo.

-Abre esa puerta.

-No puedo hacerlo, Caroline.

-¿Soy tu rehén?

Él no respondió.

-¡Bastardo!

-Es normal que estés enfadada.

-¿Soy tu rehén o el rehén de otra persona?

-Mía -dijo él con un tono posesivo que sólo horas antes le había parecido tan erótico a Caroline.

-¿Por qué dicen que eres un príncipe?

-Caroline, vamos a arriba. Tengo que explicarte muchas cosas.

-¿Tengo otra elección?

-Caroline.

-Si tengo otra opción, yo preferiría marcharme de aquí en este preciso instante. Si no la tengo, tendré que resignarme a cumplir con sus órdenes, majestad. Pero no fingiré estar satisfecha y feliz en vuestra compañía.

-En tal caso, te ordeno que subas conmigo.

Sin mediar palabra, ella lo precedió a través del arco de entrada, que sólo horas antes le había parecido mágico.

En aquel momento, entraba en el infierno.

Les sirvieron la comida en el instante mismo en que se sentaron a la mesa.

A pesar de que llevaba muchas horas sin probar bocado, no podría comer.

Cuando Kaifar le ofreció la cesta del pan, ella, sencillamente, negó con la cabeza.

-Quiero escuchar la explicación -dijo ella.

-Come primero, Caroline.

-No pienso comer en vuestra compañía, señor.

-Comerás si quieres oír una explicación.

-No tengo hambre.

-Si piensas hacer una huelga de hambre, por lo menos escucha las razones que me han llevado a actuar así. Luego, podrás hacer lo que te plazca.

Se quedó durante unos segundos inmóvil y en silencio.

Él le sirvió en el plato la deliciosa comida que les habían traído y comenzaron a comer.

-Bien, ya estoy comiendo. ¿Por qué no me cuentas ahora qué planes tienes para mí? ¿Es esta mi última comida? Dímelo rápido, porque me esforzaré en disfrutarla.

-Ni es tu última comida, ni nadie te va a hacer daño alguno-. Caroline lo creyó, sin saber por qué. Pero se recordó a sí misma, de inmediato, que si se hallaba en aquellas circunstancias era, precisamente, por haber confiado. No respondió y Kaifar continuó.

-¿Recuerdas la historia de los tres hijos del jeque de Barakat?

-¿Cómo podría olvidarla?

-Yo soy uno de esos hijos. Mi nombre es Karim. El jeque Daud era mi padre. Al morir, me cedió esta parte de Barakat, conocida como Barakat oeste. Además, me correspondió ocuparme de la preciada esmeralda del sello de Shakur. Alrededor de dicha joya hay una leyenda. Se cree que el monarca reinará sólo mientras la joya esté en su poder.

-Fascinante -dijo ella con ironía.

Él ignoró el comentario.

-Las tribus comparten esa creencia. Si la joya fuera robada, muchos podrían aprovechar la oportunidad para poner en duda mi reinado y el de mis hermanos. La guerra civil sería casi irremediable. Se perderían muchas vidas. Las naciones que nos rodean verían también el modo de aprovecharse de las circunstancias.

-Muchas gracias por compartir conmigo sus preocupaciones reales, pero...

Él la interrumpió.

-Tu prometido, David Percy, robó la Gran Joya del Sello de Shakur.

Caroline se quedó boquiabierta.

-¿Qué?

-Sobornó a uno de los Guardas del Tesoro que sustituyó el original por una copia.

-¡No te creo!

-Fue un robo maestro y mi gente ha tardado mucho tiempo en descubrir quién

había sido el autor.

-¡Me niego a creer semejante cosa!

-Es normal que una mujer crea en la integridad del hombre con el que está prometida. Asimismo, también es normal que ese hombre confíe en su honor.

-¡Vaya! ¡Como me he acostado contigo para pasar el rato, ya no tengo derecho a desconfiar de una acusación como la que acabas de hacer contra David! ¿Y tú, Kaifar? ¿O debo decir, su majestad? ¿Dónde está tu moral?

-No esperaba que fueras virgen.

Lo miró fijamente unos segundos. Por fin, apartó el rostro.

-¿Por qué no te limitaste a secuestrarme? ¿Por qué has tenido que jugar de ese modo con mis emociones? ¿Es que eso también era parte de tu venganza?

-No y lo siento, Caroline. Sólo esperaba poder traerte hasta aquí sin que sufrieras, sin que llegaras a descubrir que eras un rehén. Pero...

-¡Me enternece saber que eres tan considerado!

-No era mi intención...

-¡Tu intención!- le gritó-. ¡Tenías intenciones de hacer lo que fuera necesario! Supongo que alguien te ha aconsejado a hacerlo así. Alguien te dijo que, si conseguías que me enamorara de ti, luego, cuando me contaras tus motivos, me desestabilizarías por completo. Si ya no puedo confiar en ti, ya no puedo confiar en nadie. ¿Qué se supone que debo sentir o creer ahora? Tal vez nada de lo que me estás contando sea cierto.

Él la miró fijamente.

-¿Cuál piensas que puede ser la verdad? ¿Por qué crees que te tengo como rehén?

-No lo sé. Tal vez le vendiste el sello a David por un precio descomunal y ahora quieres recuperarlo porque tu pueblo se ha enterado de tu valerosa hazaña. Puede que, simplemente, quieras que vuelva a ti sin tener que pagar. Y, ¿quién sabe? Puede que ni siquiera seas el príncipe Karim y sólo quieras minar mi mente confundiéndome. Quizás mañana me entere de que no eres más que un famoso y poderoso gángster, conocido

por seducir a las mujeres que secuestras.

Las lágrimas le quemaban los ojos. Pero no podía dejarlas escapar.

-No es mi intención minarte, ni dañarte en modo alguno. Puedo probar que soy quien te he dicho.

En ese momento, entró en la habitación un camarero. Kaifar le dijo algo en árabe. El hombre asintió y sacó de su bolsillo un billete de veinte dirhams. Lo desdobló y lo dejó ceremoniosamente sobre la mesa con una reverencia.

-Mira al retrato, Carolina- le ordenó Kaifar.

Ya estaba familiarizada al retrato de los tres príncipes que aparecía en el billete.

-Ya lo había visto antes.

-Míralo más de cerca -le rogó.

Uno de los tres rostros era idéntico al de Kaifar.

-Quién sabe, es posible que no seas más que alguien que se aprovecha de tu parecido con el príncipe.

-Caroline, estás en mi palacio.

Ella miró de arriba abajo el lugar en que se encontraban. Ciertamente, eso podría explicar muchas cosas.

-¿Sí?

-Esta es una sección privada del antiguo harén. Durante siglos se ha utilizado para alojar a todas aquellas mujeres, cabeza de estado, que han visitado nuestro país. En tiempos de mi abuelo, aquí se hospedó la reina Victoria.

Caroline pareció desfallecer. Bajó la cabeza con una tristeza infinita.

-Me da exactamente igual quién seas.

-Pero tienes que creerme. Es importante que sepas que lo que te digo es verdad.

Se puso de pie y le dio orden al camarero de que retirara la silla de Caroline.

No servía de nada que se negara a seguir sus órdenes. Estaba en sus manos.

La guío por el corredor hasta atravesar una grandiosa puerta de madera.

Lo siguió de estancia en estancia. El lugar era prodigioso, hermosamente decorado. Parecía un palacio o un museo.

Por fin, llegaron a una puerta de hierro, bloqueada mediante un moderno sistema de seguridad.

Karim marcó un número y la puerta se abrió.

Caroline se quedó boquiabierta ante la imagen que apareció frente a ella. ¡No había visto tantas joyas juntas en toda su vida! No sabía que podían existir zafiros, esmeraldas, rubíes y diamantes de semejante tamaño en la vida real. En el centro de la habitación había una urna de cristal, con un soporte forrado de seda. Estaba vacío.

-Ahí es donde el sello suele reposar desde hace siglos, desde que este palacio fue construido.

-¿Dónde está la copia?- preguntó Caroline, que comenzaba a creer en parte de su historia.

-Está en Nueva York. Quisimos darle a tu... a David Percy la oportunidad de devolvernos lo que era nuestro. Pero negó todo.

-¡Por supuesto! Él no puede haber sido el autor de semejante ultraje- lo defendió Caroline, aunque una parte de ella empezaba a dudar de si su frío y distante ex prometido había sido capaz de algo así-. Tus espías no podrían reconocer que han cometido un error.

Karim la miró directamente a los ojos.

-No ha habido ningún error. Tenemos pruebas. Y, aun cuando no las hubiéramos tenido, David Percy siempre habría encabezado la lista de sospechosos. Todo el mundo sabe que carece de escrúpulos. Su fortuna es el peor enemigo del patrimonio artístico de todos los países, pues puede sobornar al más fiel de los guardianes.

Caroline no respondió. Estaba empezando a creer la historia. ¿Era así como los raptores conseguían de sus víctimas todo cuanto querían? ¿O, sencillamente, era-todo

verdad?

Sabía tan poco del mundo de David, de quién era en realidad.

Karim pareció mal interpretar su silencio. Se dirigió a una de las cajas y la abrió. Sacó un maravilloso prendedor, decorado con una gran esmeralda en el centro y diamantes.

Ella no pudo evitar un gesto de admiración.

-Ésta era la joya favorita de mi madre. Mi padre le permitió elegir lo que ella quisiera del tesoro cuando yo nací.

Su rostro apareció reflejado en el pequeño espejo que había en la pared. Él estaba detrás de ella. Su piel oscura contrastaba con la palidez de la de Caroline. Sus profundos ojos negros la atraparon.

Lentamente, posó las manos sobre sus hombros.

-Es para ti, Caroline -le puso el prendedor en el pelo.

Con suavidad, hizo que se volviera hacia él y no tuvo más remedio que mirarlo directamente a los ojos.

Inclinó la cabeza y la abrazó con fuerza.

Durante un terrible y maravilloso segundo, sintió toda la fuerza de la pasión que la había poseído antes. De pronto, recuperó el sentido común y se apartó bruscamente de él.

Se quitó la joya con rabia.

-¡No, gracias! -susurró ella con rabia–. Nada de lo sucedido te da derecho a creer que me voy a vender. Ni siquiera por un precio tan alto.

Él apretó la mandíbula con ira contenida. Agarró el prendedor y lo metió de nuevo en su caja.

En silencio, regresaron al comedor.

Allí ya estaban sirviendo el segundo plato. Se sentaron sin mediar palabra. Caroline no podía dejar de preguntarse qué parte de todo aquello era verdad, si todo

lo que hacía aquel hombre era parte de un deliberado proceso de manipulación.

-¿Cuándo se te ocurrió todo este enredo? Ya me estabas esperando en el aeropuerto. ¿Cómo sabías que venía a tu país?

-Estaba todo preparado.

Caroline lo miró horrorizada.

-¿Tú preparaste todo? La rifa... era una farsa- comenzó a reírse nerviosamente-; ¡Dios mío, David tenía razón! Él decía que era todo un montaje... ¡Si le hubiera escuchado!

Su risa era cada vez más histérica.

-¡Ya está bien, Carolina! -le ordenó-. La rifa se montó con la idea de que fuera Percy el que viniera. Tuvimos que cambiar nuestros planes al descubrir que venías sola. Él tiene mi joya. Ahora yo tengo la suya.

Ella sonrió cínicamente.

-Debe de ser realmente enorgullecedor para ti saber que te has llevado la piedra más preciada de toda la joya. Pero David no sabía que yo era virgen y en Occidente es algo que hoy en día carece de importancia.

-Comprendo tu amargura, Caroline.

-¡Vaya, comprendes mi amargura!- se burló ella-. Entonces no te importará que te diga que eres un maldito bastardo.

-Caroline, doy ciertas concesiones a tu furia, pero no puedo permitirte que me hables de ese modo.

-¿Por qué? ¿Cuál es el castigo por faltarle el respeto a su majestad? ¿Me arrancarás la lengua? ¿O en este caso me cortarás la mano derecha?

La miró en silencio.

-¿Qué vas a hacer ahora? -le preguntó después de una larga pausa

-Uno de los miembros de mi gobierno está en Nueva York. Le ha dicho a tu prometido que te tenemos prisionera y ha pedido que le devuelva la joya. Cuando

regrese con el sello, serás liberada.

-Mientras tanto, soy tu prisionera.

Él asintió.

Caroline dio un sorbo de vino y lo miró.

-No va a devolverlo.

-¿Qué quieres decir?

-David me dijo cuando nos comprometimos, que debía entender que jamás pagaría un rescate. Me dijo que su vida dejaría de tener valor si se rebajaba a pagar un rescate por mí o por él mismo. Me aseguró que, si alguna vez sucedía esto, no pagaría para mi liberación.

El gesto de Karim se oscureció y dijo algo en árabe que ella no comprendió.

Caroline tenía sentimientos encontrados. Por un lado, le aterraba la sensación de soledad y vulnerabilidad. Pero, por otro, sentía el placer del triunfo.

Tal vez, había sido absurdo por su parte haberle contado todo aquello. ¿Cómo podía estar segura de que David no pagaría?

Por otro lado, si había recibido la carta y sabía ya que había anulado su compromiso, no tendría ningún motivo para pagar el rescate.

¿Por qué había escrito aquella maldita carta? ¿Qué haría el príncipe Karim si David no le devolvía su joya?

Cualquier cosa era posible.

¡Cómo podía cambiar la vida en cuestión de unas horas!

Lo que había creído un sueño se había convertido en la peor de las pesadillas... y no había ninguna respuesta sobre lo que le depararía el futuro.

Capítulo Once

Caroline apagó la luz y se quedó esperando a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad.

Cuando por fin pudo distinguir el perfil de la cama, abrió lentamente la puerta. Se quedó escuchando el silencio de la noche. No había nada.

Salió al pasillo. Iba descalza

Llevaba las playeras colgando del cuello.

No tenía dinero, ni pasaporte, ni billete de avión. Pero tenía el anillo de compromiso y varias joyas. Podría utilizarlas cuando fuera necesario

Lo importante era salir de allí.

Podría escalar un árbol y saltar la valla mientras el guarda estaba descuidado o dormido.

Sin embargo, la mejor opción sería encontrar una vía de salida a través del palacio.

Karim la había conducido por diversas salas. Sabía que tendría que encontrar, tarde o temprano, una puerta por la que salir. Tenía la certeza de que cuando habían vuelto al harén, Karim no había echado la llave.

Tardó varios minutos en recorrer el pasillo. Estaba muy oscuro. A pesar de todo, iba de prisa. Atravesó varias arcadas y entró y salió de varias estancias.

El palacio tenía grandes ventanas, cientos de puertas y habitaciones. Buscaba desesperadamente alguna puerta abierta que la sacara de allí.

Pero, si no podía salir en mitad de la noche, lo haría por la mañana. Se escondería en la inmensidad del palacio y hallaría el modo de escapar.

Fingiría ser una turista perdida.

Estaba pensando en todas las posibilidades que tenia y sus esperanzas eran cada vez mayores.

Pero, en ese instante preciso, se abrió una puerta y apareció el príncipe Karim, descalzo, con unos pantalones de algodón blanco y el torso descubierto.

-¿Así que has encontrado el camino?

Ella se dio media vuelta sin mediar palabra y echó a correr.

Cada uno estaba en un extremo de la habitación y ella salió por el arco más próximo. Corrió sin mirar atrás, hasta llegar a unas escaleras. Las subió y apareció en otra estancia.

Los pasos de su persecutor estaban cada vez más próximos.

Pero al llegar al final de la habitación sólo encontró un balcón.

Abajo había un patio cerrado. No se iba a arriesgar a torcerse un pie para no encontrar salida.

Karim entró en la sala y ella se escondió en la penumbra.

Agarró las playeras y las lanzó hacia el lado contrario hacia donde pensaba dirigirse.

En cuanto cayeron al suelo, comenzó a correr sin mirar atrás.

No podía permitirse ni un segundo de respiro, ni detenerse a escuchar si su perseguidor iba tras ella o no.

Atravesó una serie de habitaciones, algunas con camas, otras con divanes, mesas. En más de una ocasión se tropezó con algún que otro objeto.

Agotada se detuvo un segundo. Entonces, oyó os pasos que se aproximaban. Miró de un lado a otro, hasta ver un armario. Lo abrió y se metió dentro.

Los pasos se dirigieron directamente a donde estaba ella. Karim abrió la puerta y la encontró agazapada en la sombra.

Caroline lo miró asustada, pero él la agarró en brazos, la sacó del armario y la llevó hasta la cama. Lentamente, le sujetó las manos y la besó suavemente.

Al sentir su tacto y su cuerpo, no pudo sino dejarse llevar.

Él posó su sexo oculto sobre su pubis y Carolina se arqueó para acentuar el contacto. Comenzó a mover las caderas de arriba abajo, buscando el placer que hacia sólo algunas horas había sentido.

Pero su corazón y su cabeza se rebelaron y, cuando Karim se apartó de ella para despojarla de la ropa, ella se apartó furiosa.

-¡No! ¿Cómo te atreves?

-¿Eres tan necia como para venir a ofrecerte a mis aposentos y ahora decir que no?

Caroline se indignó.

-No venía buscándote. Sólo trataba de escapar. ¿Cómo se te ocurre suponer...?

La agarró de la muñeca y la atrajo hacia sí.

-Yo no supongo nada, Caroline. Si es verdad que no buscas el placer que mi cuerpo puede darte, no me tientes. Tengo en mis venas la sangre del desierto y conozco lo que una mujer busca. Tú buscas un amante fuerte que te dé hijos fuertes.

-Prefiero hijos débiles que tus modales en mi cama.

Caroline alzó la mano y se apartó un mechón de pelo de la cara.

El brillante relució en su mano. Karim la soltó.

-Si te casas con ese hombre, tendrás hijos débiles, si es que los llegas a tener.

-David mide un metro noventa. No es precisamente débil.

-Lo es en espíritu. En el desierto nos enseñan que la fortaleza física de un hombre no es más que el recipiente de la fortaleza del alma.

-Y para ti la fortaleza del alma consiste en raptar a una mujer para pedir un rescate. ¿Es eso parte del magnífico código del desierto?

-Caroline, no me hables así. Ante todo soy un rey, y tengo mi propio código, un código en el que prevalece mi responsabilidad para con mis súbditos. Tu prometido ha atacado las bases sobre ha que se asienta la paz de Barakat, del mismo modo que lo

podría haber hecho un ejército. Un hombre así debe saber que se expone a sí mismo y a los suyos a un contraataque.

-¡No tendrías porqué haber fingido ningún interés por mí! ¡Tampoco tenías que hacerme el amor para defender los intereses de tu gente! -le gritó-. ¿Por qué no te limitaste a agarrarme desprevenida en mitad de la calle? Habría sido mucho mejor.

Se quedó sin palabras, la rabia le impedía seguir hablando.

-Nada de lo ocurrido entre nosotros era parte del plan. No he fingido, en ningún momento, lo que sentía por ti. Eso era sincero y tú lo sabes.

-¿Lo sé?

-Si no es así, es por tu inocencia que te impide entender mi pasión y las armas que, inconscientemente, has utilizado para conquistarme. Así es que tendré que decirte que no debes venir a mis aposentos en mitad de la noche.

-¡No he venido a tus aposentos! Ya te he dicho que sólo trataba de escapar.

Él se levantó.

-Te llevaré al harén -le dijo-. Si vuelves a mí durante la noche, asumiré que quieres que te posea.

Ella se estremeció. El silencio fue su única respuesta.

Momentos después, se dirigían juntos al harén.

Hasta que no llegaron, Karim no encendió luz alguna.

Habían caminado en silencio, a través de los oscuros pasillos de palacio.

Una vez en la sala principal del harén, Karim ofreció a Caroline una silla ante la mesa en la que habían cenado.

-Espera aquí -le dijo y desapareció.

Al cabo de unos minutos, regresó con una bandeja con tazas y una cafetera.

La puso sobre la mesa, se sentó frente a Caroline y sirvió el café en las tazas.

Aquel habría sido un gesto normal en Kaifar, pero en Karim denotaba humildad.

Después de entregarle la taza, comenzó a hablar.

-Caroline -empezó a decir-. ¿Es cierto que tratabas de escapar?

Ella se limitó a levantar la barbilla y a mirarlo desafiante.

-Una mujer de recursos como tú, podría encontrar el modo de huir de aquí. No es fácil, pero tampoco imposible. El personal de palacio tiene orden expresa de no aproximarse a ti y de no tocarte. No pueden cerrar las puertas para evitar que .salgas, pero tampoco pueden ayudarte a hacerlo. Si te vieran escalando un muro, lo único que podrían hacer es llamarme. Y yo evitaría que te marcharas. Ahora que sabes esto, me gustaría pedirte que me dieras tu palabra de que no vas a intentar escapar, hasta que las negociaciones con tu prometido hayan concluido.

Ella soltó una carcajada nerviosa.

-¿Me estás pidiendo que, ahora que sé con certeza que tengo una oportunidad de huir, la desprecie?

Él continuó calmado, a pesar del tono burlón de Caroline.

-Caroline, no me has entendido. El rapto es un grave delito en Barakat. Yo soy el único ciudadano de este país que puede no respetar una ley, si eso va en beneficio de mi pueblo. Pero no puedo pedir a ningún súbdito que la infrinja. Es por eso que yo mismo te secuestré, para evitar la necesidad de cómplices. Sólo unos pocos individuos saben que estás aquí contra tu voluntad. El personal de palacio no lo sabe y no hablan inglés. Aunque lograras hacerte entender, son leales a mí y nunca te ayudarían.

Su presencia era imponente: aquel poderoso torso desnudo, los brazos reluciendo bajo la luz, la curvatura de aquellos músculos, el vello que poblaba su torso y descendía hasta el bajo vientre.

-¿Por qué me cuentas todo esto?- le preguntó.

-Porque si algún guarda te encontrara deambulando por el palacio en mitad de la noche, te traería hasta mí. Y ya sabemos lo que ocurrirá si vuelves a mi aposento en

plena oscuridad.

Caroline se sobrecogió.

-¿Cómo te atreves...? ¿Es eso una amenaza?

-No, claro que no es una amenaza. Sabes perfectamente que tu cuerpo y tu mente están en guerra y que el objeto de esa pugna soy yo. Estás furiosa porque te sientes traicionada. Pero estás aún más furiosa contigo misma, porque tu cuerpo no se siente traicionado. La promesa que nuestros cuerpos se han hecho continúa vigente -se inclinó sobre ella-. Tu cuerpo quiere más y sabe que el mío puede darle lo que necesita. Te explico todo esto porque eres virgen. Una mujer experimentada no necesitaría de tantas explicaciones. Pero tu cuerpo te puede llevar por un camino que no quieres seguir y tienes que estar en guardia.

-Créeme, mi cuerpo no me guiaría hasta ti, ni aunque fueras el último hombre que hay en la faz de la tierra.

La miró con hambre.

-Caroline, soy un hombre experimentado. Créeme, el lazo físico que nos une es muy fuerte. No subestimes el poder del deseo y hazme caso: ponte en guardia.

-¡Claro, tú no tienes que ponerte en guardia!

Karim esbozó una medio sonrisa.

-Yo estoy siempre en guardia, cada minuto que estás conmigo y que no estás conmigo. No soy capaz de sentarme cerca de ti sin estar en guardia, cuando estoy en la cama, cuando sueño contigo, con como respondes a mis caricias, a mis besos.

Caroline tragó saliva y contuvo las ganas de tentarlo tal y como le estaba advirtiendo que no lo hiciera.

-Quizás sepas lo que te ocurre a ti, pero no puedes saber qué es lo que me ocurre a mí. ¿Por qué supones que no reacciono exactamente igual con todos los hombres?

Él volvió a sonreír.

-Caroline, es muy sencillo. Si hubieras sentido la misma pasión por otros, no habrías seguido siendo virgen.

Le dio una bofetada. Pánico, rabia, ira, deseo, dolor y la necesidad de desahogarse hicieron que perdiera el control y lo abofeteara con todas sus fuerzas.

Capítulo Doce

Le agarró la muñeca. Las tazas se tambalearon en la mesa y se hizo un silencio tenso. Se miraban el uno al otro. El corazón de Caroline palpitaba con inusual intensidad.

Los ojos de Karim se posaron sobre el anillo de compromiso.

-¿Te casarás con ese hombre a pesar de lo que sabes de él?

No podía decirle la verdad, no podía reconocer hasta qué punto se había metido en su corazón. Era todo lo que le quedaba, no permitirle que supiera lo que había sentido antes de que la secuestrara.

-¿No se supone que eso es lo que significa «en lo bueno y en lo malo»? Y, en cualquier caso, ¿cómo sé que lo que dices es verdad, que David realmente robó la joya? Basta ahora tu palabra no ha valido nada.

Karim ignoró el insulto.

-Creo que, en realidad, no estás sacrificándote por darles algo a tus padres. Si te casas es porque quieres llegar a ser la mujer de un rico potentado.

-No sabes nada sobre mí y mucho menos aún sobre lo que es el honor. Así que, por favor, deja de darme lecciones morales, Kaifar o príncipe Karim o quien demonios seas.

Su mirada era dura y retadora.

-Soy ambos -le dijo.

-¿Es tu segundo nombre o algo así? Va a resultar que, después de todo, no me

estaban mintiendo -dijo ella con sarcasmo.

-De algún modo es así. Kaifar significa justo castigo. Yo soy el único que puede dar Kaifar a Percy.

Caroline se estremeció de arriba abajo. Por su bien y el de David, esperaba que pagara lo que le pedían.

-¿Qué quieres decir, que no me mentiste?

-Hay ciertas cosas que no puedes entender. Mis deberes como soberano están siempre por encima de mis necesidades personales, Caroline. ¿No te das cuenta de que mis obligaciones como gobernante están por encima de todo? ¿Realmente crees que haberte mentido en cuanto a mi nombre y mi ocupación es peor que permitir que el país se sumerja en una guerra civil?

Ella bajó la mirada.

-Respóndeme -le dijo.

¿Cómo podía decirle que no había sido la mentira respecto a su nombre lo que la había hundido, sino la destrucción del sueño que había empezado a crearse entorno a Kaifar? La esperanza de que Kaifar llegara a amarla se había desvanecido. Y, en el fondo, había creído que incluso podría llegar a desposarla, había soñado con hacer de aquel país su hogar...

-No tienes ningún derecho a juzgarme ni a mí, ni a David.

Karim agarró la taza y bebió.

La dejó sobre la mesa y la miró de nuevo.

-Al margen de tu criterio sobre lo que está bien o esta mal, ahora ya sabes el porqué de mis actos. Quiero saber si me darás tu palabra de no escapar de aquí hasta que me devuelvan el sello. ¿Qué respondes?

Había exasperación y fatiga en su voz. Carolina sintió la urgente necesidad de tranquilizarlo, de decirle que estaba de su lado.

Y entonces se dio cuenta de hasta qué punto era capaz de manipularla. Incluso en aquellas terribles circunstancias seguía amándolo. ¡No podía entender cómo el amor y el odio podían estar juntos en un mismo corazón, cómo podían tenerse sentimientos

tan encontrados! ¿Qué clase de masoquista era? Después de ayudarlo a recuperar la joya, ¿la enviaría sin más de vuelta a David?

Ella esperó a que él la mirara.

-Puedes confiar en mí, del mismo modo en que yo puedo confiar en ti. Si yo fuera tú, no me fiaría.

Él asintió.

-Entendido- dijo-. Bueno, quizás ya es hora de que vuelvas a la cama.

-¡No me des órdenes!

-Te doy órdenes porque eres mi prisionera. Vete a tu habitación. Si no te duermes es problema tuyo, pero recógete allí.

-¿Qué vas a hacer si no te obedezco?

-Caroline, no empecemos de nuevo. Si no te vas a tu dormitorio por tu propio pie, te agarraré y te llevaré yo a la cama. Y dudo que me apetezca dejarte sola.

Caroline trató de ocultar lo que aquella insinuación le había provocado. Se levantó y con indignación abrió la puerta de su dormitorio. Al volverse, lo vio detrás de ella con un cojín en la mano.

-¿Qué vas a hacer con eso? -preguntó.

Karim levantó las cejas.

-Lo voy a utilizar como cojín, ya que no me dejas reposar sobre tus pechos -sus palabras la desconcertaron-. ¿O tal vez has cambiado de opinión, Caroline? A lo mejor, acabas de recordar que tenerme dentro de ti era todo un placer.

Caroline sintió el impulso de gritar. Pero se contuvo.

-No vas a dormir aquí -le dijo, finalmente.

Karim sonrió.

-No, hasta que tú me invites, Caroline -le dijo-. Mientras tanto, dormiré en el umbral de tu puerta y en el suelo.

-¡Estás loco!

-Métete dentro y cierra la puerta. No salgas hasta que haya amanecido.

-Pero no puedes dormir en el suelo.

Karim se rió.

-¿Por qué no?

-Porque es muy incómodo. ¡No vas a poder dormir!

-Si no duermo no será porque el suelo es incómodo -le dijo de un modo insinuante-. Caroline, ¿a qué esperas? ¿Es que después de todo me quieres invitar a tu cama?

Ella lo miraba como hipnotizada por su hermoso cuerpo y su radiante sonrisa. Las piernas insinuaban su musculatura bajo el fino pantalón de algodón. El recuerdo del tacto de aquel cuerpo la electrizaba. Caroline hizo un esfuerzo, hasta lograr apartar sus ojos de él.

-Duerme en el suelo. Me importa muy poco que estés cómodo o no.

-¿Por qué iba a importarte?- dijo él y se tendió-. Claro que, aunque no me quieras dejar meterme en tu cama, tal vez, tú podrías utilizarme a mí de colchón. Mi cuerpo es más blando que el suelo.

-¡No mucho más blando! -nada más decir aquella frase, Caroline se ruborizó. No había querido decir aquello. Realmente había querido insultarlo. Pero hasta ella se había dado cuenta del doble sentido de sus palabras.

-¡Caroline, ése es un elogio capaz de conmover a cualquier hombre! Todo mi cuerpo se ha revolucionado al oír semejante adulación.

La verdad era que la había sorprendido la noche anterior. El recuerdo de su cuerpo desnudo, de su respuesta a ella, le hacía sentir una mezcla de deseo y vergüenza.

Sin poder evitarlo, sus ojos se posaron sobre su sexo. Estaba cubierto por la tela, pero su excitación era visible a pesar de todo. Sólo unas palabras habían provocado semejante efecto en él.

Él le agarró la mano y la atrajo hacia sí. Sus cuerpos se unieron y sus bocas se encontraron.

Caroline sintió una descarga eléctrica y sus labios se abrieron involuntariamente para dejar que su lengua encontrara los recovecos más ocultos.

Pero, inmediatamente, el sentido común la asaltó de nuevo. Se apartó bruscamente.

-¡Déjame! -le dijo y se levantó.

-¡Métete dentro y cierra la puerta! -le ordenó y se tendió en el umbral.

-Me da la impresión de que no ha comprendido la postura de mi cliente -dijo el abogado.

David Percy, su abogado y Nasir estaban sentados en una elegante y espaciosa oficina del centro de Nueva York.

El abogado estaba sentado detrás de una inmensa mesa. A un lado tenía a David. Los dos hombres estaban de frente a Nasir.

-Mi cliente no tiene la joya, ni la ha tenido nunca. Por lo tanto, no está en posición de devolvérsela.

-Perdóneme, señor Standish, pero me temo que es usted el que no se da cuenta de la posición de su cliente. Tenemos pruebas de que la joya está en manos de David Percy y de que no llegó hasta allí por medios legales. Su cliente debería

pensárselo dos veces ante de hacer algo inconsecuente.

-No hemos tomado acción alguna -dijo el abogado, en nombre de su cliente-. Nos limitamos a informarle a usted y al príncipe de Barakat oeste de que no vamos a poder cumplir con su petición. Lo más conveniente sería que liberaran cuanto antes a la señorita Langley, si no quieren que informemos a la policía.

Nasir no respondió;

-Creo que debería recordarle a su señor, que los americanos consideran algo muy grave el rapto de una turista en un país como el suyo. Si desean seguir manteniendo las buenas relaciones que hasta ahora hemos tenido, así como seguir disfrutando de las divisas que los turistas americanos llevan, tendrán que devolvernos a la señorita Langley cuanto antes. Si esta historia llega hasta la prensa, le aseguro que va a haber graves problemas internacionales y los turistas americanos no volverán a Barakat.

El abogado hizo una pausa. David no medió palabra.

-Le recordaré que Estados Unidos fue uno de los países que firmó aquel conveniente acuerdo con los emiratos de Barakat. No me cabe duda de que le príncipe tendrá en consideración todas las implicaciones que una acción como la suya puede tener.

Hubo un silencio.

Nasir miró con tristeza, primero a un hombre y luego al otro.

-¿Esta es su última palabra, señor Percy?

El abogado respondió por él.

-Así es. Dadas las circunstancias, no puede haber otra.

Nasir asintió.

-Siento mucho oír eso- dijo Nasir-. Sé, también, que su serena majestad se entristecerá con las noticias que le llevo. Como ya he dicho, esto no se deberá hacer público. Insisto en que no avisen a la policía ni a la prensa. Tengan un buen día.

Capítulo Trece

Caroline se levantó tarde y se quedó en la cama, mirando de un lado a otro su prisión.

Estaba deprimida. Por primera vez, empezaba a darse cuenta de la dureza de su situación.

Primero, su padre no la había amado, luego su prometido y, por último, un hombre que sólo había fingido, pero que, en realidad, lo único que quería era raptarla para obtener un beneficio.

Aquel último desengaño había sido el peor.

¿Es que no era merecedora del amor de nadie?

A lo lejos se escuchaba música. La misma música que ella habría tenido que llegar a amar, si hubiera hecho de aquél su país. Pero nadie le pediría nada parecido. No era más que un rehén del príncipe Karim. ¡Qué estúpidamente había soñado con un imposible! Él ya se lo había advertido como Kaifar.

Caroline suspiró. Se levantó. Seguir pensando no la llevaría a ningún sitio. Lo que necesitaba era una buena ducha.

Después, se vistió con un vestido de algodón blanco, con un discreto estampado en malva y verde. No se puso calzado. Le gustaba sentir el frío del mármol.

Al salir, se encontró a Karim con otro hombre, sentados a una mesa.

-Buenos días, Caroline -dijo Karim.

-Buenos días, su majestad- respondió ella.

-Este es mi hermano; Rafi, ésta es Caroline.

-Buenos días -respondió Rafi y le ofreció su mano. Pero ella ignoró el gesto.

-¿Cómo está su serena majestad? Es un honor conocer a otro miembro de la familia -dijo Caroline como una cortesía que estaba a punto de conducir a un sarcasmo.

Karim la miró, una mirada que hizo que se contuviera.

-Ven y siéntate, por favor -le dijo Karim.

Así lo hizo. Agarró una silla y se sentó frente a los dos hombres. La miraron fijamente durante unos segundos.

-¿Qué ocurre?- preguntó ella con ansiedad.

-David Percy ha rechazado nuestra oferta- dijo Karim-. No va a devolvernos la joya.

Caroline cerró los ojos. La noticia no debería haberle pillado de sorpresa. Sin embargo, una cosa era que David le hubiera advertido de que no pagaría un rescate y otra, muy diferente, que en aquellas circunstancias le confirmara que estaba dispuesto a seguir manteniendo aquel criterio. Ni siquiera le devolvería un objeto robado a su propietario para recuperarla a ella, para salvarla de no sabía qué torturas. Se sentía tremendamente mal, triste y deprimida.

Pero no iba a permitir que Karim se diera cuenta de eso.

Abrió los ojos y lo miró directamente.

-Ya sabía que no lo haría- le dijo ella con crueldad. No pudo sostener la mirada y bajó la cabeza-. ¿Qué van a hacer conmigo ahora? ¿Le enviarán un trozo de mí?

Recabó fuerzas y los miró desafiantes. Pero comenzó a temblar. ¿Qué iban a hacerle? ¿Qué esperanza le quedaba de salir con vida? Estaba en manos de los hombres más poderosos del país. Podrían hacer con ella cualquier cosa y nadie les pediría cuentas. El mundo se volvió gris y lúgubre a sus ojos.

Lo siguiente que vio fue la mano del príncipe Rafi que le tendía una taza de café.

Ella dio un sorbo que la reconfortó.

-Caroline, no vamos a hacerte daño -dijo Rafi-. Nadie te hará daño mientras estés aquí.

-Estar aquí me hace mucho daño en sí -respondió ella y miró a Karim.

Karim no dijo nada, se limitó a permanecer sentado, sin expresión alguna en el rostro.

Caroline miró el café. ¿Habrían puesto alguna droga o algún veneno? ¿Qué más le daba? Volvió a beber.

-Nos gustaría acercarnos a tu padre -dijo Karim-. Tal vez, él podría tratar de convencer a David Percy; Si eso no funciona, buscaremos otros medios. ¿Qué opinas tú, Caroline? ¿Piensas que tu padre puede tener influencia sobre David Percy?

-De entrada, se está dando por hecho aquí que mi padre quiere intervenir.

Rafi miró a Caroline y luego a su hermano.

-¡Por supuesto! -dijo Karim.

-Perdonad mi sorpresa, pero hace sólo unos días alguien me hizo ver que, en realidad, mis padres no me amaban -dijo ella con amargura-. ¿O no fue más que un comentario hecho para servir a ciertos propósitos?

-Existen pocos hombres como David Percy. Puede que tu padre quiera más a sus otros hijos, pero eso no significa que no te quiera y que no vaya a hacer todo lo que esté en su mano por ayudarte. De otro modo, sería un monstruo.

-Nos gustaría que hablaras con él por teléfono, para que sepa que estás bien y para que le pidas que presione a tu prometido. ¿Lo harás?- añadió Rafi.

Caroline estaba ansiosa por escuchar la familiar voz de su padre. Necesitaba algo familiar y cercano que le recordara dónde estaba.

-Sí -dijo ella, incapaz de ocultar su ansiedad-. Estoy segura de que si se entera de lo que David... Sí, hablaré con él.

-Caroline, sólo una cosa: no digas exactamente dónde estás. Si lo haces tendremos que llevarte a un lugar bastante menos confortable que el palacio.

-¡Está bien, está bien! -respondió ella.

El teléfono ya estaba allí. Era un curioso aparato, antiguo, con mango de marfil e incrustaciones de oro. Caroline no había reparado en que hubiera habido ningún teléfono allí antes. ¿Acaso estaba guardado en un armario? Mantendría los ojos bien abiertos para saber dónde lo metían después.

Karim marcó. Alguien respondió. Esperó y, por fin, le paso el teléfono a Caroline.

-¿Diga?- era la voz de su padre.

Al oírla, Caroline empezó a llorar.

-¿Papá? ¿Eres tú?

-Caroline- gritó él con incredulidad-. ¡Caroline! ¿Dónde estás?

-Estoy en Barakat -comenzó a decir, pero Karim le hizo un gesto para que se callara-. No puedo decirte exactamente dónde. Papá, ¿David te ha contado lo ocurrido?

-David no ha sido el que ha contado la noticia, sino un periodista. Hemos estado todo el día intentando saber algo más. Caroline, ¿te tienen prisionera? ¿Te has escapado?

-No, no me he escapado. Me han pedido que haga esta llamada. Papá, ¿tú has hablado con David? Quieren saber si has hablado con él -preguntó ella, en respuesta a una indicación de Karim. ¡Su boca estaba tan cerca de la de ella! Podía oler su aroma. Aunque ya sólo era el aroma de la traición. El corazón de Caroline se había acelerado. Pero ya no era de amor ni de excitación, sino de miedo y de tristeza.

Caroline le transmitió a su padre el mensaje que le habían ordenado dar.

Después de un corto silencio, su padre respondió.

-David niega que la joya esté en su poder.

-El príncipe Karim dice tener pruebas.

-¿Pruebas de que David robó la joya? -el padre parecía genuinamente sorprendido.

-Sí.

-¿Has hablado con el príncipe en persona?

«Si tú supieras», pensó Caroline.

-Sí, he hablado con él. Papá, me van a obligar a colgar ahora, ¿hablarás con David?

-Si, cariño, por supuesto que hablaré con él. Y si la joya está en su poder, conseguiremos que la devuelva. No te preocupes, te sacaremos de ahí -dijo su padre.

La conexión se interrumpió. Caroline no pudo contenerse y rompió a llorar.

Karim miró a su hermano.

-A su padre lo llamó un periodista.

Rafi juró y se levantó.

-¿Cuándo?

Karim le dijo que no lo sabía con un gesto.

-Voy a informar de esto -dijo Rafi y salió rápidamente de la estancia.

Caroline se limpió las lágrimas y se quedó en silencio, consciente de la presencia de Karim.

-¡Quítate ese anillo! -le ordenó. Ella lo miró confusa.

-¿Qué?

-Quítate ese anillo. ¿Sigues considerándote comprometida con un hombre como ése? ¡Resulta obsceno! -su voz era dura, tremendamente dura; sus ojos contenían la luz del infierno.

Caroline se estremeció.

«Espero que David sepa lo que está haciendo al enfurecer a un hombre como éste»

-Te dije que no cedería -dijo ella triunfante.

-Me lo dijiste y no pude creerlo. Después de esto, ¿sigues pensando que te ama? Ni siquiera muestras el más mínimo respeto por la vida humana. Quítate el anillo.

-Es una cuestión de principios -dijo ella, aunque no lo creía así-. Si paga un rescate, será vulnerable para siempre. David cree que si todo el mundo se negara a pagar rescates, dejaría de haber secuestros.

Karim se rió.

-¡No me puedo creer que un hombre así hable de principios! Eso no es más que un disfraz tras el que se esconde un enorme egoísmo y una incapacidad total de amar.

Caroline posó una mano sobre su diamante, en un gesto protector.

-Sé que no me ama. Siempre lo he sabido –o casi. Sonrió vengativa-. Supongo que, después de todo, su investigación no fue todo lo buena que debería haberlo sido, su majestad. Si realmente quería hacer daño a David, debería haber optado por robar una de sus piezas antiguas, no a mí.

Karim la miró sorprendida.

-¿Sabes que tu prometido no te quiere? ¿Entonces por qué le ha pagado tanto dinero a tu padre? ¿Para qué te quiere con él, si no te ama?

« ¿Para qué me querías tú, si no me amabas?».

En algún momento, había llegada a pensar que Kaifar la amaba, aunque no pudiera reconocérselo ni a sí mismo.

Caroline bajó la cabeza y susurró algo.

-Me quiere porque soy igual que una estatua de Alejandro Magno.

Karim la miró atónito.

-¿Qué?- susurró con fiereza.

-Está en un museo. Es su busto favorito de Alejandro Magno. Ha tratado de comprárselo al museo en muchas ocasiones, pero se niegan a venderlo.

-¿Así que compra a una mujer de carne y hueso, porque se parece a una estatua?

-Así es, su majestad.

-¡Deja de llamarme su majestad! ¡Sabes que puedes usar mi nombre!

Ella se puso realmente nerviosa al verlo tan furioso y optó por callarse.

-Que tú no lo amabas, lo sabía. Y, me lo confirmó el modo en que estuviste conmigo -continuó-. Pero no me podía ni imaginar... ¿Cómo puede ser que no te ame? Y, a pesar de todo, ¿te vas a casar con él, con un hombre casi inhumano? Le vas a permitir que tome tu cuerpo, que te prive de todos los placeres de la vida, que no te dé nada a cambio. ¿Y vas a llevar en ti lo hijos de un hombre como ése? Si es que te da alguno.

Caroline miró al diamante. No quería mentirle claramente, pero tampoco podía decirle la verdad.

Si él se llegara a enterar de que había roto su compromiso por él... Karim la deseaba. Se lo había dicho claramente y, de cualquier forma, el mensaje estaba en sus ojos.

Pero, si ella cedía, ¿qué ocurriría cuando todo acabara? Y, si su intención era hacerle daño si David no devolvía la joya, ¿cuánta munición le habría dado una confesión como aquélla?

-Es mi vida, Karim- dijo ella-. Lo que yo haga con ella no es asunto tuyo.

De pronto, él soltó una sonora carcajada.

-Es completamente perverso. Que alguien compre una estatua porque le recuerda a la mujer que ama, es perfectamente comprensible. ¿Pero a la inversa?

De improviso, alzó la mano y agarró su barbilla.

-Caroline, toma el placer que te ofrezco -le dijo, con una mirada llena de pasión-. Un hombre como ése matará tu sensualidad, Caroline, y tú espíritu. Y ya no podrás volver a disfrutar nunca más. Te disgustará el tacto de cualquier hombre.

Se inclinó sobre ella y su voz comenzó a sonar aún más profunda y seductora.

-Déjame que te dé todo el placer que necesitas. Tú y yo no tendríamos suficiente tiempo con una vida entera para disfrutar el uno del otro. Te demostraré que tú también tienes hambre de mí... Caroline, déjame hacer esto por ti... dime que me dejarás.

Capítulo Catorce

Caroline se puso de pie y, sin hacer comentario alguno, Karim también. Se acercó a ella, mirándola fijamente, como si esperara una respuesta.

Caroline sentía el primitivo instinto de lanzarse a él, de rodearle el cuello con los brazos y de llorar, la cabeza posada sobre su pecho, todo el dolor que sentía. Era precisamente su traición la que le hacía querer llorar. ¿Por qué, entonces, habría de buscar confort en él?

Al levantar su mano hasta su barbilla de nuevo, ella le dio un manotazo.

-¡Caroline!

-Mantente lejos de mí.

Él apretó la mandíbula y la miró con furia.

-Dime por qué.

-Sabes perfectamente porqué.

-No, Caroline, no lo sé. ¿Es que acaso no te di el placer que yo creo te di?

Caroline tragó saliva y se apartó un mechón de pelo de la cara

-Si es así, Caroline, te pido que me des otra oportunidad. Si te he decepcionado, quizás fue porque eras virgen. Pero tu cuerpo aprenderá muy pronto a confiar y obtener placer de mi cuerpo. Lo sé.

Ella agitó la cabeza en un gesto negativo.

-¿No? -insistió él.

-Nunca habrá confianza, Karim -dijo ella-. Da igual que me dieras o no placer. No voy a negarte que lo hiciste. Pero nunca más podré volver a confiar en ti.

Caroline no quería hablar con él así, no quería que la conversación tocara aquel tema, pero no podía parar.

-¿Por qué no, Caroline?

-Porque me has utilizado a mí y a mis sentimientos por ti. Porque fingiste deseo y todo lo que querías era una rehén. ¿Por qué no, me preguntas? Porque me traicionaste, Karim.

-Caroline, eso no fue así- le agarró la mano y delicadamente se la besó. La llevó

lentamente hacia el sofá-. Nunca mi deseo fue fingido. Esperaba haber podido controlarlo. No era mi intención hacer el amor contigo.

Ella se rió con desesperación. Sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz y se limpió los ojos en los que las lágrimas habían vuelto a aparecer.

-Lo tenía en mente desde que apareciste en el aeropuerto. Viniste con ese propósito.

-No -dijo él-. Rafi y yo fuimos al aeropuerto con la idea de recoger a David Percy y a su prometida. ¿Cómo podía haber sido ésa mi intención?

-Y en cuanto viste que David había sido suficientemente listo como para eludir la trampa, decidiste que yo sería la presa. ¿No es así?

-Sí, así es. Yo tomaría su joya más preciada para obligarlo a devolverme la mía- su mirada era ardiente-. Pero el resto no era parte del plan. El hecho de que, de pronto, te deseara como no he deseado a ninguna otra mujer, eso fue algo que sucedió. Entonces, mis motivos empezaron a resultar confusos, incluso para mí mismo. Traté de convencerme de que era mejor así. Podría traerte al palacio, podría hacerte disfrutar durante noches y días, sin que supieras que eras una rehén.

-Hasta que todo acabara, por supuesto -dijo ella.

-Cuando volviste aquí conmigo, Caroline, me di cuenta de que me estaba equivocando; de que no podía seguir adelante. Traté de no hacer el amor contigo. Por eso traté de marcharme cuando llegamos. Pero tú hiciste imposible que me contuviera.

Era verdad. Le había rogado que se quedara, que le hiciera el amor.

-¿No te ibas a buscar preservativos?

-No, Caroline. Intentaba salvarte de mí. Pero no pude. ¡Estabas tan hermosa y me rogabas tan dulcemente! Fue la más dulce experiencia que he tenido jamás.

-¿Lo fue? -preguntó ella con amargura.

Rompió a llorar amargamente, sin saber exactamente por qué. Él la abrazó tiernamente, hasta que ella buscó su pañuelo otra vez.

Y, cuando ya se había secado las mejillas, se inclinó y la besó tiernamente. En ese momento, entró Rafi y él la soltó rápidamente.

-La maldita historia está ya en las noticias –dijo Rafi, atravesó la habitación, abrió la puerta de la sala contigua y entró en ella, seguido por Karim.

Caroline los siguió instantes después.

En la sala, había una televisión.

Rafi ya la había encendido y buscaba algo con el control remoto. Por fin, se detuvo en una cadena.

-... un portavoz de la embajada de Barakat en Washington ha dicho que se está investigando el caso y se está comprobando si las acusaciones son o no ciertas.

Los dos príncipes se miraron el uno al otro.

-¿Malas noticias? -preguntó Caroline.

-No es algo que quisiéramos que ocurriera- admitió Karim.

-Los Emiratos de Barakat -continuó el reportero-. Tres reinos con una moneda única y un Supremo Parlamento común.

Los príncipes escuchaban en silencio. Las únicas noticias que habían llegado hasta Estados Unidos eran que la señorita Langley había entrado en el país, pero que todavía no lo había abandonado. En el consulado aseguraban no saber nada de la pérdida del Gran Sello de Shakur. Para ellos, la joya estaba bien guardada, junto a los demás tesoros de Su Serena Majestad Sayed Haijji Karim ibn Daud ibn Hassan al Quraishi, príncipe de Barakat oeste y guardián del sello.

Después, apareció en pantalla el rostro de David Percy, fingiendo un desconcierto que Caroline supo instintivamente falso.

Le habían dicho que su prometida había sido tomada como rehén por el príncipe en persona. Pero no quería hacer comentarios por miedo a las repercusiones que pudieran tener. No estaba en su mano devolver la joya, pues jamás en su vida la había visto. Ya había informado al emisario, pero éste no parecía dispuesto a aceptar su palabra.

A pesar de todo, aseguraba no estar dispuesto a negociar con secuestradores. Si todo el mundo se negaba a pagar rescates, no habría secuestros. Sus empleados tenían instrucciones precisas de no pagar ningún rescate, aún cuando fuera él mismo el

secuestrado. Explicó que dicha postura era compartida por su prometida.

Caroline no había visto a David tan frío en su vida. Carecía de emociones.

-Naturalmente, tanto la familia de mi prometida como yo estamos desolados por lo sucedido -dijo. Pero sus palabras carecían de contenido.

Caroline miró al anillo. Algo sí tenía que agradecerle a Karim que hubiera hecho que se diera cuenta del tipo de hombre con el que se iba a casar, que rompiera aquel compromiso antes de que fuera demasiado tarde.

Al terminar las noticias, Rafi apagó el aparato y ambos príncipes se quedaron en silencio.

-¿Por qué es tan terrible?

Karim alzó la vista hacia ella.

-Recuerdas el día de tu llegada, que pasamos ante un pueblo del desierto y te señalé una antena parabólica.

Ella asintió.

-En dos días, todos los ciudadanos de Barakat sabrán que el Sello de Shakur ha sido robado. Los ciudadanos de a pie interpretarán, a partir de ahí, que todo cuanto sucede está motivado por esa pérdida. La tradición dice que la mala suerte caerá sobre nuestra tierra. Esa misma creencia junto con el miedo que genera será lo que haga que el destino de nuestra nación se tuerza. Por otro lado,

nuestro hermano, el príncipe Omar, ya ha tenido problemas con los jefes de algunas tribus del desierto. Esto hará que tengan un motivo para reemprender la lucha. Otras tribus pueden unirse a ellos. Eso hará que, realmente, la mala suerte

caiga sobre nuestros reinos.

Sin darse cuenta, Caroline empezaba a sentir como suyos los problemas de Karim. Le parecía horroroso que el egoísmo de un sólo hombre pudiera motivar la guerra en un lugar como aquél.

-¡Dios santo! ¿Se puede hacer algo?

-Debemos hacer algo.

-No consideramos la posibilidad de que la prensa interviniera. Todo ocurrió demasiado rápido. En el plan original, era a David a quien íbamos a tomar como rehén. No habría podido informar a nadie. Pensamos que la amenaza lo mantendría callado.

Karim dijo algo en árabe, que sonó muy duro a oídos de Caroline. Rafi se encogió de hombros.

Caroline se puso de pie. Miró primero a uno y luego al otro.

-¿Cuál era la amenaza? -preguntó.

El silencio de sus raptores le provocó un escalofrío.

-¿Qué? -insistió, sin obtener respuesta- Sólo hay una cosa con que se amenaza en un rapto: la muerte. Mi vida a cambio de la joya, ¿era así?

Rafi susurró algo que sonaba como una disculpa, se levantó y se marchó.

-¿Es ésa vuestra intención? -volvió a preguntar a Karim.

Karim respondió tras un silencio.

-¡Por supuesto que no, Caroline! Pero teníamos que amenazarlo para que nos devolviera nuestro tesoro. Ya te he dado todas las razones que nos han llevado a hacer esto.

Karim hablaba con impaciencia, como si se dirigiera a un amigo que, en el fondo, confiara en él hiciera lo que hiciera.

¿Era ése el modo en que los raptores acababan por convencer a la víctima de que se pusiera de su parte? Tal vez, ella acabaría tomando partido por él, preocupada por los riesgos de un levantamiento.

-No soy yo el que te ha puesto en peligro, sino tu propio prometido. ¿Te das cuenta del tipo de matrimonio que tendrás con semejante hombre?

Caroline lo miraba. Por un lado estaba confusa, por otro, empezaba a pensar cada vez más como él. ¿Por qué no enseñaban a los niños en el colegio lo fácil que es llegar a pensar como tu propio enemigo? Tenía que dejar de escucharlo. Si lo que le interesaba era mermar sus fuerzas para que no pudiera escapar, iba a conseguirlo. Y Caroline no se lo podía permitir.

-Él no sabe que no tengo intención alguna de hacerte daño y, sin embargo, te deja a la deriva. ¡Quítate ese maldito anillo!

-Tampoco me ibas a matar de inmediato. De otro modo, no conseguirías tu joya. No tienes que mantenerme viva para poder ir enviando partes de mi cuerpo, ¿no es así?

Karim frunció el ceño y la miró con ira.

-¡No seas necia!

-¿Por dónde vas a empezar? ¿Una oreja? Ésa es siempre una parte interesante- dijo con sarcasmo y una amarga ironía.

-Caroline, ya está bien.

-¿O un dedo?- su voz sonaba profunda, ligeramente desgarrada, cargada de desesperación-. El dedo meñique de la mano derecha. Pero eso no sería tan terrible. Resulta que soy zurda. Mejor que me cortes el de la mano izquierda.

Caroline estaba furiosa, medio enloquecida y hablaba sin que lo que decía tuviera demasiado sentido.

-¿Por qué no me lo cortas ahora mismo? Será la perfecta venganza contra David por haber informado a un periodista.

Karim le agarró la mano y con rudeza le quitó le anillo y lo tiró al suelo.

-¿Qué...?

Karim no le dio opción a hablar. Como si con ese acto hubiera acabado con toda su fuerza de voluntad, la tomó en sus brazos, la agarró firmemente de la cabeza y posó sobre su boca un beso apasionado.

Capítulo Quince

Una agradable sensación se apoderó de todo su cuerpo. La sangre comenzó a hervir y a reclamar el contacto de aquel cuerpo masculino.

Lo necesitaba desesperadamente: su tacto, sus caricias, su apasionado modo de hacer el amor.

La sujetaba firmemente de la cabeza y la besaba con ansia, como si temiera que se le pudiera escapar. El otro brazo le rodeaba la cintura y tenia la mano apoyada sobre su cintura.

Sus labios densos y sensuales se regodeaban con los de ella, excitando sus sentidos.

Estaba excitado y su sexo se insinuaba viril sobre su carne. La fina capa de algodón de su vestido no era suficiente para ocultar su deseo. Caroline sabía que quería hacerla suya.

Deslizó la mano hasta sus glúteos y los apretó, moviendo sus caderas hacia delante. Colocó el pie entre los pies de ella y con la rodilla separó sus piernas, hasta que Ella sintió el contacto.

Caroline trató, levemente, de liberarse.

-¡Karim!

La agarró con fuerza.

-No. No protestes -le dijo y le besó el cuello, los ojos y, por fin, la boca, como para impedir que hablara. Sólo necesitaba lo que su cuerpo le decía, lo que sus besos le pedían.

Levantó la falda del vestido y se encontró con sus piernas desnudas;

Deslizó la mano entre las piernas y halló las bragas de algodón que cubrían su sexo.

Lentamente, deslizó la mano dentro y atrapó su centro húmedo. Ella respondió con un gemido y Karim sonrió satisfecho. Con un dedo, se abrió paso en la suavidad femenina.

Caroline echó la cabeza para atrás. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta.

Gritaba de placer y Karim se sentía satisfecho.

Caroline se derretía, se estremecía de felicidad. Le acariciaba el cuerpo y sus caricias parecían hacer que toda su piel ardiera.

Pronto, su boca tomó el relevo a su mano. Cada vez más excitada, se movía al violento ritmo del deseo.

Por fin, cuando ya estaba cercano el momento, volvió a acariciar su pubis.

Ya sin control y sin voluntad, Caroline se dejó llevar.

El universo explotó en miles de estrellas y llenó el vacío que sentía. Caroline dejó que el placer se apoderara de ella, que todo girara, se desvaneciera, estallara, sin importarle quién era ni dónde estaba.

Después, se abrazó a él. Karim se inclinó ligeramente y la tomó en sus brazos.

-Ya eres mía -dijo en un tono de triunfo.

Y era cierto. Lo único que quería Caroline era volver a sentir una y otra vez aquel placer. Le importaba bien poco lo que le tuviera preparado el futuro.

-¿El señor Nasir Khan?

-Sí, soy yo. ¿Quién es?

-Mi nombre es Camille Packer. Soy una escritora independiente y he estado investigando sobre los métodos de compra y venta de antigüedades, para la realización de un libro sobre el tema.

-Continúe.

-He investigado a David Percy. Según los rumores que he oído hay bastantes indicios de que mandó hacer una copia del Sello de Shakur, que luego sustituyó por el auténtico. ¿Me preguntaba si estaría dispuesto a tener una entrevista conmigo?

-Señorita Packer, ¿de dónde obtuvo esa información?

-Señor Khan, me han encargado escribir un artículo sobre el tema para el Times. Le prometo que daré un punto de vista favorable a Barakat. ¿Podríamos vernos?

-Hablaré con mi señor para que me dé instrucciones, señorita Packer.

Karim la posó sobre la cama.

Lentamente, Karim se fue desnudando. Se quitó la camisa y la lanzó a un lado con impaciencia.

Cuando comenzó a quitarse el pantalón, Caroline cerró los ojos y gimió de placer.

-Abre los ojos, Caroline, por favor- lentamente se despojó de cuanto lo cubría y le mostró lo que quería que viera.

Su cuerpo era varonil y musculoso. Caroline no lo pudo evitar: sus ojos descendieron hasta su sexo y, sin querer, se lamió los labios.

La visión de aquel cuerpo la encendía y a él le excitaba saber que eso era así. Se tumbó al lado de ella y, lentamente, le levantó el vestido, y le quitó la ropa interior.

Medio desnuda, aturdida y confusa, sólo recordaba el placer que aquel hombre le había dado.

¿Cómo podía desearlo de aquel modo, a pesar de lo que había sucedido?

Pero ya era muy tarde para dar marcha atrás. El deseo que sentía le impedía pensar.

El tacto de sus manos, la sensación de tener su miembro acariciándolo el pubis era demasiado placentera para poder resistirse.

-Caroline, ábrete para mí.

Sin dudarlo ni un segundo, se abrió de piernas y él labró su camino en el túnel de su feminidad.

Karim cerró los ojos, sobrecogido por una sensación única.

Era suya. Y, todo lo que quería en la vida era darle placer, todo el placer, pues sus gritos lo excitaban.

Jamás había aprendido tan rápido lo que una mujer necesitaba de él, jamás había sentido tanto placer en darle lo que pedía.

-Mi dulce amor, mi dulce amor -repetía él.

Ella se agitaba de arriba abajo y él la acompañaba en su búsqueda. Hasta que el encuentro definitivo llegó.

Sus cuerpos se unieron en el placer infinito, sus sexos se convulsionaron.

Karim no había tenido nunca antes una experiencia tan poderosa.

«Esto es locura», pensó él. «La locura de la que hablan los poetas».

Karim absorbió el aroma de su piel. Era deseo, placer, dolor, locura. Su boca buscó sus pezones todavía pujantes.

Abandonó a Caroline, pero su sexo seguía aún hambriento. ¿Qué hacía aquella mujer para excitarlo así?

-Tócame -le rogó-. Tócame, Caroline.

Ella, tan hambrienta como él, se inclinó sobre su pelvis y atrapó entre los labios la dureza de su deseo.

Él recorría su cuerpo con las manos, le acariciaba los senos, el vientre, el pubis, mientras ella seguía acariciándolo con la boca.

-Ven -le rogó él.

La tomó en sus brazos y volvió, de nuevo, a abrirse paso dentro de ella.

El ritmo se hizo frenético. Él devoraba sus senos, mientras ella movía las caderas con maestría.

Y los dos perdieron el control. El placer era tan intenso que se había convertido en dolor. Y el dolor era tan precioso que los llevaba al más absoluto de los gozos.

Sus gritos se unieron en uno solo, su placer se hizo único. Y, durante unos segundos, Karim supo que allí estaba la respuesta a lo que había estado buscando toda su vida. Pero, aunque la tenía en su mano, también sabía que se le podría escapar, que se podría ocultar, una vez más, en el armazón del misterio en que esas respuestas suelen refugiarse.

Capítulo Dieciséis

-Devuelve la joya -le dijo Thom Langley.

-Thom, ya te he dicho varias veces que no la tengo, que nunca la he tenido. No voy a repetírtelo más.

-Según me han dicho, las mentiras son acumulativas, así que deberías evitar repetir la misma tantas veces.

David apretó la mandíbula.

-Esto es ridículo. Entiendo tu ansiedad y, por supuesto, la comparto...

-David, uno de los espías del jeque ha estado trabajando en tu casa durante seis meses. Mientras limpiaba iba tomando fotos de todo cuanto hacías y tiene fotos de la joya. Además, tienen otras pruebas.

-¿De qué estás hablando, Thom?

-Has tenido una periodista investigándote durante dos años, David, y esta vez te ha pillado. Puedo decirte, con todo detalle, como hiciste el robo. Sobornaste a uno de los guardas del tesoro para que sacara un molde de la joya. Luego, lo llevaste a un joyero, que realizó una copia exacta tan perfecta, que puede engañar a los más expertos. El mismo individuo que te dio el molde, sustituyó después el original por la copia.

Percy se tensó.

-¿De dónde has sacado esa información?

-Se va a publicar mañana en el Times. Me llamaron para pedirme algún comentario. Les dije que si mi hija se salvaba, no iba a permitir que se casara con un hombre como ése.

El coleccionista no podía ocultar su desconcierto.

-¿En el Times?

-Empiezas a oler a podrido, David.

La habitación estaba iluminada por la intensa luz del sol.

A través de la ventana, veía las ramas de la enredadera moviéndose al son que el viento marcaba.

Así se sentía ella y Karim era el viento. Era inútil que tratara de resistirse a él.

Alzó el brazo y jugó con la sombra que creaba su brazo, mientras tarareaba una canción.

Por supuesto que no iba a hacerle daño. Por fin había logrado entenderlo. La había llamado mi dulce amor, y ella sabía que era verdad.

Lo amaba, desesperadamente, y tenía que creer en aquel amor.

Se sentía agotada y revitalizada al mismo tiempo.

Al levantarse, sintió las piernas temblorosas. Se puso el albornoz y se dirigió al baño. La bañera estaba llena de agua caliente y había una ayudante de cámara que parecía estar allí para atenderla.

Cuando Caroline se encaminó al baño, la mujer le dijo que no con un gesto y le señaló una camilla. La invitó a tumbarse y Caroline así lo hizo.

Una vez allí, comenzó a darle un masaje con un aceite aromático.

Media hora más tarde, sintiéndose como la favorita del sultán, se metió en el agua y la mujer le dio un jabón de esencias olorosas.

-¡Bueno, me podría acostumbrar fácilmente a esto! -le dijo a la mujer que sonreía complacida.

-¿El jeque Karim? -Caroline preguntó, mientras hacía un gesto con la mano para indicar si había estado allí-. ¿Ha estado aquí?

La mujer se rió y asintió. Con gestos le indicó que se había bañado y que se había marchado a toda prisa.

-Sheikh -dijo la mujer y le explicó mezclando palabras y gestos que estaban llamando por teléfono y viendo la televisión.

A Caroline empezaba a divertirle de verdad aquel juego.

Caroline salió del baño y la mujer la envolvió en una gran toalla blanca.

Volvió a la habitación y se vistió.

Al entrar en el salón principal, donde estaban Karim y Rafi, se encontró con la escena que la mujer le había descrito.

En la mesa había tres teléfonos y Rafi parecía estar arreglándoselas con los tres a la vez.

Al ver aparecer a Caroline, cubrió el auricular.

-Estamos viendo la televisión. Sírvete algo de beber. Enseguida comeremos.

Así lo hizo. Se sirvió una copa de vino y, después, atravesó el magnífico salón de mármol negro y blanco y llegó a la habitación en la que Karim estaba tumbado sobre un diván, vestido con una magnífica bata oriental y con unas extrañas zapatillas.

Parecía realmente un sultán.

Estaba viendo las noticias.

Sonrió al verla aparecer, una sonrisa que la dejó sin sentido.

-¿Estás bien, Caroline?

-Muy bien -respondió ella.

-Siéntate a mi lado -le rogó-. Van a repetir la noticia en breve. Quiero ver si hay algo nuevo en la historia. Parece ser que en un artículo que va a aparecer mañana en el New York Times una periodista prueba que todas las pistas llevan a concluir que David Percy es el autor del robo del Gran Sello de Shakur y que la joya aún está en su poder. Camille Packer, la autora, lleva dos años investigando el negocio del arte, para un libro que estaba escribiendo. Habló con nuestro intermediario.

Caroline se sentó y escuchó fascinada a la periodista.

-El fraude y el robo están a la hora del día en el mercado del arte y de las antigüedades -dijo ella. Después de hablar sobre el tema, hizo hincapié en que las pistas que tenía le llevaban a David Percy como uno de los peores traficantes de arte.

-En su opinión, ¿dónde está la Gran Joya del Sello de Shakur?

-Creo que he dejado bien claro lo que opino. Parece ser que la joya no ha sido vendida ni trasladada recientemente.

Luego aparecieron sus padres. Su madre no paraba de llorar. Su padre estaba leyendo una hoja de papel.

-Queremos implorar clemencia al jeque Karim -dijo su padre-. Sabemos la envergadura del robo del que ha sido objeto. Pero nuestra familia no tiene nada que ver con dicho robo. Caroline Langley es completamente inocente. Todo lo que ha hecho ha sido comprometerse con el hombre equivocado. Y puedo asegurar que ese compromiso ha sido roto ya. Le pedimos a David Percy que colabore y que no permita que Caroline muera sólo por su obsesión por le arte.

Una vez que hubo terminado, miró a la madre de Caroline, que estaba conteniendo las lágrimas.

-Por favor, David, por favor. Te imploramos que nos ayudes.

Ahí, rompió a llorar desconsoladamente.

Allí se interrumpió la entrevista.

Caroline tenía los ojos empapados de lágrimas.

-¿Estás sorprendida?- le preguntó Karim.

-Un poco. Nunca los había visto así.

-A veces es necesaria una crisis como ésta para que la gente empiece a entender su corazón.

Ella asintió.

-Karim, ¿qué va a suceder ahora?

Él se encogió de hombros.

-David Percy tiene dos opciones. Admitir que tiene la joya o seguir negándolo eternamente. La segunda opción sería estúpida y autodestructiva, pero algunos hombres son así.

-¿Qué vas a hacer si eso sucede?

-Debemos esperar y ver lo que ocurre -la besó de nuevo-. Caroline...

Rafi entró en ese momento.

-Nasir está al teléfono.

Corrieron a la habitación principal, donde estaban los teléfonos.

Karim habló con Nasir, mientras Caroline esperaba impaciente las noticias.

Al fin se dirigió a ella.

-Alguien ha dejado la joya esta mañana en el consulado. Nasir está en el aeropuerto. Regresa aquí con ella. El avión ya está preparado.

Las horas que siguieron fueron más y más de lo que la mujer del baño le había descrito: llamadas y noticias, llamadas y noticias. En el noticiario decían que Barakat todavía no había hecho ningún tipo de declaración oficial.

David Percy seguía negando su vinculación con el caso, pero a ojos de todos era el principal sospechoso.

A las nueve de la noche, todavía mediodía en Nueva York, Caroline había llamado a sus padres para decirles que estaba a salvo.

Finalmente, Karim desconectó todos los teléfonos, excepto el único que era de acceso exclusivo para Nasir.

Rafi desapareció y Karim apagó la televisión, dejando a Caroline y a Karim solos para cenar.

Se sentaron entre un montón de cojines y ante la pequeña mesa en la que ya habían comido con anterioridad.

Karim fue alimentando a su amada. Pero era la pasión de sus ojos el verdadero néctar de su vida.

Cuando ya habían comido y se sentían satisfechos, Karim se apoyó sobre los cojines y agarró tiernamente a Caroline.

La acarició y comenzó a jugar con su pelo.

-Caroline...

-¿Sí?

-Tu padre ha dicho que no te vas a casar con ese hombre. ¿Tú estás de acuerdo?

Ella lo miró con una gran sonrisa.

-¿Es importante para ti?- le preguntó, casi segura de cuál sería su respuesta.

-Caroline, la joya de mis ancestros ya ha sido devuelta, pero yo no puedo devolverle su joya a David Percy. ¡Quédate conmigo, Caroline!

Ella se sintió flotar.

-Karim...

-Caroline, no puedes casarte con ese hombre -dijo él, malinterpretando su postura. La abrazó con fuerza.

-¿Es ésa una orden, su majestad? -bromeó ella.

-¿Obedecerías?

Ella sonrió,

-Sí, claro que sí.

-¿Confiarías en mí? ¿Serías capaz de obedecer cualquier orden que te diera ahora?

Ella lo miró con una sonrisa en los ojos. Por fin, asintió.

-Entonces, te ordeno que no te cases con él, mi más preciada perla. Te ordeno que te quedes aquí, que te cases conmigo y me ayudes a gobernar esta tierra, Caroline. ¿Harías eso?

Caroline se quedó boquiabierta. El corazón le latía con fuerza.

-¿Que me case contigo?

-¡Por supuesto! -dijo él-. ¿Qué habías imaginado?

-Bueno, corrígeme si me equivoco, pero esto es un harén y los jeques suelen tener concubinas.

-No te quiero como concubina, sino como esposa.

-¿Por qué? -preguntó ella.

-Porque te quiero, Caroline, como nunca antes había amado y como nunca volveré a amar- la besó con impaciencia.

-Pero Karim, eso me haría tu reina.

-¡Por supuesto que serías mi reina! Y serás una maravillosa reina para mi gente. Te amarán tanto como yo te amo. Caroline, dame una respuesta.

-La realidad es que ya había roto mi compromiso días atrás.

Karim no pudo ocultar su sorpresa.

-Rompí el compromiso antes de que tú y yo hiciéramos el amor. Por eso me había quitado el anillo.

-¿Rompiste el compromiso? ¿Por qué?

-Porque... me había enamorado de Kaifar y, a pesar de sus advertencias, pensaba que...

Se interrumpió y optó por una sonrisa.

La miró fijamente. Tal vez, estaba entendiendo la profundidad de su propio amor por primera vez.

-Si Kaifar te hubiera pedido que fueras su esposa, ¿qué habrías respondido?

Caroline seguía sonriendo.

-Kaifar nunca me lo pidió.

Karim, sin embargo, estaba serio.

-Te lo pregunta ahora, Caroline. ¿Quieres acabar con este tormento y darme una respuesta?

Lo miró directamente a los ojos.

-Sí- respondió simplemente.

La envolvió con la pasión de un beso único.

Después, volvió a recordar lo sucedido.

-¿Es por eso que no nos quiso entregar la joya? ¿Por qué entonces no alegó que ya no era tu prometido?

-Seguramente aún no ha recibido la carta.

Karim frunció el ceño.

-¿Cartas? -pensó en las dos cartas que habían confiscado en el hotel. Estaban en su escritorio. Las enviaría a primera hora de la mañana.

-Traté de llamar, pero las líneas estaban mal y no pude comunicarme directamente con él.

-Pero llevabas su anillo.

-Me lo puse la noche que trataba de escapar, porque no tenía dinero, y pensé que podría haber pagado así el taxi hasta el consulado. Me lo dejé puesto como una protección contra ti.

Él hundió los dedos en su pelo.

-No necesitas ningún tipo de protección contra mí.

Su boca derritió la de Caroline y sus brazos la envolvieron, abrieron su apetito y su necesidad de disfrutar de él una vez más.

Epílogo

-Bueno, Marta -dijo el presentador-. Parece que el secuestro acontecido en Barakat oeste tiene un final feliz.

-Si, Barry, eso parece. La Gran Joya del Sello de Shakur, que es el nombre oficial de la joya robada, fue devuelta al consulado de los emiratos de Barakat, en Washington, ayer mismo. Ha sido analizada por los expertos y considerada, oficialmente, como auténtica. En estos momentos, ya se encuentra a salvo en el tesoro real del príncipe Karim. Caroline Langley, la ex prometida del señor David Percy, aún no ha sido liberada.

-Supongo que estamos esperando, precisamente, noticias al respecto. Nuestra corresponsal en Barakat oeste nos informa. Andrea, ¿qué noticias hay?

-En estos momentos estoy justo delante de las puertas del palacio donde, los rumores dicen, hará acto de presencia el mismo príncipe en persona. Como estamos usando los nombres oficiales, me referiré a él como Sayed Hajji Karim ibn Daud ibn Hassan al Quraishi. Se espera que él o algún representante de su gobierno nos diga que la rehén va a ser liberada de inmediato.

Detrás de la corresponsal se levantó un gran revuelo.

-Andrea, algo sucede allí.

La cámara enfocó la puerta principal. Y, para sorpresa de todos, se abrió, dando paso al príncipe Karim que salía acompañado de una mujer rubia.

-¡Cielo santo! -exclamó Marta-. ¿Es ésa Caroline Langley?

La pareja se acercó a los micrófonos y se detuvieron delante de ellos.

La brisa agitó la falda de Caroline y mesó sus cabellos.

Ella sonreía satisfecha a la concurrencia y a los fotógrafos y periodistas.

El príncipe esperó paciente hasta que la multitud se calló.

Habló primero a su gente. Les informó de que la joya ya estaba en su lugar y les comunicaba que la mujer que estaba junto a él sería su esposa y su reina. Les recordó que la primera mujer de su padre también había sido una extranjera y que había reinado con sabiduría.

Después, comenzó a hablar en inglés, para que el mensaje fuera comprendido por la audiencia internacional.

-Lo primero que quiero es agradecer a los ciudadanos americanos y a todos los que en el resto del mundo nos han apoyado, siendo pacientes en estos días tan difíciles. Hemos recibido mensajes de rabia, pero también muchos que expresaban su indignación por el ultraje del que estaba siendo objeto nuestro país.

Hizo una leve pausa y continuó.

-La Joya del Sello de mi antepasado Shakur tiene más de 1.000 años de antigüedad. Jamás ha habido disputa alguna sobre a quién pertenecía. En estos momentos, es mía, igual que con anterioridad fuera de mi padre, de mi abuelo, de mi bisabuelo. Como ya habrán sabido, por toda la información difundida en los últimos días, es un símbolo de estabilidad para mi gente. He tenido que adoptar medidas drásticas para recuperar lo que pertenece a mi pueblo y volveré a hacerlo si algún ladrón decide volver a tomar de nuestro tesoro nacional lo que no es suyo.

Karim alzó la mano y Nasir apareció de entre las sombras con una caja hermosamente ornamentada.

Agarró el estuche y lo alzó en un gesto posesivo. La luz del sol brilló sobre la hermosa esmeralda.

-¡Que nadie dude jamás que defenderé este sello por encima de todo!

La gente comenzó a lanzar vítores. Y Karim recibió, con alivio, los gritos complacidos de su pueblo.

Todo había vuelto a la normalidad. Su postura y su actuación parecían haber asegurado a su pueblo, que siempre tendrían un buen gobernante.

Karim cerró la caja y se la entregó de nuevo a Nasir.

Se dirigió a la multitud una vez más. La gente escuchó.

-Ahora ha llegado el momento de cumplir con mi parte del trato. Pero tengo que informaros de que Caroline Langley no regresará definitivamente a los Estados Unidos.

Sobre el completo silencio que se había creado comenzó a cantar un pájaro. Todo el mundo pareció respirar al unísono.

-Regresará sólo para visitar a su familia. Después, regresará y se convertirá en mi esposa y en la reina de este pueblo.

El silencio se transformó en exclamaciones de sorpresa, murmullos y comentarios.

-Andrea, ¿tenías idea de algo de esto?

-Nada, Marta- respondió y dejó que volviera a escucharse la voz del príncipe.

-Dado que este país se ha convertido en foco de interés durante los últimos días, muchos sabrán que mi padre también tomó una esposa extranjera. El matrimonio duró hasta el final de sus días, plagado de alegrías y de tristezas. Estoy convencido de que mi matrimonio con Caroline Langley tendrá la misma fuerza y será tan feliz como el de mi padre. Tal y como él hiciera, prometo a Caroline que será mi única esposa. Por supuesto, tendremos un matrimonio de estado y espero que muchos de ustedes regresen a nuestro país para entonces. Gracias.

La multitud gritaba, los periodistas rogaban a Caroline que hablara con ellos.

Karim se volvió hacia ella.

-¿Quieres decir algo?

Ella estaba realmente nerviosa.

-¿Crees que derrumbarán el palacio si no lo hago?- bromeó ella. Pero la sonrisa de su amado le dio fuerzas. Se acercó a los micrófonos.

-Señorita Langley, ¿es una decisión que ha tomado libremente?

-¿Cuándo volverá a Estados Unidos?

-¿Viajará bajo vigilancia?

-¿Ha hablado ya con el señor David Percy?

-Ha roto ya su compromiso.

-¿Qué opina él?

-Señorita Langley, ¿por qué hace esto?

Ella sonrió y respondió a la última pregunta.

-Porque me he enamorado.

Después de responder a un millar de preguntas más, el príncipe Karim y su futura esposa saludaron a la multitud y volvieron a entrar en el palacio.

-Bueno, Barry, me he quedado sin habla -dijo Marta.

-Acabas de perder tu gran oportunidad.

Mientras tanto, Karim y Caroline se habían dirigido a la cámara del tesoro.

Caroline tenía en sus manos la caja de la hermosa esmeralda del sello.

Karim abrió la urna de cristal y dejó cuidadosamente la caja en su lugar.

Un rayo de luz golpeó la joya y Caroline suspiró.

-¡Es tan hermosa! Realmente tiene un brillo mágico- exclamó-. Realmente podría llegar a creer que tiene el poder de hacer que el reino se mantenga en paz.

Karim asintió y cerró la urna.

-Ahora, mi amada -le dijo y abrió otra caja, de la que extrajo el maravilloso prendedor que le había ofrecido en otra ocasión-. Es costumbre en nuestro reino dar a las novias un regalo de bodas. Te ruego, una vez más, que aceptes este prendedor.

-Karim, ¡es tan hermoso! -dijo ella atónita.

Pero Karim ya no estaba mirando el prendedor, sino a su joya más preciada.

La abrazó con fuerza.

-Tú eres más hermosa que ninguna joya, mi perla- le susurró y sus labios se encontraron.

Alexandra Sellers - Serie Los hijos del desierto 2 - La joya más preciada (Harlequín by Mariquiña)